

POLITICA EXTERIOR

VOL. XXIX

MARZO / ABRIL 2015

NÚM. 164

■ Economía: después de la crisis

Sin certezas, **Federico Steinberg y Miguel Otero**

Europa indecisa, **Antoine Quero-Mussot**

Dinamismo 'made in USA', **Fernando Barciela**

Por una nueva gobernanza, **Alicia González**

Rusia y Ucrania

Occidente no entiende la transformación de la Rusia de Putin,

Jochen Thies

Javier Morales

Estado Islámico

El interminable conflicto musulmán

Jean-Pierre Filiu / William Pfaff

Natalia Sancha / Ignacio Álvarez-Ossorio

Ana Ballesteros / Diederik Vandewalle

■ Y Grecia negoció

El Eurogrupo se impuso, pero Alexis Tsipras ha puesto en cuestión el actual modelo de la UE,
Irene Martín

■ Ciudad inteligente

Río de Janeiro, Singapur, Medellín, ejemplos de cómo las tecnologías mejoran la calidad de vida,
Eduardo Bonet

■ Estados Unidos

'El desmoronamiento', de George Packer, un retrato-crónica de los últimos 30 años de la historia de EE UU,
Marc Bassets



13 €

www.politicaexterior.com



MEJOR BANCO DE ESPAÑA Y DE EUROPA

Banco Santander ha sido elegido en 2014:

Por The Banker:

- ✓ Banco del Año en España y
- ✓ Banco del Año en Europa occidental

Por Euromoney:

- ✓ Mejor Banco de España y
- ✓ Mejor Banco de Europa occidental

Gracias a nuestros clientes por su confianza.





C O N T E N I D O

6 **Rusia-Ucrania. Grecia-UE. Estado Islámico** Editorial

A C T U A L I D A D

9 **Carta de América: Dos años pueden dar para mucho** Jaime de Ojeda

Barack Obama desafía a los republicanos y se propone recuperar los pilares del programa político que le llevaron a la Casa Blanca.

16 **Carta de Europa: Seguridad se impone a estrategia global** Susi Dennison

Ucrania, Oriente Próximo y el norte de África muestran la incapacidad de la UE para encontrar su papel como estabilizador de sus vecinos.

22 **Carta de China: Ucrania y el 'pivot' de EE UU hacia Asia** Eugenio Bregolat

La relación entre Rusia y China por el conflicto de Ucrania devalúa tanto el 'pivot' de EE UU hacia Asia como las sanciones contra Rusia.

28 **Ucrania y Rusia: lecciones aprendidas, opciones de futuro** Javier Morales

Reconocer la equivocada rivalidad de EE UU, la UE y Rusia por Ucrania es el punto de partida para cualquier solución permanente al conflicto.

36 Grecia: la dificultad de un acuerdo al gusto de todos

Irene Martín

El Eurogrupo se ha impuesto en la negociación, pero Tsipras ha puesto en cuestión el actual modelo de la UE, encontrando el apoyo de muchos.

44 La incierta revolución libia

Diederik Vandewalle

Al tiempo que Libia se ve incapaz de hacer frente a sus múltiples milicias y tribus, se ha convertido en escenario de conflicto de otros países del área.

E S T U D I O S

50 La crisis del mundo islámico

William Pfaff

La civilización islámica vive una crisis de carácter político y religioso. La intervención externa ha frustrado cualquier intento de solución interna.

64 ‘Califato del terror’ a las puertas de Europa

Jean-Pierre Filiu

El Estado Islámico en el norte de Siria e Irak es una amenaza real para Europa. Su origen y solución están, precisamente, en la guerra civil siria.

72 Guerra de agotamiento en Siria

Ignacio Álvarez-Ossorio

La guerra deja miles de muertos y millones de refugiados. Varios países son actores secundarios de un conflicto que hoy consolida a El Asad y el EI.

84 El conflicto sirio reconfigura el mapa suní libanés

Natalia Sancha

La mutación de los grupos suníes es una de las consecuencias de la guerra civil siria y tiene impacto directo en la frágil estabilidad de Líbano.

96 Pakistán y Arabia Saudí: algo más que aliados

Ana Ballesteros Peiró

Conexión política, interés económico y una idea común sobre el papel del islam fundamentan una alianza que se ha estrechado con el tiempo.

108 Impresiones de un viaje a Rusia

Jochen Thies

Occidente no entiende el proceso de transformación de Rusia en los últimos 15 años. Putin quiere recuperar el orgullo de los rusos en su historia.

120 Otro año de incertidumbre económica

Federico Steinberg y Miguel Otero-Iglesias

Estancamiento en muchos países avanzados, desaceleración en los emergentes y efectos imprevisibles de la caída del precio del petróleo.

132 La salida indecisa de Europa de la crisis

Antoine Quero-Mussot

Actuar con más eficacia en crisis futuras es un imperativo moral para la UE que pasa por ser capaz de construir una visión común europea.

144 La economía de EE UU vuelve a asombrar

Fernando Barciela

La salida de la crisis experimentada por la economía de Estados Unidos ha vuelto a mostrar su imbatible potencial tecnológico y creativo.

156 Los BRICS y la gobernanza económica mundial

Alicia González

La arquitectura financiera sigue dominada por EE UU y Europa mientras los emergentes buscan una gobernanza económica mundial alternativa.

166 Transporte inteligente y ciudades digitales

Eduardo Bonet

Río de Janeiro, Medellín o Singapur son ejemplos del uso de las TIC para la gestión inteligente de las ciudades y la mejora de la calidad de vida.

176 La inestable estabilidad de Europa

Marcos Suárez Sipmann

El Congreso de Viena trazó en 1815 un mapa de Europa y estableció el orden internacional que prevaleció hasta la Primera Guerra mundial.

186 LIBROS:

El desmoronamiento de George Packer, por Marc Bassets.

POLÍTICA EXTERIOR

Revista bimestral editada por Estudios de Política Exterior SA

Director, Darío Valcárcel

Subdirectora, Áurea Moltó

Redacción, Pablo Colomer, Julia García, Luis E. González Manrique, M^a José Martínez Vial

Infografía, Adriana Exeni, Alfonso Mendoza - **Web,** Pablo Colomer

Consejero-director gerente, José Luis Gómez-Navarro

Directora Comercial, M^a José Martínez

Administración, Elena Rodríguez, Pilar Ortega

Suscripciones, Lola de la Torre

Consejo asesor:

LUIS ALCAIDE

IRUNE AGUIRREZABAL

CARLOS ALONSO ZALDÍVAR

RAFAEL ATIENZA

HISHAM AWARTANI

JOSÉ ENRIQUE DE AYALA

SHLOMO BEN-AMI

JAVIER BENJUMEA

FERNANDO DELAGE

FERNANDO DÍEZ MORENO

ENRIQUE FANJUL

LEONEL FERNÁNDEZ

CRISTINA GALLACH

ANTONIO GARRIGUES WALKER

MIGUEL HERRERO DE MIÑÓN

JOSÉ LLADÓ

MANUEL MARÍN

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

ALDO OLCESE

JAIME DE OJEDA

MARCELINO OREJA

JOSÉ PEDRO PÉREZ-LLORCA

WILLIAM PFAFF

ANTONIO REMIRO BROTONS

JOSÉ MARÍA ROBLES FRAGA

JAIME TERCEIRO

JOCHEN THIES

HUGH THOMAS

JUAN URRUTIA

JOSÉ LUIS ZAVALA RICHÍ

Distribución en España e internacional: SGEL (www.sgel.es).

Redacción, administración y publicidad:

Núñez de Balboa, 49. 28001 - Madrid

Tel.: +34 91 431 26 28 Fax: +34 91 577 72 52

www.politicaexterior.com E-mail: revista@politicaexterior.com

© 2015. Estudios de Política Exterior SA. Núñez de Balboa, 49, 28001 Madrid.

ISSN 0213-6856/Depósito Legal: M-41.221.86

Esta revista recibió una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



POLÍTICA EXTERIOR publica seis números al año en enero, marzo, mayo, julio, septiembre y noviembre. La empresa editora, **Estudios de Política Exterior**, es una sociedad anónima inscrita en el Registro Mercantil, tomo 9346, 8117, sección 3ª del Libro de Sociedades, folio 48, hoja 87031-2.

Los artículos publicados no reflejan los criterios de **POLÍTICA EXTERIOR**, que se exponen en sus notas editoriales. La revista recoge distintos estudios y opiniones, fiel a su propósito de animar el debate periódico sobre los intereses exteriores de España y el análisis de cuestiones internacionales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos: www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Estudios de Política Exterior, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas o partes de ellas de los artículos publicados en **POLÍTICA EXTERIOR** sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.



Descubre un mundo
de posibilidades_



Escanea este
código con el lector
de tu dispositivo.

Telefónica

Grecia-UE; Ucrania-Rusia; Estado Islámico.

Lo que sucede en las fronteras de Europa cuestiona el papel estabilizador de la UE en su entorno

La negociación entre el nuevo gobierno griego y el Eurogrupo ha mostrado con crudeza que la crisis en el interior de la Unión Europea no se ha resuelto. Dentro de cuatro meses, veremos a los europeos liberar otro pulso. Mientras tanto, lo que sucede en las fronteras de la UE no es un pulso, sino dos conflictos abiertos, de naturaleza distinta pero que cuestionan el papel estabilizador de los europeos en su entorno.

En el Este, Ucrania y los separatistas prorrusos combaten desde hace casi un año. Al hablar de los separatistas nos referimos a quien los apoya y los está armando: la Rusia de Vladimir Putin. En el Mediterráneo sur, el Estado Islámico (EI) se ha convertido en una amenaza creciente para Europa. Entre el 7 y el 9 de enero París sufría un atenta-

do del radicalismo islamista. Murieron 20 personas, incluidos los miembros del comando, Amedy Coulibaly y los hermanos Chérif y Said Kouachi.

“¿Cómo ha dejado la UE que se desarrolle a sus puertas un poder yihadista en el norte de Siria e Irak para luego sembrar el terror en nuestro continente?”, se pregunta Jean-Pierre Filiu en este número de *Política Exterior*. El experto francés no duda: el régimen de Bachar el Asad es el origen de la consolidación del EI, liberando a centenares de presos yihadistas al comienzo de la guerra civil siria en 2011, lo que está provocando la mutación de los grupos suníes y desestabilizando un inestable Oriente Próximo. Occidente, con la UE a la cabeza, se pregunta ahora si mantener a El Asad no es el menor mal posible.

Tanto el enfrentamiento Ucrania-Rusia como el avance del EI muestran las múltiples divisiones de la política exterior europea. Ambos conflictos están conectados por el hecho de que la UE, pero también Estados Unidos y la OTAN necesitan a Moscú para plantar cara a la amenaza del EI.

Un año después de la anexión de Crimea por parte de Rusia quizá es momento de reconocer que lo sucedido es resultado de errores por parte de europeos y americanos en su relación con Moscú en los últimos 15 años. Y uno de los principales errores ha sido convertir a Ucrania en una competición por el poder. Pese a que cada uno utiliza sus argumentos –lazos históricos según Rusia; defensa de la soberanía ucraniana, según la UE, EE UU y la OTAN– la política hacia Kiev ha estado dirigida por la rivalidad. Como señala Jochen Thies en estas páginas, “Occidente no ha entendido la profunda transformación de Rusia desde 1990”. Pero además, la guerra en el este de Ucrania está cambiando de nuevo a Rusia.

Volviendo a Grecia y sus recientes negociaciones con el Eurogrupo, además del concepto deuda, quizá la UE deba enfocar también el concepto de justicia. Atenas no solo ha dilapidado algunos millares de millones de euros: varios gobiernos de Atenas los han robado. Pero la Unión Europea apenas ha ayudado a Atenas a combatir la corrupción extendida por el país. Y esta pasividad no anuncia un buen futuro a Grecia, pero tampoco a la UE.

El buen sentido de muchos griegos pretende que el partido Syriza, vencedor de las elecciones, ideológicamente de izquierda radical, acabe con la austeridad. Pero esto no alcanza a ser el 50 por cien de la verdad. Lo que los griegos buscan es justicia y empleo. La UE, obsesionada con el pago de su deuda, ignora estas dos aspiraciones principales. Para entender la victoria de Syriza es esencial saber que la corrupción de ciertas élites griegas absorbió una cantidad casi infinita de millares de millones de euros a través de mecanismos no excesivamente sofisticados: los lla-

mados sifones. El sifón, como saben los antiguos consumidores de whisky y vermut, aspira hacia la parte superior del recipiente la liquidez para distribuirla inmediatamente después a sus nuevos destinatarios. Se roba a un banco conminando al cajero con un arma de fuego. Se roban miles de millones por medio del sifón.

Prácticamente durante toda la transición, Grecia fue comprador –medicinas, armas, aviones de combate– y el gobierno o la administración destinó un porcentaje muy alto para la corrupción. Varios bancos prestaron decenas de miles de millones sin suficientes garantías. Monopolios y oligopolios dirigidos por familias debidamente conectadas asfixiaron toda competencia mediante el control de parte de la banca, de los medios de comunicación, de la energía y otras industrias.

Desde 2007 y mucho antes, nada de esto era un secreto. En diciembre 2014, Transparencia Internacional situó a Grecia muy por debajo de búlgaros o rumanos en su Índice de Percepción de la Corrupción. Aunque en aná-

lisis más profundos Grecia cayera hasta el puesto 91 del mundo, dado su nivel de corrupción. No pocos de los fraudes griegos se consumaban a la luz del día. Ejemplo: nunca se necesitaron para la adquisición de aviones Eurofighter o F16 otros dictámenes que los de las autoridades del ejército del aire griego o los vigilantes del ministerio de Defensa, ministro incluido.

En 2010 Brookings calculó que 20.000 millones de euros se perdían cada año en estos tráficos corruptos. La cleptocracia extendía briznas menores de esa corrupción a niveles medios y bajos, con el fin de lograr complicidades entre funcionarios y colaboradores medios o a veces muy modestos.

El autor de estas notas, sabidas, es Gregory A. Maniatis, asesor de Naciones Unidas y analista *senior* para Europa del Migration Policy Institute (Washington DC). Pero el autor tiene una voz autorizada para hablar sobre Grecia, su país. Y es una mina de datos que ayuda a establecer conclusiones. ¿Por qué Bruselas no puso el foco sobre la corrupción griega?

Si la ausencia de la UE en este frente resultaba lamentable antes de la crisis, era inexcusable después. En 2010 la troika entró en el ministerio de Finanzas pero no, o apenas, en el de Justicia. Y esta es una reflexión que los europeos deben hacer. La UE contribuyó, y no poco, a poner en duda su propia credibilidad. Si el estado de derecho no está en el centro-centro de la UE, ¿qué es lo que hay? Sin olvidar que estamos, como siempre, desde el siglo X antes de Cristo, ante una vía de doble dirección, quien recibe y quien da el soborno.

No debemos llenar estas notas editoriales de argumentos, todos ellos conocidos pero rara vez contemplados en común. Mientras seguimos con este problema, de más de 30 siglos, recordemos la ejemplaridad de algunos países. Noruegos, suecos, daneses, canadienses se alinean en la misma alianza, la OTAN. ¿Cómo es posible que Suecia y Holanda permanezcan en la misma unión que Grecia o Chipre? ¿No estamos ante una grave amenaza al ente común que llamamos Unión? EE UU alumbró

su Constitución a partir de 1776. En el siglo XIX comenzaron las primeras enmiendas. Europa es diferente: es una aspiración a permanecer unidos. Pero Grecia y Dinamarca no encajan.

La justicia es inseparable del estado de derecho, en el que es indispensable incluir a los inversores a quienes se garantiza la recuperación de su inversión. Pero no basta con esto. Los estados –y más si han transferido una parte de su soberanía– deben también garantizar la sanidad universal, la enseñanza hasta una edad variable, las pensiones hasta niveles pactados entre quien se retira y quien debe pagar al retirado.

También, los problemas se resuelven pensando. A veces leer una publicación como *Política Exterior* ayuda a pensar. Solo en este sentido creemos aportar un pequeño, quizá no tan pequeño, punto de luz.

Dos años en la Casa Blanca pueden dar para mucho

En un desafío a la mayoría republicana en el Congreso, Barack Obama se propone recuperar pilares de su programa político como la Ley de Inmigración o la protección del medio ambiente.

Jaime de Ojeda

En su discurso sobre el estado de la Unión, el 20 de enero, Barack Obama sorprendió a la nación, y más aún a la recién ganada mayoría republicana en el Congreso, por la valentía con la que defendió los éxitos de los ocho años de su presidencia, la agresividad con la que atacó la negatividad de los republicanos y el alcance de sus propuestas para el futuro. Cualquiera diría que había ganado las pasadas elecciones de noviembre. Será un “pato cojo”, como llaman en Estados Unidos a los presidentes en los últimos dos años de sus mandatos por la limitación de su capacidad de maniobra, pero Obama está demostrando que le queda aún mucho trecho.

Ahora que los republicanos han dejado claro en los últimos ocho años la imposibilidad de todo compromiso bipartidista y, es más, que su único programa político es el de oponerse a todo cuanto propongan los demócratas, el presidente Obama se ha lanzado a cumplir el suyo mediante órdenes ejecutivas y reglamentos, en el ámbito de su competencia constitucional. Ante todo, posponiendo la deportación de inmigrantes indocumentados que no tengan antecedentes penales y, sobre todo, para mantener la unidad de las familias. Después, poniendo en vigor una severa reglamentación de la protección del medio ambiente, en especial los gases y vertidos contaminantes de minerías y plantas eléctricas. También ha sometido a una

Jaime de Ojeda, profesor de la Universidad del Shenandoah, Virginia, colabora regularmente en POLÍTICA EXTERIOR. Carta entregada el 15 de febrero.

detenida investigación las consecuencias medioambientales que supondría la construcción del oleoducto de arenas bituminosas de Canadá al golfo de México, conocido como Keystone XL.

Los republicanos han presentado ante la judicatura federal recursos en contra de estos reglamentos y órdenes ejecutivas, con el pretexto de que suponen un abuso de la autoridad constitucional del ejecutivo. El Tribunal Supremo ha aceptado considerar, una vez más, un defecto técnico de la Ley del Seguro Médico Obligatorio: los subsidios que la ley otorga a quienes no puedan pagarlo en los Estados que, aprovechando una sentencia previa del máximo tribunal, no han aceptado la creación de centros de contratación de los seguros.

Por su parte, el jefe de la mayoría republicana en el Senado, Mitch McConnell, se propone atacar al presidente con proyectos legislativos que no tenga más remedio que firmar, por presión de la opinión pública o para conseguir la aprobación de los presupuestos con partidas que dividan al Partido Demócrata, o que se vea forzado a vetar y presentarse así como el verdadero causante de la parálisis legislativa. No todo es tan fácil, sin embargo, pues los republicanos tienen metas políticas que delatan su verdadera calaña. Así, lo primero que hicieron en la Cámara de Representantes al ocupar los escaños

de la mayoría fue eliminar las cláusulas de la regulación de los instrumentos financieros derivados impuesta por la Ley Dodd-Frank. Inmediatamente después aprobaron otra ley que pretende desvirtuar las órdenes ejecutivas que el presidente ha dictado en materia de inmigración. También han gozado aprobando por 56ª vez la abolición de la Ley de Tratamiento Médico Asequible y de Protección del Paciente (*Obamacare*). El filibusterismo de la minoría demócrata ha detenido estos proyectos en el Senado.

La mayoría republicana ha activado la multitud de comités del Congreso cuya presidencia ahora detentan. Ante todo han querido abrir un debate sobre el oleoducto Keystone XL porque saben que divide a los demócratas entre los conservacionistas, “elitistas” del partido, y los sindicatos, trabajadores manuales, deseosos de los empleos que promete el proyecto, amén del apoyo de las compañías petrolíferas. En efecto, han contado con el voto de varios senadores demócratas de Estados petroleros para pasar la ley a la firma del presidente. Se proponen continuar dividiendo a los demócratas de la misma manera con la reglamentación de los vertidos y gases contaminantes. El esperado veto de Obama no les importa tanto como la satisfacción de las ansias partidistas de sus electores.

No todo son rosas, sin embargo. Al llegar a este punto asoman los problemas que asuelan al Partido Republicano; a saber, su división entre extremistas conservadores del Tea Party y su ala moderada y tradicional, que se amalgama con la necesidad de presentarse ante el electorado de 2016 como un partido responsable y positivo, superando el negativismo al que se han dedicado en los últimos ocho años y que la opinión pública comienza a percibir como lo que es, descartando los simbolismos y pretextos con los que lo han estado encubriendo. Lo uno contradice a lo otro. Aunque los más de 40 representantes del Tea Party no sean la mayoría de los republicanos en la cámara, ostentan un poder que sofoca a los moderados. Representan al movimiento político que ha dominado las primarias en las últimas elecciones y que logró desbancar a figuras tan señeras como el senador Richard Lugar de Indiana, y Eric Cantor, el jefe de su partido en la cámara, y pusieron en un brete al mismo senador McConnell, su jefe en el Senado.

El Tea Party condena desafortadamente los compromisos que intentan conseguir los moderados porque no está interesado en “gobernar” y ganar la presidencia en 2016, sino en manifestar la pureza de sus “valores” para mantener el fuego sagrado de sus seguidores. Bajo la influencia del energúmeno senador de

Tejas, Ted Cruz, pretenden llegar incluso a cerrar el gobierno, como lo intentaron en la pasada legislatura, a pesar de la impopularidad que esto les proporcionó.

La principal tarea de los jefes de la mayoría en ambas cámaras será domeñar este importante sector del partido, que domina la cámara y agita el Senado, poniendo en entredicho el propio futuro político de los republicanos. La primera prueba de este enfrentamiento es la aprobación del presupuesto del departamento de Seguridad Nacional que vencía a finales de febrero. La cámara, a la que corresponde el inicio de las leyes presupuestarias, ha aprobado un proyecto que incluye cláusulas que eliminarían las medidas presidenciales sobre inmigración.

El senador Cruz quiere forzar el cierre del departamento si los demócratas no aceptan esas cláusulas en el Senado. Ahora bien, en el enorme departamento de Seguridad Nacional están conglomeradas las numerosas fuerzas nacionales de seguridad y contra el terrorismo. Su cierre sería altamente impopular. Puesto que demócratas y republicanos no llegarán a un compromiso en el asunto de la inmigración, no quedará más recurso que posponer la cuestión aprobando un presupuesto temporal.

Ni corto ni perezoso, Obama ha continuado el embate de su discurso sobre el estado de la Unión

proponiendo un presupuesto que no es menos amplio. Quiere superar el “secuestro” al que está sometido el presupuesto; es decir, los techos presupuestarios que ambos partidos acordaron en el falso compromiso de 2010, y que afecta por partes iguales tanto a las partidas sociales como a las militares. En esencia, incluye cuantiosos recursos en favor de guarderías y escuelas primarias y secundarias; aumento del seguro de desempleo y elevación del salario mínimo; becas y subsidios a la educación laboral sin interrupción salarial; la reeducación de los parados y los veteranos; aumento de las escuelas vocacionales al estilo europeo; creación de institutos de manufacturas y la consiguiente creación de empresas; importantes inversiones en investigación e innovación tecnológica; y las primeras medidas para el control del calentamiento de la atmósfera. Propone, además, una colosal renovación de la infraestructura del país.

Todo este programa eleva en un siete por cien los gastos federales (18 billones de dólares), y calcula que disminuirá el déficit en 10 años mediante, entre otras medidas menores, una elevación de los impuestos sobre plusvalías del capital, los derechos de sucesión y a los bancos cuyo tamaño pueda luego exigir el apoyo del Estado por “ser

demasiado grandes para caer”. Obama intenta ganarse el apoyo de los republicanos disminuyendo el impuesto de sociedades del 35 al 28 por cien, e incluso al 14 si abandonan los paraísos fiscales. Como complemento a este aumento de los gastos sociales y de sus correspondientes impuestos, concede a los republicanos una elevación de 38.000 millones de dólares del presupuesto militar.

De esta manera el presidente reta a los republicanos a presentar un presupuesto que rivalice con el suyo: les obligará a decidir entre lo que quieren sus bases electorales del Tea Party y la necesidad de presentarse en 2016 como un partido responsable, capaz de gobernar efectivamente. La propuesta presidencial está destinada, en realidad, a resaltar la división que reina en las filas republicanas, forzándoles al brete de aparecer oponiéndose a cuanto beneficia a las clases menos favorecidas y a las minorías étnicas. Respecto a los demócratas, el presidente vertebrará con este presupuesto el programa electoral del partido para las elecciones de 2016.

Los republicanos ya se han dado cuenta del envite. Sus candidatos moderados han empezado a proclamarse campeones de las clases medias. Se han atrevido incluso a condenar la creciente y escandalosa desigualdad económica, pero para

señalar que es culpa de la presidencia de Obama, cuyos programas no han beneficiado a las clases menos favorecidas que, al contrario, han salido perdiendo porque han sido privadas del tren del desarrollo económico. Están concentrándose en convencer al electorado de que solo ellos son capaces de favorecer a las clases medias y trabajadoras mediante un auténtico crecimiento económico del que serían las principales beneficiarias. Ponen como ejemplo su total apoyo al oleoducto canadiense.

Los republicanos también recurren al consabido asunto de la competencia de los Estados frente al gobierno federal. Quieren que los programas sociales estén cada vez más en manos de los Estados, sabedores que en ellos siempre tienen más fuerza los grupos de presión de los intereses económicos, y contando además con que los republicanos controlan el gobierno de 24 Estados, 66 de sus 99 legislaturas y el conservadurismo de los jueces de los Estados. Piensan que así les será más fácil realizar su programa de progresiva disolución de los gastos sociales, como han estado intentando hacer con el *Obamacare*.

En sus esfuerzos por perfilar la responsabilidad del Partido Republicano, el jefe de la mayoría en el Senado, McConnell, ha señalado tres cuestiones cuyo interés comparte con los demócratas: las negociaciones para alcanzar los acuerdos

comerciales y de inversiones en el Pacífico y con la Unión Europea; la renovación de la infraestructura del país; y la reforma del código fiscal. Es posible que consiga la aprobación de la “vía rápida” (*fast track*) para el presidente para esos amplios e importantes acuerdos. Quedan, sin embargo, multitud de diferencias, algunas esenciales, entre republicanos y demócratas, en lo que concierne a la infraestructura y, sobre todo, la reforma fiscal.

El contraataque republicano se vierte sobre la dimensión internacional que siempre ha sido el fuerte de su partido, frente a la debilidad y fracaso que achacan a los demócratas y que tanto eco cobra en la opinión pública más patrioter. En el Congreso los republicanos van a renovar el manido asunto de la tragedia de Bengazi para enfangar a Hillary Clinton; el senador John McCain, presidente, al fin, del comité de Servicios Armados, ha convocado varias sesiones semanales para debatir la postura del gobierno en Siria e Irak, la necesidad de contener con más fuerza al terrorismo del Estado Islámico (EI), retrasar la salida de Afganistán, rechazar contundentemente el papel de Irán en toda la región, dar por terminadas las fallidas negociaciones con Teherán sobre su programa nuclear e imponer el aumento de sanciones que según ellos merece, y armar decisivamente a

las fuerzas ucranianas dejándose de paños calientes con Rusia, reconociendo de una vez que ha retornado la guerra fría.

Los republicanos se están cebando en la cautela y prudencia de Obama en Ucrania y Oriente Próximo. La Casa Blanca opina, igual que Angela Merkel, que Vladimir Putin es simplemente un ejemplar del KGB: sabe manipular a la opinión pública propia y ajena con la *agitprop* tan característico y tan efectivo del pasado soviético, y operar en el campo con hechos consumados enmascarados con una fachada democrática de referendos y movimientos populares. Putin no tiene objetivos concretos, sino un plan general de acción que se extiende desde Ucrania a los países bálticos, dirigido a una permanente desestabilización que tenga a Occidente en vilo, desangrándolo militar y económicamente y promoviéndole personalmente al nivel de un árbitro internacional, como lo ha conseguido durante las negociaciones de Minsk.

Los republicanos agitan sus alas de halcón, y voces muy señeras entre los demócratas reclaman también el envío de armas “defensivas” y asistencia económica a Kiev. Se mofan de la pusilanimidad de los europeos y del egoísmo de sus preocupaciones comerciales con Rusia, y critican duramente a Obama por aceptar su pretexto de que Putin respondería

elevando el nivel del conflicto militar con más armas y mayor apoyo de los separatistas. ¿Qué otra política puede seguir EE UU sin desdoro de lo que significan sus valores democráticos e internacionales en el mundo entero? Se preguntan. El presidente comienza a dar pábulo a estos argumentos, que encuentran un creciente eco entre la opinión pública, y en el Pentágono estudian qué asistencia ofrecer a Ucrania, similar a la que realiza Putin por su lado con los separatistas, algo que no pueda denunciar como una provocación.

Muchos en el Congreso, republicanos y demócratas, postulan que la autorización constitucional para el empleo de fuerzas armadas que concedieron al ejecutivo en sendas leyes de 2001 y 2002 no cubre realmente las acciones que Obama ha iniciado en contra del EI. Los republicanos querrían forzar al presidente mediante esta nueva autorización a una actitud más combativa, mientras los demócratas temen un exceso de la autoridad presidencial después de 2016. Por su parte, Obama está decidido a impedir que EE UU se vuelva a ver envuelto en una intervención militar al estilo de Irak y Afganistán, convencido de su futilidad y del enorme coste de vidas y dinero que ha significado.

Para ello, ha satisfecho las demandas del Congreso pidiendo una autorización constitucional

específicamente dirigida a las acciones que requiere la neutralización y eventual destrucción del EI, pero que no permitiría acciones militares extensas, particularmente el envío de tropas expedicionarias, y estaría limitada a los próximos tres años. Naturalmente, los republicanos consideran que es demasiado poco, sobre todo si piensan en ganar la presidencia en 2016, mientras que el ala izquierda de los demócratas, totalmente opuesta a una nueva intervención militar de cualquier tipo, estima que va demasiado lejos. Entre unos y otros van a extender el debate parlamentario y a despertar la reacción de la opinión pública, cosa que no perjudicará la postura de Obama al respecto.

Los republicanos, y muchos demócratas, acosan también al presidente por sus negociaciones con Irán. Ya le es difícil defenderse de la apariencia de un acuerdo táctico con Teherán en Siria e Irak. Obama ha conseguido que el Congreso posponga la imposición de sanciones adicionales contra Irán hasta que la prolongación de las negociaciones llegue a su término en marzo. Los más entendidos piensan, sin embargo, que no tendrán éxito, pues los iraníes continuarán exigiendo al menos el derecho de enriquecer uranio. Quizá lo más que puedan alcanzar es un acuerdo de principio seguido de ulteriores negociaciones sobre los

detalles de su implementación. En ese caso será irresistible la presión en favor de mayores sanciones, tanto en el Congreso como entre la opinión pública nacional, y poco después en la misma campaña electoral de 2016, empezando en las convenciones de ambos partidos en 2015.

En este contexto, el colmo del contraataque republicano ha sido la inusitada invitación que el presidente de la Cámara de Representantes, John Boehner, ha extendido al primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, a una sesión plenaria del Congreso sin contar con el beneplácito del ejecutivo, como requiere la tradición —se puede decir incluso la Constitución— y que, además en este caso, se manifiesta como una burda maniobra para forzar la mano del presidente en el asunto de Irán. Una vez más, destaca la insolencia del primer ministro israelí: convencido de la probada facilidad que tiene de “paisanear” con los congresistas después de tantos años vividos en este país, se ha permitido entrar en la arena política de EE UU, desairando a los europeos y en algo que afecta en realidad al mundo entero. Falta por ver si no le sale el tiro por la culata, pues si hay algo que molesta a los americanos es la intervención extranjera en sus asuntos.

La seguridad se impone a una estrategia global

La crisis de Ucrania y la tensión en Oriente Próximo y el norte de África muestran que la Unión Europea no es capaz de encontrar su papel como agente de estabilidad en sus vecinos del Este y el Sur.

Susi Dennison

El 2014 ha estado marcado por las crisis en las fronteras de Europa, de ahí que la Unión Europea haya vuelto a un despertar geopolítico. Ha tenido que gestionar los desafíos de la agresión rusa en la vecindad oriental. Tal como describe la última edición del ECFR Scorecard, 2014 representa el fin del autoengaño europeo en su enfoque sobre la vecindad, el apoyo a las reformas y la cooperación como las mejores herramientas políticas que podía ofrecer la UE a sus vecinos.

No obstante, 2014 también aporta datos importantes para Europa. Antes del punto de inflexión que supuso el derribo del MH17 en Ucrania y la adopción del paquete de sanciones contra Rusia en el verano, la respuesta europea estaba

caracterizada por la división y la indecisión. El hecho de que la UE, y Occidente en sentido más amplio, se vieran sorprendidos por la anexión rusa de Crimea es un buen indicador de la necesidad más general de saber qué errores se cometieron, aprender de ellos y que este proceso sea un punto de partida para repensar una política más realista hacia Rusia que produzca cambios y que esté engranada en una estrategia global más amplia.

La promoción de una política dura de sanciones en 2014 no debe analizarse como una hazaña europea. Rusia es de los asuntos que más divisiones plantea a la política exterior europea y no está claro que Europa vaya a encontrar la cohesión en una política que tiene costes

Susi Dennison es *Senior Policy Fellow* del European Council on Foreign Relations *ecfr.eu* y editora del informe anual *Scorecard*. <http://www.ecfr.eu/scorecard/2015>.

significativos para los Estados miembros. Los acontecimientos de 2014 demostraron que los escépticos sobre Rusia tenían razón y que algunas expresiones de buena voluntad sobre las que se basaba la política de la UE hacia Moscú en la última década estaban basadas en débiles fundamentos sobre la estrategia rusa y su política exterior.

La Asociación UE-Rusia para la Modernización no produjo modernización ni acuerdos, y las visiones europeas y rusas sobre este espacio tenían poco en común. La Unión no estaba preparada para la represalia de Moscú ante las protestas del Maidán de Ucrania, y poco equipada para tratar con el uso de la fuerza de Vladimir Putin y su rechazo explícito al orden europeo posterior a la guerra fría. Si se analiza en retrospectiva, existían suficientes indicadores de que nuestras políticas se basaban en ilusiones y no tenían efecto, como algunos Estados miembros argumentaron contundentemente. Sin duda, necesitábamos mejores análisis que nos pusieran en la necesidad de adoptar una política más realista que la de “acuerdo y cooperación” entre la UE y Rusia.

En concreto, la historia de la ilusión europea y la vuelta al compromiso con las políticas de poder es la de Alemania. El aliado más fuerte que tenía Rusia en la UE

era Berlín, donde la creencia en ese acuerdo de modernización con Rusia y una política de cambio a través de la reconciliación estaba fuertemente arraigada, por razones históricas, políticas y económicas. Cuando las tropas rusas invadieron Ucrania a principios de 2014, Berlín pensó inicialmente que la solución pasaba por más comunicación con Putin para relajar las tensiones, confiando en su supuesta influencia en el Kremlin. Pero a finales del primer semestre de 2014 –y tras el derribo del MH17– Berlín tuvo que aceptar la idea de que la agresión rusa tenía un significado diplomático, por lo que comenzó a influir en otros Estados reacios a las sanciones como Austria, Hungría, Italia y España, con la idea de que eran necesarias.

La UE podría haber estado en una mejor posición para influir en la evolución de los hechos si sus políticas hacia Rusia hubieran sido diferentes. Durante gran parte de la década pasada, el interés económico prevaleció sobre un enfoque de principios. Moscú no sufrió las consecuencias de su guerra con Georgia en 2008, lo que habría llevado a Putin a esperar la misma pasividad en Ucrania. No cabe duda de que la UE había dado avisos poco convincentes. No estuvo claro qué debía hacerse hasta que se adoptó el segundo paquete de sanciones en 2014, con el que Europa volvía a

comprometerse con políticas de poder, cambiando su anterior enfoque más reactivo y relativamente pasivo.

¿Dónde encaja esta visión con un enfoque de seguridad más amplio? La amenaza de la agresión rusa en Europa oriental también ha revitalizado el papel de la OTAN. En el contexto de posguerra fría, Europa, supuestamente, estaba libre de amenaza y la Alianza parecía un anacronismo que buscaba un nuevo papel. Asimismo, con el nuevo pivot de Estados Unidos hacia Asia, se percibía un menor compromiso de la OTAN con la seguridad europea. Sin embargo, cuando los países de la periferia oriental europea reclamaron apoyo, fueron a la Alianza, que actuó inmediatamente y causó el público agradecimiento de la presidenta de Lituania, Dalia Grybauskaitė, por ser miembro de la organización, al contrario de Ucrania. Las continuas provocaciones rusas en Ucrania, y allá donde podía, han aumentado la consideración pública de pertenencia a la OTAN en países como Finlandia y Suecia, algo inimaginable dos años atrás. En cualquier caso, la emergencia de la “vieja” OTAN será temporal, durante el tiempo que dure la crisis, ya que siempre es previsible una divergencia transatlántica sobre cómo lidiar con Rusia.

Aunque la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) no parece desempeñar ningún papel en

la respuesta a la crisis de Ucrania, los Estados miembros lanzaron iniciativas para aumentar su seguridad fuera de la estructura institucional de la UE. Una fuerza conjunta liderada por Reino Unido trabajará con las naciones bálticas –Estonia, Letonia y Lituania– así como con Holanda, Noruega y Dinamarca. Reino Unido se centrará en las operaciones y transporte de unidades pequeñas, a partir de su experiencia con Francia en materia de fuerzas conjuntas. Los planes británicos van en paralelo a la iniciativa nacional alemana, en la que Berlín trabajará con algunos de sus aliados en Europa oriental con el fin de aumentar sus capacidades.

Contrariamente, y como consecuencia, 2014 ha sido un mal año para las ambiciones europeas de un papel más relevante como actor de seguridad fuera de sus fronteras. Tal como sucedió en 2013 en Malí, los europeos han evadido gestionar la crisis en República Centroafricana, dejando el gran peso en Francia y las Naciones Unidas. Igualmente, la epidemia del ébola ha sacado a la luz los esfuerzos de algunos Estados miembros, pero ello es insignificante sin la coordinación de una respuesta europea proporcional con dicha crisis.

A la UE también le ha costado encontrar su papel con la vecindad Sur, donde las crisis no cesan. Tras

las altas expectativas surgidas con las primaveras árabes de 2011, solo Túnez demuestra tener un futuro realista de consolidación de su incipiente democracia. Alemania y Suecia han sido los más activos en apoyar sus esfuerzos. La UE, mientras tanto, redujo sus programas en Libia debido a su guerra civil. La Unión y los Estados miembros actuaron marginalmente con el colapso de la transición en Yemen, y el autoritarismo del régimen del general Abdel Fatah al Sisi en Egipto supera ahora la situación previa a las revueltas populares de 2011.

Tanto EE UU –que ha vuelto a liderar las operaciones aéreas contra el Estado Islámico (EI) justo en el año que quería dejar de hacerlo– como los Estados europeos han comprobado los límites de su poder para resolver los problemas intrínsecos de esta complicada región, más si se compara con el destacado papel desempeñado por los actores regionales. De todas maneras, no deber ser una excusa para no tener una estrategia de contención de un conflicto que ha creado una crisis humanitaria de grandes proporciones, y que ha producido “efectos colaterales” que están desestabilizando la región y más allá.

El análisis detallado del Scorecard 2014 muestra que las decisiones de la UE en política exterior han sido reactivas, más que parte de una

estrategia coherente. Tal vez esta crítica sea injusta, ya que siempre habrá respuestas a la toma de decisiones en política exterior pero vivimos en un mundo impredecible. Si Rusia pudo desafiar en 2014 no solo el orden europeo sino el internacional significa que existe una pequeña razón para pensar que 2015 podría ser mejor. Si la respuesta de la UE fue actuación y compromiso conjunto sobre las sanciones a Moscú, no quiere decir que hayamos resuelto el problema. Las sanciones están impactando de manera negativa en la economía de Rusia, pero Europa necesita todavía desarrollar una estrategia más allá de las sanciones. Mientras los primeros desafíos europeos de 2015 tienen que ver con la unidad sobre las sanciones (el nuevo gobierno griego es posiblemente el primero en cuestionarlas, aunque habrá más), este es el momento para que los países miembros acuerden cuáles serán las prioridades si las sanciones cambian (o no) los cálculos políticos de Putin.

Asimismo, las luchas en Irak y Siria continuarán, con una UE expectante aunque no menos dispuesta a ofrecer represalias. La inseguridad en todo el Norte de África y Oriente Próximo (MENA, en inglés) continuará y probablemente empeorará –por lo menos en Yemen, donde ha caído el gobierno–. El ascenso de China, la

escalada de las disputas territoriales dentro del país y con sus vecinos, y la imprevisibilidad de Corea del Norte mantienen alta las tensiones en Asia.

Muchos de los indicadores del Scorecard 2014 muestran que la actuación europea fue peor este año –incluyendo respuestas a las crisis migratorias en el Mediterráneo, el apoyo humanitario a la crisis de refugiados en Oriente Próximo, la seguridad regional y el apoyo al Estado de Derecho, democracia y derechos humanos en MENA– lo que tendría grandes implicaciones para la seguridad europea y desempeñaría un papel clave en la narrativa que utilizan aquellos que quieren radicalizar en Europa a los jóvenes de las comunidades musulmanas. Tras los horribles ataques a *Charlie Hebdo* en París el 7 de enero, y el refuerzo del nivel de alerta de ataques terroristas en varias capitales europeas, existe un recordatorio que da qué pensar sobre la interrelación entre la política exterior europea, la inestabilidad en el vecindario y los desafíos internos que afrontan los países.

Frente a los recortes en recursos y capacidades, el poder global cambia y las presiones políticas internas entre los Estados miembros conspiran para que la UE no pueda actuar de forma efectiva donde quiere. También es verdad que la Unión no podrá proveer soluciones a

cada problema que aparezca en su radar global. Ello es una razón añadida para intentar ser más estratégicos sobre cómo y dónde es mejor invertir la energía diplomática.

La experiencia en 2014 demuestra que vivimos en un mundo donde los europeos tendrán que tomar difíciles decisiones sobre el mundo en el que quieren influir. También existen tensiones –entre intereses normativos, económicos y de seguridad, entre los intereses nacionales de cada Estado miembro, e incluso entre los papeles de la UE como poder regional, poder global y socio transatlántico– que tendrán que solucionarse. La llamada para un replanteamiento de la política exterior de la UE no es algo nuevo. Las conclusiones del Consejo Europeo de diciembre de 2014 encomendaron una revisión estratégica, y la alta representante, Federica Mogherini, ha comenzado con este proceso. Su primera declaración al respecto se espera para junio de 2015. El objetivo del análisis del Scorecard es no solo facilitar evidencia, sino llamar la atención y despertar interés para invertir tiempo en este ejercicio con el fin de aprovechar la oportunidad que el estudio facilita.



Ermidio Tucci®

FASHIONFILM



#estrenaoctubre
f t i p elcorteingles.es

SOLO EN *El Corte Inglés*

Ucrania y el 'pivot' de Estados Unidos hacia Asia

El estrechamiento de la relación entre Rusia y China por el conflicto de Ucrania devalúa tanto el 'pivot' (giro) de Estados Unidos hacia Asia como las sanciones contra Rusia.

Eugenio Bregolat

La forma en que Occidente ha tratado a Rusia estrecha el entendimiento chino-ruso. Esta nueva relación entre Moscú y Pekín devalúa tanto el *pivot* (giro) de Estados Unidos hacia Asia como las sanciones contra Rusia.

La reemergencia de China como gran potencia, la única comparable en el futuro próximo a Estados Unidos, llevó a Barack Obama a proclamar, en 2010, su política de *strategic pivot* o *rebalancing* hacia Asia-Pacífico. Esta política partía del reconocimiento de que los intereses estratégicos y económicos de EE UU en esta región son más importantes que los que tiene en cualquier otra, y de la asunción implícita de que otras áreas prioritarias en el pasado, como Europa

u Oriente Próximo, ya no requerían tanta atención.

Pero la liquidación de la presencia militar en Irak y Afganistán ha dado paso a los avances del Estado Islámico y la guerra civil siria. No se ha conseguido desactivar la amenaza del terrorismo salafista ni estabilizar Oriente Próximo, y menos aún democratizarlo. La realidad ha desmentido la peregrina idea de que basta con derribar un régimen opresivo para que en sociedades tribales o de tradición radicalmente distinta a la occidental florezca la democracia liberal. Por su parte, el conflicto de Ucrania ha hecho saltar por los aires la ilusión de la estabilidad geoestratégica de Europa. Así, una primera consecuencia de que las

Eugenio Bregolat, diplomático, ha sido embajador de España en China durante tres distintos periodos, 1987-91, 1999-2003 y 2011-13. También fue consejero comercial en la delegación comercial en la URSS, entre 1974 y 1978, y primer embajador de España en la nueva Rusia, de 1992 a 1997. Carta entregada el 26 de enero.

premisas del giro no se hayan cumplido por ahora es que el mayor tiempo, energía y recursos que EE UU debe dedicar a estas regiones no puede invertirlos en Asia-Pacífico.

Para comprender (que no quiere decir justificar) la actitud de Rusia en Ucrania es indispensable un análisis del proceso histórico que se desarrolló entre 1989 y 1991. En junio de 1989 Solidarnost desplazó del poder por las urnas al Partido Comunista de Polonia. Mijail Gorbachov no envió los tanques, a diferencia de lo que hicieran Nikita Jruschov en Hungría en 1956, y Leonid Breznev en Checoslovaquia en 1968. Renunció con ello a la doctrina Breznev (la URSS impediría que un país socialista abandonara el sistema) e inició la liquidación del orden establecido en Europa tras la Segunda Guerra mundial. Gorbachov aceptó después el derribo del muro de Berlín y la reunificación de Alemania. Toleró igualmente el fin del Pacto de Varsovia y, finalmente, la disolución de la URSS, en diciembre de 1991. Pudo haber evitado cada uno de estos hechos utilizando la fuerza, pero se negó a hacerlo.

Temiendo un baño de sangre, se habían manifestado en contra de la disolución de la URSS todos los dirigentes occidentales: Felipe González, George Bush padre, Helmut Kohl, François Mitterrand y Margaret Thatcher, entre otros. Bush

pronunció ante el Parlamento ucraniano su discurso “Chicken Kiev”, previniéndole contra el “nacionalismo suicida”. Thatcher dijo: “No puedo abrir una embajada en Kiev del mismo modo que no puedo abrirla en San Francisco”.

Es fácil comprender, por tanto, que la gran mayoría de los rusos no aceptaran lo que supuso para Moscú la pérdida de todas las conquistas hechas desde Pedro el Grande, a principios del siglo XVIII. La independencia de Ucrania se percibe como la amputación de un brazo. Si la prioridad de Abraham Lincoln hubiese sido no hacer sangre –dicen los rusos– EE UU habría dejado de existir. Vladimir Putin interpretó el sentimiento mayoritario de los rusos al decir que la desintegración de la URSS había sido el peor desastre geoestratégico del siglo XX. Segunda lectura: “esto conmigo no habría pasado”. Tercera lectura: “esto no ha terminado”.

Al proceso descrito se añadió más adelante la ampliación de la OTAN. Aunque es cuestión controvertida, Gorbachov sostiene que EE UU y Alemania le garantizaron que si aceptaba la permanencia de la Alemania reunificada en la OTAN, esta no se expandiría hacia el Este. Los rusos se preguntan cómo Gorbachov no exigió una garantía escrita en una cuestión tan capital. Es obvio que tanto los antiguos

miembros del Pacto de Varsovia como varias de las exrepúblicas soviéticas deseaban ingresar en la Alianza Atlántica, lo que les pondría al abrigo de las ambiciones de Moscú. No lo es menos que Rusia percibió su ingreso como un agravio, hubiera o no promesa de no ampliación. George Kennan, el principal estratega de la política exterior estadounidense del siglo XX, padre de la *containment* de la URSS, consideró la ampliación de la OTAN como “un error estratégico de proporciones potencialmente épicas”. El tiempo le está dando la razón. Y como colofón, la intervención de la OTAN en la guerra de Yugoslavia y la derrota de Serbia, el aliado tradicional de Rusia.

La consecuencia del vasto proceso de desistimiento protagonizado por Gorbachov y de la forma en que Occidente lo explotó fue una Rusia “humillada y ofendida”. Moscú considera que se portó como un amigo, cediéndolo todo gratis, renunciando a usar la fuerza cuando pudo hacerlo, y fue tratada como un enemigo. Abandonó la guerra fría pero Occidente no lo hizo. Se invocan a menudo los años treinta para comparar a Putin con Hitler. En mi opinión, hay un precedente mucho más relevante: el resentimiento que engendró en Alemania el Tratado de Versalles, que llevó a la Segunda Guerra mundial. Aprendida la lección, los países occidentales trataron a

Alemania con magnanimidad tras su derrota en 1945 y, de nuevo, en 1990.

Pero la lección se ignoró tras perder Rusia la guerra fría, de forma incruenta. El proceso de recomposición del orden europeo se cerró en falso. Los reiterados llamamientos de Gorbachov para edificar una “casa común europea” fueron ignorados. Si se le hubiese tendido la mano (con ayuda económica para la perestroika, con algún tipo de acuerdo de asociación entre la Unión Europea y Rusia, no ampliando la OTAN, etcétera), se habría generado confianza estratégica, y con ella una sólida base para una relación no conflictiva con Rusia a largo plazo.

El intento de la UE, en 2014, de atraer a Ucrania, desbaratando la Unión Euroasiática de Putin, fue entendido por Rusia como un primer paso para la integración de Ucrania en la OTAN. La perspectiva de la VI Flota de EE UU en los puertos ucranianos es percibida por Rusia como un cuchillo en el cuello; evitarlo, un imperativo geoestratégico elemental. Y la respuesta de Putin, con la anexión de Crimea y la desestabilización de Ucrania, cuenta con el apoyo masivo del pueblo ruso. Con los matices que se quiera, una nueva mentalidad de guerra fría se ha impuesto en las relaciones entre Occidente y Rusia.

Parte del precio que pagan EE UU y la UE por la desacertada forma en que

resolvieron el proceso de recomposición del orden europeo es la consolidación del entendimiento entre Rusia y China. Ello supone un gran refuerzo tanto de la posición geoestratégica de Rusia respecto a Occidente, que desvirtúa el efecto de las sanciones impuestas a causa del conflicto de Ucrania, como de la posición geoestratégica de China, en detrimento del giro de EE UU hacia Asia.

El crecimiento económico galopante de China inquieta a Rusia, como a cualquiera de sus vecinos. El PIB controlado por Moscú en 1991, antes de la desintegración de la URSS, era el 250 por cien del controlado por Pekín: hoy el PIB de Rusia es el 25 por cien del de China, y la diferencia aumenta cada año, dado que China crece más que Rusia. La población china es 10 veces mayor que la de Rusia y Siberia está vacía: unos 30 millones de rusos de los Urales al Pacífico, por más de 300 millones en las provincias chinas colindantes con Rusia. Esta arrebató a China, en los siglos XIX y XX, tres millones de kilómetros cuadrados, incluida la conversión de Mongolia en un protectorado soviético, como le recordó Deng Xiaoping a Gorbachov en 1989.

La capacidad de EE UU para contener a China y la eficacia del giro serían mucho mayores si Rusia compartiera con ellos la percepción de China como “principal amenaza”, al

menos potencial. Pero hoy, bien al contrario, son tanto Rusia como China las que perciben a EE UU como “principal amenaza”, al negarse estos a reconocerles zonas de influencia en su respectivo “extranjero próximo” —cuando EE UU, ya en 1823, definió el hemisferio occidental como la suya, con la doctrina Monroe—. Los recelos de Moscú respecto a Pekín quedan neutralizados por su resentimiento hacia Occidente. Evitar que Ucrania se decante del lado occidental, con la perspectiva de que un día sea miembro de la OTAN, y neutralizar las sanciones, son para Rusia preocupaciones mayores y más urgentes que el aumento del poder económico y militar de China.

Tampoco puede hoy EE UU atraer a China a un frente común contra Rusia, como hicieran en la década de los setenta Richard Nixon y Henry Kissinger, cuando Washington y Pekín compartían la percepción del “peligro soviético”. Hoy la situación es muy diferente, siendo China y Rusia quienes comparten la percepción de EE UU como “principal amenaza”. China se opone a la presencia estadounidense en sus proximidades, Taiwán incluido. Considera que Washington quiere evitar su reemergencia como gran potencia y equipara el giro al *containment* propio de la guerra fría.

Las sanciones económicas impuestas por Occidente a Rusia y la

reconsideración por parte de Europa de su dependencia energética de Rusia reforzaron la posición negociadora de China, que consiguió un acuerdo muy favorable de compra de gas ruso en mayo de 2014: 38.000 millones de metros cúbicos anuales (un cuarto del consumo chino) durante 30 años a partir de 2018. No se facilitó el precio, pero se estima en torno a los 400.000 millones de dólares. Rusia rompía así su aislamiento diplomático y aliviaba significativamente el impacto de las sanciones económicas. Si la inversión occidental se secara, Rusia se vería obligada a aflojar las restricciones que viene aplicando a la inversión china. Moscú ya ha abandonado sus objeciones al proyecto chino de rehabilitación de la Ruta de la Seda, que incluye ambiciosos planes chinos de construcción de trenes de alta velocidad, a financiar con sus vastos excedentes de capital. Se consolidará así la influencia china en las exrepúblicas soviéticas de Asia Central, ya integradas en la Organización de Cooperación de Shanghai.

El abastecimiento energético en Rusia y en Asia Central tiene para China la ventaja de evitar rutas marítimas que, en caso de conflicto, EE UU podría interferir. Junto a la energía y las materias primas, el otro gran capítulo de las compras de China a Rusia incluye material y tecnología militares. La precariedad económica

de Rusia y su más estrecho entendimiento con China reducen los reparos rusos a ceder su tecnología militar más avanzada.

La frontera con Rusia, de 4.300 kilómetros, es para China la única potencialmente peligrosa. Durante décadas, hasta finales de los años ochenta, China tuvo un millón de soldados protegiéndola, y Rusia una cifra algo menor. Descartado el ancestral peligro proveniente de las estepas del Norte, China tiene las manos libres para concentrarse en el desarrollo de sus fuerzas navales y otros medios para contrarrestar la hegemonía estadounidense en los mares circundantes.

Ni Pekín ni Moscú piensan en una alianza militar. El interés de China está en mantener una buena relación con EE UU, pese a las inevitables diferencias y tensiones. Pero un entendimiento más estrecho con Rusia es una pieza muy valiosa en la partida geoestratégica que juega con Washington. Una pieza a añadir a otras, como el crecimiento de su PIB (que en paridad de poder adquisitivo ha alcanzado ya al de EE UU), la dependencia económica de China de la mayoría de países del Sureste Asiático, o su enorme acumulación de reservas en dólares.

El entendimiento chino-ruso devalúa, en conclusión, tanto el giro como las sanciones contra Rusia a causa de Ucrania.

PONEMOS ENERGÍA EN COSAS QUE IMPORTAN

APOYANDO LA CULTURA Y RESTAURANDO EL PATRIMONIO

Programa de Restauración del Museo del Prado

En la Fundación Iberdrola ponemos toda nuestra energía en promover la cultura y conservar el patrimonio artístico y cultural de los países donde tenemos actividad.

www.fundacioniberdrola.org

ARTE Y CULTURA

SOSTENIBILIDAD Y BIODIVERSIDAD

FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN

COOPERACIÓN Y SOLIDARIDAD



ADOP

Patrocinador
del Equipo
Paralímpico
Español



Fundación
IBERDROLA

Ucrania y Rusia: lecciones aprendidas, opciones de futuro

Reconocer la equivocada rivalidad de EE UU, la UE y Rusia por atraer a Ucrania es el punto de partida para un futuro que pasa por la congelación del conflicto o el acuerdo entre Kiev y los separatistas.

Javier Morales

El reciente debate en Estados Unidos y la Unión Europea sobre la conveniencia o no de armar al ejército ucraniano ha puesto de relieve la disparidad de visiones sobre la mejor estrategia para afrontar el conflicto.

Pero esta crisis solo podrá resolverse reconociendo primero los errores que han conducido a esta situación; comprendiendo la percepción de cada una de las partes –incluida Rusia–, más allá de los estereotipos; y aceptando que el futuro de Ucrania depende ahora tanto de su voluntad soberana como de sus capacidades reales para defenderla, las cuales condicionarán necesariamente las opciones disponibles en su política exterior.

Unión Europea: incoherencia entre valores e intereses

Aunque la guerra en Donetsk y Lugansk – regiones conocidas como el Donbass– se haya convertido en el centro de la atención internacional, hay que recordar que el conflicto no empieza con las insurrecciones separatistas, ni siquiera con la previa anexión de Crimea por parte de Rusia. El problema actual comienza a gestarse en Kiev, en las protestas del Euromaidán a partir de noviembre de 2013.

Más que de un enfrentamiento existencial entre dos sistemas de valores, esta crisis surge de una competición por el poder, donde tanto Rusia como la UE y EE UU han maniobrado para atraer a Ucrania a su

Javier Morales es coordinador de Rusia y Eurasia en la Fundación Alternativas y profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Europea.



Alexander Lukashenko, Vladimir Putin, Angela Merkel, François Hollande y Petro Poroshenko en las conversaciones de paz de Minsk (Bielorrusia, 11 de febrero de 2015). GETTY

respectiva área de influencia. La necesidad de justificar sus propios intereses ha dado lugar, no obstante, a un discurso idealista que presenta esta rivalidad bajo otro tipo de argumentos. Rusia ha utilizado sus vínculos históricos y culturales con Ucrania para tratar de legitimar su intervención; mientras que Occidente se ha erigido en defensor de la soberanía ucraniana frente a la agresión exterior.

Los hechos de 2013-14 demuestran, no obstante, abundantes contradicciones entre esta retórica y la realidad. En primer lugar, la UE se mostró menos respetuosa de la soberanía de Ucrania cuando esta –a través de su presidente Viktor

Yanukovich– paralizó la firma del proyectado Acuerdo de Asociación. Si bien la respuesta europea no incluyó el uso de la fuerza, como sí lo haría después Rusia, desde ese momento se cuestionó no solo el acierto de dicha decisión, sino la legitimidad de Yanukovich como jefe de Estado, poniendo en riesgo la estabilidad interna del país. Esto contrastaba con la actitud europea en los meses anteriores, cuando el presidente era reconocido como interlocutor legítimo – pese a su amplísima corrupción y tendencias autoritarias– mientras se celebraban las negociaciones sobre el futuro acuerdo. Un gobierno que, por otra parte, no podía ser considerado dictatorial al haber surgido de unas

elecciones democráticas certificadas por la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, y existir una oposición sólida con la capacidad de ganar los siguientes comicios.

Por supuesto, Rusia tampoco fue ajena a las presiones sobre Kiev. Moscú supo utilizar la grave crisis de la economía ucraniana para imponer su voluntad, mediante un rescate financiero –sin la condicionalidad de realizar reforma institucional alguna– y un importante descuento en el precio del gas. El error de la UE en su negociación fue subestimar la contraoferta que el Kremlin estaba dispuesto a realizar, sin ofrecer una compensación equiparable como reclamaba el propio Yanukovich; lo cual habría atenuado el impacto negativo en la economía ucraniana de abrir su mercado a las exportaciones de la Unión, que desplazarían a una industria local escasamente competitiva, orientada a exportar a Rusia. Los intereses comerciales de las empresas europeas impulsaron, así, una posición de la UE cada vez más intervencionista para forzar un cambio de rumbo en Ucrania.

El apoyo occidental al Euromaidán sería el principal instrumento para revertir la decisión de Yanukovich respecto del Acuerdo de Asociación; un respaldo que superó, con mucho, la mera solidaridad con las reivindicaciones de los manifestantes, inicialmente centradas en el

fin de la corrupción y la mejora de sus condiciones de vida, vinculadas a un hipotético ingreso en la UE. Las visitas de la entonces alta representante europea Catherine Ashton, la subsecretaria de Estado de EE UU Victoria Nuland o el senador estadounidense John McCain a la concentración de la plaza de la Independencia alentaron unas esperanzas infundadas entre muchos ucranianos: Occidente se ponía de su parte frente al gobierno, apoyando el “sueño europeo” –que no solo incluiría el acuerdo comercial, sino la plena entrada en la UE– anhelado por ellos. Posibilidad que, naturalmente, no estaba entre los cálculos de los políticos que recorrían la plaza esos días.

Así, la UE comenzó a tratar como representantes de todo el pueblo ucraniano a los acampados en Kiev, obviando la fractura entre las regiones occidentales –nacionalistas y hostiles a Rusia– favorables a los manifestantes, y aquellas como el Donbass o Crimea, donde Yanukovich tenía su base electoral. Una encuesta de la Fundación de Iniciativas Democráticas y el Centro Razumkov de Kiev, realizada a finales de diciembre de 2013, constataba esta división: el 80 por cien de los ucranianos del oeste del país apoyaba el Euromaidán, mientras que en el este y sur el apoyo se reducía al 30 y 20 por cien, respectivamente.

Esta imprudente toma de posición europea se haría aún menos justificable a medida que las concentraciones se radicalizaron, evolucionando –incluso antes de la sangrienta represión policial– hacia la lucha violenta, con grupos de ultraderecha enfrentados a la policía con palos, cócteles molotov y armas de fuego, además de ocupar varios edificios públicos. El nacionalismo radical simbolizado por las banderas rojinegras cobró una presencia cada vez mayor, liderando estos combates. Pero la contradicción entre el extremismo violento y las reivindicaciones europeístas, así como el peligro real de que la violencia derivase en guerra civil, fueron ignorados por la UE, que no tuvo inconveniente en reunirse también con el líder del partido Svoboda, una formación condenada por el Parlamento Europeo por su ideología xenófoba.

El último paso en la pérdida de credibilidad europea fue el acuerdo del 21 de febrero de 2014, en el que Yanukovich aceptaba elecciones anticipadas a finales de año, y se comprometía junto con la oposición a formar un gobierno de concentración nacional hasta entonces. La UE consideró cumplido su papel mediador, mientras que el Maidán anunciaba que no pararía hasta forzar la salida del presidente, y Rusia advertía del riesgo de que el texto quedase en papel mojado si la violencia callejera no

cesaba. Así fue: ante el peligro para su vida y abandonado por muchos de sus aliados, Yanukovich huyó de la capital al este del país. Esta circunstancia fue aprovechada por los partidos opositores para destituir al presidente, aunque este se encontraba aún en territorio nacional y tampoco había dimitido ni se encontraba incapacitado. Una votación, por tanto, irregular –sin seguir el procedimiento constitucional de *impeachment*, y con diputados progubernamentales huidos o coaccionados por los manifestantes armados que rodeaban el Parlamento–, a la que la UE debió haber respondido de forma contundente, exigiendo que se respetase el acuerdo firmado 24 horas antes.

En la misma línea, cuando Rusia tomó represalias unilaterales ocupando ilegalmente Crimea, la UE se mantuvo también al margen. Aunque ella misma había sido parte directa –por acción y omisión– en la crisis, no supo prever la agresiva respuesta del Kremlin al derrocamiento de su aliado, ni estaba dispuesta a emplear la fuerza para proteger la integridad territorial de Ucrania.

Rusia: una potencia sin reparos para emplear su poder

El argumento de que proporcionar armamento a Ucrania, aunque no diese la victoria a Kiev frente a un ejército mucho más poderoso, sí incrementaría

los costes de la intervención rusa disuadiendo a Putin de continuar sus acciones agresivas, parte de una interpretación errónea de la perspectiva de Moscú sobre este conflicto. Para el Kremlin no se trata en el fondo de hacer realidad ambiciones territoriales sobre su pasado imperio, un expansionismo que ni siquiera había intentado en Crimea en el periodo entre 1991 y 2014, pese a tener la capacidad militar de hacerlo. Lo que sorprende de la posición rusa es, precisamente, que la intervención no se produjera durante los meses del Euromaidán, cuando aún hubiera podido evitar el derrocamiento del presidente ucraniano. Y esto fue así porque –como relató el ministro de Asuntos Exteriores polaco tras las negociaciones de febrero– el Kremlin dio prioridad entonces a evitar una guerra civil en el país vecino, con el consiguiente flujo de refugiados e inestabilidad en sus fronteras.

Fue Putin quien se negó a intervenir para socorrer a Yanukovich, como este le pedía, forzándole en cambio a llegar a un acuerdo con los opositores. Esa posición inicial más cautelosa fue la que, una vez la oposición rompió el acuerdo negociado, hizo que el Kremlin se sintiera engañado y motivó la ocupación de Crimea abandonando cualquier intento de diálogo.

Pese a que la propaganda rusa haya exagerado siempre la supuesta amenaza occidental, frente a la que el

Kremlin se presenta como protector de sus ciudadanos, la percepción de Moscú desde el hundimiento de la Unión Soviética ha sido la de un continuo declive de su poder en comparación con el de Occidente. La humillación de Rusia frente a los vencedores de la guerra fría, y no la confianza en su propia fuerza, fue lo que llevó a la presidencia en 2000 a un líder más asertivo como Putin, capaz de restaurar el prestigio del país como la gran potencia que históricamente siempre había sido. Esta sensación de vulnerabilidad persiste a día de hoy, motivando reacciones agresivas y a todas luces desproporcionadas cuando se considera ignorada o engañada por sus rivales.

Así, el escenario que se le presentaba al Kremlin –una vez Yanukovich fue derrocado y sus sucesores reconocidos por Occidente– era el de una Ucrania bajo un gobierno nacionalista antirruso, que además no dudaría en acelerar su integración en la OTAN y desalojar a la flota del mar Negro rusa de la base de Sebastopol, para reconvertirla en base naval de la Alianza Atlántica. Esta posibilidad era considerada por Moscú contraria a sus intereses vitales de seguridad, justificando desde su punto de vista –ajeno a consideraciones éticas o de legalidad internacional– la anexión del territorio de un Estado soberano y el posterior apoyo a una insurgencia separatista.

Sin embargo, el Kremlin no habría asumido este riesgo sin una acogida favorable entre la población local: tanto los rusos étnicos de Crimea, como los ucranianos rusohablantes del Donbass que no se sintieron representados por el Euromaidán. La insurgencia de Donetsk y Lugansk se nutrió así, en un primer momento, de los propios habitantes de esas regiones, a los que se sumaron voluntarios rusos y de otros países, todos ellos coordinados y financiados por grupos ultranacionalistas, con indudables conexiones con los servicios de inteligencia de Moscú. El apoyo popular hizo fracasar los primeros intentos de Kiev por reconquistar el territorio, con civiles desarmados cerrando el paso a los blindados en ciudades como Sloviansk. Solo ante el posterior avance de las tropas progubernamentales, Rusia decidió introducir unidades de sus propias fuerzas armadas, que sumadas a las milicias irregulares lograron pasar a la contraofensiva. Una “guerra híbrida” que no implica tampoco una coordinación perfecta entre ambos tipos de fuerzas: los dirigentes separatistas, con sus propios intereses, constituyen el grupo más impredecible.

Putin está, por tanto, dispuesto a pagar el precio necesario para defender intereses considerados vitales, por mucho que una Ucrania rearmada incrementase el número de bajas entre

las fuerzas prorrusas. Moscú cuenta con una frontera abierta que le permite controlar su volumen de apoyo a los insurgentes, aumentándolo si es necesario como respuesta a una escalada. El éxito de la estrategia comunicativa rusa, que ha aumentado el apoyo popular a su presidente hasta rebasar el 80 por cien, le permitirá además aguantar durante un plazo considerable los efectos de las sanciones, más aún en un sistema en el que no existe un *lobby* empresarial con capacidad de presionar al Kremlin, ya que este ha situado a oligarcas leales al frente de las principales corporaciones. El “golpe palaciego” que algunos auguran si Putin no da marcha atrás se produciría, probablemente, en el caso contrario: por una retirada deshonrosa que pusiera en cuestión la credibilidad de Rusia como gran potencia, en cuya defensa la élite dirigente ha apostado todo su capital político.

Dos opciones para el futuro de Ucrania

Kiev se ha negado hasta ahora a aceptar su incapacidad para ganar la guerra contra un enemigo “híbrido” que incluye al ejército ruso, no solo por no contar con armamento suficiente, sino por la propia crisis que arrastran las fuerzas armadas ucranianas, en las que no ha existido un esfuerzo de inversiones y modernización equiparable al

realizado en Rusia desde la llegada de Putin al poder. Prueba de ello es que se haya tenido que recurrir a batallones de voluntarios que actúan con gran autonomía. Incluso existen unidades –como el batallón Azov o las fuerzas del Sector de Derechas– creadas por grupos neonazis a los que Kiev proporciona armas y entrenamiento. Capítulo aparte sería evaluar cuál podría ser el papel futuro de estos excombatientes –muchos procedentes del Maidán– en la vida política y social ucraniana, una vez finalizase el conflicto armado.

Los futuros posibles para Ucrania no incluyen ya, por desgracia, una vuelta al *statu quo ante*: la anexión ilegal de Crimea es en la práctica irreversible y no va a ser negociada por Moscú. En este momento, las opciones son dos. La primera de ellas es la congelación indefinida del conflicto, a imagen de otros escenarios como Transnistria o Nagorno-Karabaj. El alto el fuego sería, una vez más, efímero –alternando etapas de mayor o menor intensidad en los combates– y la vía política quedaría estancada por el rechazo de Kiev, los separatistas o ambos a realizar concesiones. Este fracaso daría lugar a que se consolide un Estado independiente de facto en los territorios rebeldes. Rusia es la única que podría evitar la secesión definitiva de las “repúblicas populares” de Donetsk y Lugansk, pero solo lo hará si se cumplen sus propias demandas.

La segunda opción, probablemente la menos negativa, es implementar hasta sus últimas consecuencias el acuerdo firmado en Minsk el pasado 12 de febrero. Esto implica no solo detener los combates, sino que Kiev y los líderes rebeldes alcancen un consenso sobre la prevista reforma constitucional, determinando el grado exacto de autonomía que tendrán Donetsk y Lugansk dentro del Estado ucraniano. Como mínimo, debería incluir la elección de sus gobiernos regionales y la capacidad de mantener sus tradicionales relaciones económicas y culturales con Rusia, sin impedimentos por parte del gobierno central. En todo caso, el actual Estado centralizado tampoco es ya una alternativa: la población del Donbass difícilmente va a asumir la identidad ucraniana nacionalista abanderada por el Euromaidán, y menos aún tras un enfrentamiento armado que ha tenido tanto de guerra civil como de intervención de Moscú.

Para hacer viable el acuerdo, Ucrania tendría que respetar además la principal “línea roja” planteada por el Kremlin: permanecer como Estado neutral fuera de la OTAN. Una limitación, es cierto, de la soberanía nacional; pero también la única posibilidad realista de poner fin a un conflicto que el país no tiene recursos para afrontar, y que ya ha causado un daño irreparable en vidas humanas entre sus propios ciudadanos.

Seguridad

es estar a 4.000 km de tu hogar
y sentir que estamos cerca de ti



3 Meses
sin intereses*

902 400 454
viajeselcorteingles.es

VIAJES **El Corte Inglés**
Una sonrisa de ida y vuelta

* No aplicable sobre importes de tasas de embarque ni cuota de servicio / propinas. Intereses subvencionados por Viajes El Corte Inglés, S.A. Financiación sujeta a aprobación de Financiera El Corte Inglés E.F.C., S.A. Recibo mínimo de 30€. Gastos de gestión financiados en función del importe de la venta: desde 3€ hasta un máximo de 12€. Ejemplos a 3 meses sin intereses: Importe: 300€, 101,67€/mes, TIN 0%, TAE 10,44%; gastos de gestión 5€, importe total del crédito/adeudado 305€, importe total del crédito/adeudado 3.012€. Consulta condiciones. C.I.C.M.A 59, HERMOSILLA 112 - MADRID

Grecia: la dificultad de un acuerdo al gusto de todos

El Eurogrupo se ha impuesto en la negociación y Grecia acepta la prórroga de un programa que deja algún margen de autonomía al gobierno de Tsipras para diseñar sus propias medidas de austeridad.

Irene Martín

Las elecciones del 25 de enero dieron la victoria por primera vez en la historia de la Tercera República Griega a un partido distinto de Nueva Democracia (ND) o el Movimiento Socialista Panhelénico (Pasok). Con el 36,3 por cien de los votos Syriza quedó a dos escaños de la mayoría absoluta. Ante el estupor de muchos, optó por un socio de gobierno de derechas y nacionalista: Griegos Independientes (ANEL).

La coalición resultante de las elecciones de 2015 debe entenderse como la priorización del rechazo al Memorándum de Entendimiento firmado por el gobierno de Grecia y la troika (Banco Central Europeo, Comisión Europea y Fondo Monetario Internacional), así como de las

políticas de austeridad que este llevaba aparejadas.

Syriza ganó las elecciones con el mandato claro de reinstaurar la soberanía nacional y poner fin a la crisis humanitaria a la que han llevado dichas políticas. La troika y, más concretamente, los funcionarios que han llevado a cabo la supervisión del cumplimiento de lo pactado personificaban para el nuevo gobierno la humillación y la imposición de las medidas que han empobrecido a la población durante los últimos cinco años. El programa electoral de Syriza tenía como eje renegociar las condiciones del pago de la deuda griega con sus acreedores.

Una semana después de las elecciones, el primer ministro, Alexis

Irene Martín es profesora de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.



Alexis Tsipras tras la victoria electoral de Syriza (Atenas, 25 de enero de 2015). GETTY

Tsipras, y el ministro de Finanzas, Yanis Varoufakis, emprendían lo que se denominó como la “ofensiva del encanto”, en referencia a la simpatía que ambos líderes, cada uno en su estilo, suscitaban en determinados medios. Tras entrevistarse con varios de los principales líderes europeos lograron, sin duda, una gran popularidad. No así apoyos inequívocos a su plan.

Alemania se mostraba contraria a cualquier propuesta que no consistiera en una prórroga del plan anterior. A finales de febrero estaba pendiente el desembolso del último tramo del rescate, siempre y cuando el gobierno griego se comprometiera a cumplirlo. No obstante, este ya expresó su deseo de renunciar a la

cantidad pendiente y de dejar de aplicar el plan (al menos en un 30 por cien). A cambio, proponía un acuerdo puente por unos meses. Además de hacer frente a los pagos que vencen en verano, esto le facilitaría empezar a atender algunas de sus promesas electorales y, mientras, diseñar un nuevo programa. El centro de la propuesta griega inicial era vincular la devolución de la deuda al crecimiento del país. El gobierno griego también señaló que sus líneas rojas estaban en la legislación laboral, las privatizaciones y las pensiones.

A partir de ahí, los términos de la negociación fueron poco claros y, a veces, contradictorios. En parte, esto es propio de cualquier negociación. El tono moral de algunos de los

mensajes tampoco contribuyó a clarificar qué estaba realmente en juego, salvo que se acepte que la reputación también es parte de lo que se negocia. Por un lado, ha habido sospechas, más o menos explícitas, de que los griegos vuelvan a la senda de la corrupción si no se les vigila de forma estricta. Frente a esto, desde Grecia se han hecho constantes referencias a la ocupación nazi, a posibles deudas pendientes de Alemania con Grecia, y la condonación de la deuda alemana en 1953.

Entre los reproches cabe incluir también el llamado riesgo moral (*moral hazard*) del que las partes se han acusado mutuamente. Los socios europeos consideraban que Grecia había asumido un compromiso voluntario que debía cumplir ya que, de lo contrario, serían otros (los votantes de los países acreedores) quienes tendrían que soportar injustamente consecuencias de su incumplimiento. El *Grexist* (salida de Grecia de la zona euro) sería, pues, el justo castigo al incumplimiento de lo pactado. Para el gobierno griego también los acreedores asumieron el riesgo de prestar dinero a Grecia bajo unas condiciones imposibles de cumplir. Así lo señaló Tsipras en una carta dirigida a los ciudadanos alemanes en el periódico *Handelsblatt* unos días antes de las elecciones. En ella decía que la UE

debía haber admitido en 2010 que Grecia estaba en quiebra, en vez de darle el mayor crédito de la historia de la humanidad sabiendo que no serviría sino para pagar las deudas ad eternum mientras la ciudadanía sufría las consecuencias más allá de lo razonable.

Cinco años intentando evitar la quiebra

Es preciso poner las negociaciones en contexto. Durante los últimos cinco años Grecia ha pasado por dos rescates por valor de 240.000 millones de euros que han logrado evitar su quiebra. Cada uno de estos rescates ha tenido como contrapartida la adopción de duras medidas de ajuste supervisadas por una delegación de la troika.

Algunos indicadores –pocos– han mejorado. A falta de conocer los datos definitivos del último año, que parecían prometedores, el déficit de Grecia pasó del 15,7 en 2009 por cien del PIB al 12,2 en 2013. Lo más relevante es que tras este déficit se escondía un superávit primario del 0,8 (lo que resulta de descontar el pago de la deuda). Según informó el gobierno saliente pocos días antes de las elecciones, 2014 también habría cerrado con superávit primario. Asimismo, se ha producido un descenso del coste de la unidad de trabajo sin parangón en otros países

de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), lo que se consideraba imprescindible para aumentar la productividad.

Además de estos logros, se han llevado a cabo reformas en un intento de racionalizar la administración pública. Pero muchas de estas iniciativas se han quedado cortas. En algunos casos, el gobierno siguió plegándose a los intereses de determinados grupos, tanto del sector público como del privado que, con el apoyo de los sindicatos, pedían mantener sus privilegios. En otros, las exigencias de la troika sobre la aplicación de medidas adicionales dificultaban la labor de implementar reformas delicadas como, por ejemplo, la que aspiraba a introducir criterios de mérito y eficiencia en la administración pública.

Lo más preocupante es que la economía griega sigue sin despejar. La deuda pública no ha hecho otra cosa que aumentar, pasando de un 130 por cien del PIB en 2009 a un 185, según informó hace unos días el ministro adjunto de Economía. Las exportaciones tampoco han aumentado, a pesar de la mejora de la competitividad. Y las condiciones de vida de los griegos durante los últimos cinco años no han dejado de deteriorarse. El desempleo ha pasado del 9,5 por cien en 2009 al 25,7, habiendo llegado incluso a superar el

27. Su incidencia es mucho mayor entre los jóvenes y son muchos los parados de larga duración. Según el profesor de la Universidad de Atenas Manos Matsaganis, entre julio de 2010 y junio de 2013 el sector público se había reducido en un 10,6 por cien. Aun así, la mayor parte del aumento del desempleo se ha producido en el sector privado. La legislación laboral se ha flexibilizado enormemente, facilitando los despidos y precarizando las condiciones laborales.

Al desempleo se une el creciente empobrecimiento de una parte considerable de la sociedad. Un 35,8 por cien de los griegos se encuentra en riesgo de pobreza, si tomamos 2008 como referencia. Las prestaciones por desempleo se han recortado. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), los salarios han disminuido más de un 24 por cien con respecto a 2007. El salario mínimo interprofesional se redujo en un 22 por cien (en un 32 por cien para los menores de 25 años). Las pensiones también se han recortado. Los datos de Eurostat muestran que Grecia es el país de la Unión Europea donde más ha disminuido la renta disponible. En gran medida, esto se debe al aumento de los impuestos. De acuerdo con las simulaciones llevadas a cabo por Silvia Avram y otros expertos, se

calcula que solo el aumento de la carga fiscal habría producido una disminución de cerca del 15 por cien en las rentas de las familias.

Las políticas de austeridad se han cebado con los sectores de rentas más bajas, donde los ingresos se han reducido en un 25 por cien. El aumento de la pobreza es especialmente preocupante entre los niños y los parados. Según Matsaganis, el aumento de algunos impuestos y recortes han tenido un efecto claramente regresivo. A pesar de la necesidad de un gasto social a la altura de las circunstancias, este se vio reducido en dos puntos. En el sector sanitario se ha introducido el pago por adelantado de los medicamentos y el copago por atención médica. Además, muchas personas han quedado excluidas del sistema al perder la cobertura por estar desempleadas.

A pesar de la subida de varios impuestos (especialmente llamativa en el impuesto sobre la renta, aunque también en el IVA y el impuesto sobre la propiedad), los ingresos del Estado no han dejado de disminuir como resultado de la contracción del PIB, las importaciones, el consumo y las contribuciones sociales (estas últimas como consecuencia del creciente desempleo). El fraude fiscal también tiene mucho que ver con esto. Según Eurostat, Grecia es uno de los países con el mayor desfase entre el IVA

teórico y el real, y uno de los países –entre los que también se encuentra España– donde más ha aumentado este desfase.

Negociar y renegociar

Este es el contexto en el que Syriza ha ganado las elecciones y el que explica que su prioridad fuera fomentar el crecimiento y paliar de forma gradual los efectos de años de austeridad, abandonando algunas de las medidas incluidas en el Memorándum que han demostrado tener efectos calamitosos para la población sin haberse demostrado eficaces para la recuperación de la economía.

Tras tres reuniones del Eurogrupo, el viernes 20 de febrero se llegaba a un acuerdo condicionado a la presentación de medidas concretas por parte del gobierno griego que despejaba, al menos por un tiempo, la incertidumbre sobre la posible salida de Grecia de la zona euro. El resultado consistía en una prórroga del programa vigente –al que el documento se refiere como *Master Financial Assistance Facility Agreement* (MFFA)– por cuatro meses, es decir, hasta finales de junio. Será entonces cuando el Eurogrupo evalúe los resultados y, en su caso, apruebe el desembolso del tramo pendiente de siete billones de euros, más 1,9 billones en concepto de

intereses de los bonos griegos. Mientras tanto, serán las mismas tres instituciones que supervisaban hasta ahora la implementación del programa las que sigan a cargo de asegurarse de que las medidas cuentan con el visto bueno de los socios acreedores. En otras palabras, el gobierno griego no lograba extender la línea de crédito (solo, en vez del conjunto del programa) por seis meses, como había planteado en su última propuesta al Eurogrupo, ni lograba deshacerse del control sobre sus cuentas y su actividad legislativa por parte de la troika que, eso sí, dejará de llamarse así. También perdía el control sobre los fondos para la recapitalización de los bancos que quedaban en el Fondo Griego de Estabilidad Financiera (HFSF) y que pasarán al Fondo Europeo (EFSF), aunque seguirán disponibles.

En un contexto en el que las fugas de capitales de los bancos griegos no habían hecho más que aumentar desde que se anunciaron las elecciones anticipadas –llegando al billón de euros solo durante el mismo día en que finalmente se alcanzó el acuerdo–, el BCE tuvo un papel crucial durante el proceso. Pocos días antes de la primera reunión del Eurogrupo, el BCE, ante la resistencia del gobierno griego a cumplir con el programa firmado en 2012, anunció que rechazaba los bonos del Estado griego como garantía para la

financiación de sus bancos. Quedaba, pues, como única alternativa el recurso a las líneas de liquidez de emergencia (ELA), que implica unos tipos de interés más altos.

La víspera del 20 de febrero empezó a correr el rumor de que el BCE estaba pensando en imponer controles de capitales, lo que resultó definitivo para que el gobierno griego aceptara las condiciones que le exigían sus 18 socios en el Eurogrupo. Una vez aprobado el acuerdo, el BCE anunció que volvería a aceptar los bonos griegos en cuanto considerase que Grecia estaba dispuesta a adoptar las medidas necesarias para lograr con éxito los objetivos del programa. Esto, por el momento, favorecía la estabilidad, aunque no los fondos.

¿Qué obtenía el gobierno griego tras unas negociaciones que algunos han calificado como las más duras de la historia del Eurogrupo? Básicamente, tres cosas: no se establecía un objetivo concreto de superávit primario (que el programa de 2012 fijaba en el tres por cien), no se establecían medidas concretas de austeridad que el gobierno griego tuviera que seguir y se lograba un periodo de cuatro meses durante el cual preparar una propuesta de cara a un nuevo programa. Es importante señalar que el acuerdo no exige continuidad en cuanto a los compromisos adquiridos por el gobierno anterior, y que suponían despidos, bajada de

pensiones y subidas de impuestos adicionales, entre otros.

Varoufakis, resumía esta mayor autonomía al decir que “a partir de hoy empezamos a ser coautores de nuestro destino, coautores de las reformas que queremos aplicar”. Asimismo, varios de los aspectos que recogía el acuerdo eran compromisos previos del gobierno griego, como las reformas que permitan luchar contra la corrupción y el fraude fiscal y mejorar la eficiencia del sector público. En una demostración de cómo hacer de la necesidad virtud, Varoufakis también hacía una interpretación positiva con respecto al compromiso que adquiriría de cumplir con los objetivos fiscales, la recuperación económica y la estabilidad financiera, al señalar que era bueno para el gobierno “atarse al mástil, igual que hizo Ulises para no rendirse ante el canto de las sirenas”.

Pero cada una de estas victorias era matizable. No se establecía un objetivo concreto para el superávit primario de 2014, pero se entendía que seguiría siendo el pactado, si bien las instituciones supervisoras tendrán en cuenta la situación de la economía griega. Por otro lado, las medidas concretas que proponga el gobierno griego deberán ser aprobadas por el Eurogrupo y concretadas a finales de abril. Si bien es cierto que el gobierno griego no ha heredado los compromisos adquiridos por el

gobierno saliente, estos serán la vara de medir que utilicen sus socios para dar el visto bueno a sus medidas. Por último, los cuatro meses de respiro de que dispone el gobierno griego resultan escasos para un gobierno recién llegado al poder y sin experiencia previa.

En el terreno de lo simbólico, es posible que también hayan ganado al demostrar a sus votantes haber hecho todo lo que estaba en sus manos para intentar cambiar las condiciones de un contrato que, en opinión de todos, no ha dado los resultados esperados. Está por ver si tanto ellos como el resto de la sociedad griega (un 80 por ciento de los griegos había apoyado la actuación del gobierno durante la negociación) lo entenderán así o, por el contrario, se sentirán traicionados. Algunas voces del partido, e incluso del gobierno, ya se han hecho oír en este último sentido.

El gobierno griego ha puesto en cuestión el actual modelo de la UE encontrándose con el apoyo de economistas de la talla de los premios Nobel de Economía Paul Krugman y Joseph Stiglitz y del filósofo alemán Jürgen Habermas, entre otros. En los próximos meses veremos si también logra aliados entre los gobiernos de otros países que, como España, se enfrentan a elecciones cruciales. No en vano, el ejecutivo de Mariano Rajoy ha ocupado un lugar preeminente entre los “halcones” durante la negociación.



**Los valores significan mucho.
Sobre todo, si tienes el valor
de mantenerlos durante 110 años.**

Desde nuestros orígenes, somos una entidad financiera orientada a promover el **ahorro** y el **bienestar de las personas**.

Pasa el tiempo, pero la esencia no cambia. Vocación de **servicio, liderazgo y compromiso social** son hoy, como ayer, los valores que nos guían. Y seguir contando con la **confianza** de nuestros cerca de 14 millones de clientes nos ha convertido en lo que somos.

- El primer banco de España
- La red de oficinas y cajeros más extensa
- El banco más innovador del mundo, y líder en operativa multicanal (internet, móviles, cajeros, smart TV, redes sociales...)
- La primera Obra Social del país y una de las principales del mundo, con un presupuesto anual de 500 millones de euros

No solo somos un banco. Somos CaixaBank.



www.CaixaBank.com



Banco del Año
en España 2013

La incierta revolución libia

Sin instituciones que puedan hacer frente a las milicias ni a las múltiples tribus, élites y líderes regionales o religiosos, Libia se ha convertido además, en escenario de conflicto subsidiario de otros países del área.

Diederik Vandewalle

Cuando se produjo la revolución libia, en la primavera de 2011, los observadores que más tiempo llevaban interesándose por el devenir de ese país se preguntaron hasta qué punto el legado de Muamar el Gadafi condicionaría la capacidad del Consejo Nacional de Transición (CNT) y de los subsiguientes gobiernos para crear un Estado moderno cuando se depusieran las armas. Fundado por las grandes potencias tras la Segunda Guerra mundial e inmensamente maltratado por el régimen de Gadafi desde 1969, Libia como país ha tenido pocas instituciones que sirvieran de mecanismos de apoyo para la creación de un Estado y su ciudadanía ha carecido de

sentimientos de identidad nacional. Estas patentes deficiencias en la construcción exitosa de Estado y nación suscitaron preguntas pertinentes sobre la capacidad de los nuevos dirigentes libios para crear renovadas instituciones nacionales tras la guerra civil y, en particular, para impedir que la estabilidad del país dependiera del reparto de los abundantes ingresos petroleros, un mecanismo al que recurrió con habilidad el régimen anterior.

Tres años después del fin de la guerra civil y pese a las negociaciones en curso de la Misión de Apoyo de las Naciones Unidas en Libia (Unsmil, por sus siglas en inglés), que se celebran en Ginebra en pos del acercamiento de las diferentes facciones, los escépticos han demostrado llevar

Diederik Vandewalle, profesor de Gobierno en Dartmouth College (Reino Unido), es experto en desarrollo institucional y reforma económica en los países del golfo Pérsico y el norte de África. *Traducción de Miguel Marqués.*

razón en gran medida. Desde luego, hubo un momento de entusiasmo –coincidiendo más o menos con las elecciones nacionales de julio de 2012– en el que se creyó que Libia podría arreglárselas solo, y que el país unificado y democrático imaginado por los primeros líderes políticos de la posguerra llegaría por fin a materializarse.

Sin embargo, poco después de la revolución, el proceso político –encarnado en una hoja de ruta redactada por el CNT– se reveló demasiado endeble. Carecía en efecto de apoyo institucional suficiente para hacer frente a las milicias surgidas durante la guerra civil y a la resurrección de diversos grupos sociales, políticos, religiosos y regionales (tribus, élites viejas y nuevas, movimientos salafistas y yihadistas, milicias, retornados, ciudades y regiones, simpatizantes del antiguo régimen) que antaño Gadafi había considerado muertos y enterrados. Inopinadamente, debido a las razones por las que comenzó la guerra civil y a causa también de cómo esta se desarrolló, también el conflicto desenterró antiguas diferencias entre las regiones de Tripolitania y Cirenaica, exacerbadas por el hecho de que la ciudad de Bengasi era considerada cuna de la revolución y en ella se había fundado el CNT, que con tanto éxito encabezaba los esfuerzos por

conseguir reconocimiento y respaldo internacional a los rebeldes libios.

A finales de 2014, Libia se había fragmentado en varios grupos que competían entre sí, con cuartel general todos ellos en torno a Trípoli, sede del reconstituido Congreso General de la Nación, y Tobruk, donde se halla la legítimamente electa Cámara de Representantes. Cada bando tiene su propio gobierno, primer ministro y milicias aliadas. Pero, como suele describir la prensa, esta división nítida en dos facciones enfrentadas –centradas en torno a la Operación Dignidad en Cirenaica y Operación Amanecer Libio en Tripolitania– disfraza en efecto la realidad, marcada por numerosas y mudables alianzas y volátiles políticas tribales. Ni en el bando del Congreso General de la Nación ni en el de la Cámara de Representantes ejercen mucha influencia sobre las milicias armadas. Sus alianzas rara vez van más allá de la palabra, y están sujetas a deserciones y nuevos pactos, lo que hace especialmente etéreas e impredecibles las negociaciones.

Los actuales intentos de mediación de la Unsmil –primero en Gadamés y ahora en Ginebra– deben valorarse precisamente en contraste con este caótico e inestable trasfondo político, en el que las alianzas se multiplican y solapan. Se trata de una tarea titánica, eficazmente liderada por el enviado especial de la Unión Europea

para la Primavera Árabe, Bernardino León, quien no obstante deberá enfrentarse a la posibilidad de que los acuerdos que se alcancen resulten, a la larga, frágiles o ilusorios.

El objetivo actual es entablar múltiples conversaciones a distintos niveles con los diferentes grupos, que habrán de respaldarse con amenazas de sanciones a quienes se nieguen a participar. Quienes busquen obstaculizar el proceso actual, como han advertido el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y países como Estados Unidos, serán apartados y mantenidos al margen, mientras Libia poco a poco avanza hacia un gobierno unificado.

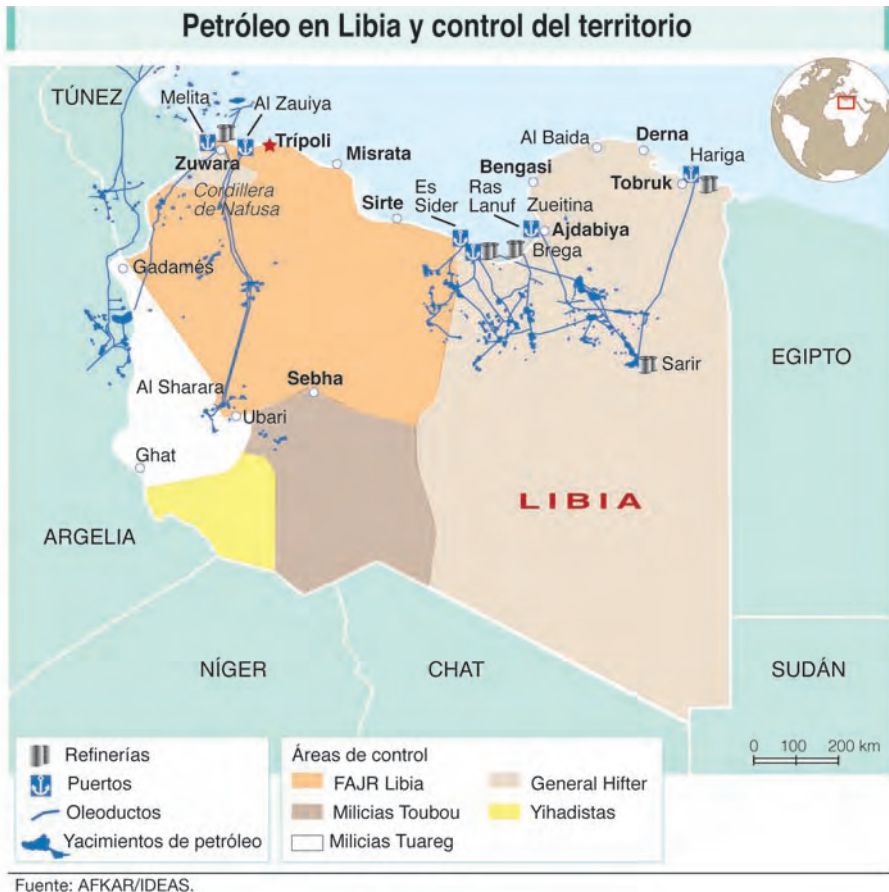
Es muy incierto que esta combinación de palos y zanahorias baste para arrancar compromisos a todas las partes y, en última instancia, formar un gobierno de unidad. Además de la amenaza que suponen los posibles sabotajes domésticos, hay varios grupos islamistas radicales y países de la región –entre otros, Catar, Emiratos Árabes Unidos, Egipto, Turquía y Sudán– para los que el conflicto libio se ha convertido en una guerra subsidiaria. Además de a las facciones internas, la Unsmil debe ser capaz de incluir en las negociaciones a esos otros actores. De lo contrario, estas serán inútiles.

Quienes creen que las conversaciones patrocinadas por la Unsmil probablemente fracasen,

también señalan que la situación es cada vez más peliaguda y que las negociaciones no hacen sino retrasar la solución para un país que está cerca de convertirse en Estado fallido. A 90 minutos de avión de Roma, separada de Europa por una estrecha franja de mar, Libia sigue al borde de una guerra civil que en realidad nunca terminó, opinan los críticos. El país no solo se encuentra en un estado de caos aparentemente interminable, sino que la inexistencia de un verdadero gobierno central amenaza con desestabilizar aún más la región, ya frágil de por sí, y convertir un conflicto local en una guerra subsidiaria entre varios países árabes.

Como indican los acontecimientos de las últimas semanas, hay cada vez más pruebas de que las pocas instituciones libias que siguen siendo neutrales –en especial el banco central de Libia– son hoy objetivos codiciados por ambos bandos. La lucha por ellos puede provocar desestabilizaciones de mayor gravedad y desencadenar nuevos enfrentamientos que conducirían posiblemente al desmembramiento del país.

Para quienes opinan que las negociaciones actuales probablemente no den resultados duraderos, las consecuencias son claras: la comunidad internacional –y en particular Europa– deberá reevaluar lo que está ocurriendo en



Libia y darse cuenta de que es necesario intervenir de nuevo, aunque de otra manera. Según este punto de vista, las negociaciones de la Unsmil están prácticamente muertas. Los engatusamientos diplomáticos no son la solución, pues las milicias son capaces de financiarse con los gruesos ingresos provenientes del petróleo. Esa realidad, por lo demás, tiene pocas probabilidades de cambiar, aun aplicando embargos petroleros

generalizados o selectivos, medida que la UE contempló y luego desechó por arriesgada.

A la luz de la irritación rusa por la intervención occidental de 2011 en Libia, resultaría problemática asimismo toda nueva acción del Consejo de Seguridad, salvo la aplicación de medidas económicas selectivas contra individuos y grupos. EE UU seguirá insistiendo en no mandar tropas, especialmente tras las continuadas controversias en

Washington acerca de la presencia estadounidense en Afganistán e Irak.

La realidad, de acuerdo con este grupo de observadores, es que a Libia y a la comunidad internacional se les han terminado las opciones diplomáticas y se ha intentado ya demasiadas veces que las partes participen en un diálogo nacional. Lo que hace falta hoy es algún tipo de misión militar, directa o indirecta, en el país. El objetivo de una posible operación europea en Libia, argumentan, debería ser muy concreto: por un lado, contribuir a la creación de un espacio habitable para el gobierno nacional, de modo que pueda operar sin estar a merced de la competencia entre milicias o las alianzas políticas; por otro, capacitar a las autoridades para futuras negociaciones con facciones rivales. Tal objetivo conllevaría realizar una amplia gama de tareas: entre otras, proteger infraestructuras e instituciones gubernamentales, aislar a las milicias y evitar que se internen en territorio enemigo, crear una mínima sensación de seguridad en las ciudades principales y garantizar el cumplimiento de los embargos armamentísticos.

Claro está, la acción militar llegaría como respuesta a una petición del gobierno libio, el cual tradicionalmente se ha mostrado reacio, por razones de legitimidad, a invitar a fuerzas extranjeras a su

territorio. Pero en eso también están cambiando las tornas: muchos libios se dan cuenta ahora de que el país está muy lejos de los embriagantes días de 2011, cuando pocos imaginaban los aprietos que esperaban al futuro gobierno del país, incapaz de doblegar a las milicias.

Obviamente, para Europa esto representaría un compromiso importante y difícil, que pondría fin al principio sacrosanto de Bruselas: apoyar el papel de la ONU como líder indiscutible de las negociaciones en Libia. Además, de todas todas, apartaría a la UE de la prudente batería de medidas estipuladas en el documento de reflexión más reciente, redactado en enero por el Servicio Europeo de Acción Exterior, medidas que, según los críticos, serán política e institucionalmente insuficientes para sentar a los libios a la mesa de negociaciones o firmar un acuerdo de paz duradero entre los distintos grupos del país.

La prudencia europea a la hora de implicarse en lo que podría parecer una situación irresoluble en Libia es más que razonable, pero quienes abogan por aplicar medidas más potentes argumentan, con total convencimiento, que el fracaso a la hora de encontrar una solución rápida y duradera a los crecientes males del país tendrá indeseables consecuencias directas e indirectas que Europa no puede permitirse:

inmigración ilegal, generalización de tráficos y contrabandos y una creciente desestabilización del Magreb y el Sahel. Además, supondría casi con total seguridad que los enfrentamientos en Libia continuasen hasta que las distintas partes se aniquilen entre sí o terminen autoconsumiéndose. Pero con el armamento de que disponen y el respaldo que reciben de sus simpatizantes extranjeros, podrían pasar años hasta que eso ocurriese.

Sea cual sea la solución escogida –una iniciativa patrocinada por la ONU u otra europea, multilateral–, lo que resulta evidente es que el sueño que hace tiempo alimentó la revolución –la transición hacia una Libia pacífica, estable y democrática que dejase atrás la guerra civil– es hoy, y en lo que respecta al futuro cercano, una mera ilusión. Las primeras experiencias vividas por el país en el campo de la responsabilidad política, tras la guerra civil de 2011, han caído en saco roto, lo que ha expuesto una vez más las profundas divisiones que resucitaron en Libia durante y tras la lucha contra el régimen de Gadafi. Desde la guerra civil, el país ha testimoniado un auténtico deterioro de cualquier tipo de poder nacional emergente. Al mismo tiempo, la antaño sagrada indivisibilidad de Libia –uno de los gritos de guerra durante el conflicto– es ahora cuestionada por varios

grupos dispuestos a anteponer sus intereses a los nacionales. Libia sigue careciendo además de figuras de peso que tengan el carisma o el poder necesarios para promover un consenso y traer una solución política perdurable.

No obstante, se vislumbra aún un rayo de esperanza: las conversaciones sobre la constitución del país que están teniendo lugar en Al Bayda podrían finalmente sentar los cimientos sobre los que Libia construya instituciones sólidas. Estas, a su vez, crearían un marco de participación que habrían de suscribir todos los grupos en liza, una vez se resuelva el conflicto. El proyecto tendrá que bregar con un Estado débil, casi perpetuamente al borde de la anarquía, y amenazado por todos los flancos por un sector revolucionario –las milicias– que persigue conservar sus privilegios. Todo ello en un país en el que los ingresos petroleros, como ya ocurría durante el mandato de Gadafi, se usan estratégicamente para mantener tanto la estabilidad del país como la pléyade de facciones. Dados estos hechos y habida cuenta de que la construcción de instituciones fuertes lleva tiempo, y de que dichas instituciones serán insuficientes –aunque se alcance un compromiso político y la Unsmil tenga éxito–, es de esperar que Libia siga siendo un país frágil hasta dentro de bastantes años.

La crisis del mundo islámico

William Pfaff

Desde la caída del Imperio Otomano tras la Primera Guerra mundial, la civilización islámica árabe atraviesa una profunda crisis que solo habrá de resolverse desde dentro. Esta crisis es de carácter tanto político como religioso, y podría compararse a la vivida en Europa durante la guerra de los Treinta Años, que terminó en 1648 con la Paz de Westfalia. Estas supusieron la aparición de un nuevo sistema de Estados soberanos nacionales y, en el ámbito religioso, allanó el camino para la aceptación del principio *cuius regio, eius religio*, fijado por la Dieta de Augsburgo en 1555. A grandes rasgos, puede decirse que ambos instrumentos legales se han respetado en Occidente hasta hoy, excepción hecha del siniestro interludio totalitario del siglo XX.

Ni la aparición inesperada del que se ha autoproclamado nuevo Califato Islámico, ni las atrocidades que demuestran su poder e impiedad, ni su objetivo declarado de recuperar una edad del islamismo deberían ser considerados fenómenos nuevos en la historia del imperialismo y del posimperialismo. Que últimamente el debate en los círculos europeos y estadounidenses haya girado en torno a lo qué hacer (o no hacer) con

William Pfaff, analista estadounidense y colaborador; entre otros medios, de *The New York Review of Books* y *The New Yorker*, es miembro del Consejo Asesor de Política Exterior. ©American Conservative (enero-febrero 2015). Traducción de Miguel Marqués.

Unidos por el Corán y la lengua árabe, la civilización islámica vive una interminable crisis de carácter político y religioso. Resolverla está en manos de los países musulmanes. La intervención externa solo ha servido para frustrar cualquier intento de solución interna.

respecto al Estado Islámico (EI) revela hasta qué punto, sorprendentemente, se ignora la historia y se insiste en no reconocer las continuadas futilidades y fracasos de Occidente a la hora de imponer su voluntad más allá de sus fronteras. Este nuevo movimiento que llama a recuperar el poder perdido y la gloria pasada del islam es, en realidad –y por poco convincente que parezca esa aspiración–, la última etapa de la crisis que aqueja a la civilización árabe musulmana desde su desmembración tras la derrota del Imperio Otomano, la última manifestación política de un islam unido.

La vuelta al pasado

Nos repiten una y otra vez que para entender el presente debemos estudiar el pasado, pero rara vez lo hacemos con amplitud de miras. En varias ocasiones se han alzado movimientos populares radicales que exigían devolver a alguna sociedad fragmentada y culturalmente consternada su Edad de Oro: ocurrió dos veces en la China del siglo XIX (las rebeliones Taiping y de los bóxers), en India (el llamado motín de los cipayos de 1857) y en el Sudán colonial (donde el *mahdi* Mohamed Ahmed, mesiánico purificador del islam, tomó Jartún en 1885 y asesinó al general Charles Gordon). Estos son solo dos de los ejemplos más relevantes de insurrecciones contra el poder imperial.

Se trata de un fenómeno que apareció en el África poscolonial, cuando los practicantes de religiones animistas se propusieron capturar o emular el poder de la religión imperial para escapar de la explotación. Un fenómeno que sigue dándose en su forma más primitiva. ¿Qué, si no, son el terrible Ejército de Resistencia del Señor de Uganda u otros fenómenos radicales, como Boko Haram, clasificados por los gobiernos europeos simplemente de “terroristas”? Su poder reside en que los inspiran determinadas interpretaciones, a veces perversas, de la religión.

Tales fenómenos son, en su totalidad, expresión del problema quizá más recurrente de la historia: la búsqueda de la “clave del Milenio”, común a sociedades tanto sencillas como sofisticadas desde los tiempos más remotos. Por ejemplo, ¿qué diríamos que es (y sigue siendo, en ciertas formas fragmentadas) el comunismo? El comunismo propuso un método para alcanzar las promesas hechas por la Internacional Comunista y varios gobiernos, entre ellos el soviético: el Gran Día, en que la virtud quedaría encarnada en una futura felicidad permanente y en una condición humana transformada, el Gran Día en que se recuperaría un pasado glorioso que traería la justicia y la dicha a los pueblos afligidos. Es decir, una religión secular.

Estamos pues ante un fenómeno moderno. En Occidente, durante la Edad Media, se consideraba que el paraíso prometido existía más allá del tiempo y que solo abriría sus puertas después de que la llegada del Mesías acabara con el dolor de la existencia terrena. El nuevo milenio marcaba el final de una era secular, tras el cual se agotaría la historia de la humanidad y daría comienzo el milenio de reinado celestial, tal y como prometió el Libro de las Revelaciones. El marxismo fue la traducción secular de esa promesa religiosa, promulgada por nuevos profetas: el propio Marx, Engels o Mao. Hacía falta una promesa laica, porque Dios había perecido a manos de la Ilustración europea. Pero esta no es la visión del islam. El emir Abu Bakr al Baghdadi, supuesto nuevo califa del islam, espera que se cumplan las promesas del profeta Mahoma que, como las de la cristiandad, son intemporales.

El Califato Islámico anunció su nacimiento en agosto de 2014 y se proclamó dispuesto a atacar a Occidente y en especial a Estados Unidos y a sus heréticos aliados árabes: el Estado de Irak, chií y sometido a la política estadounidense, y Arabia Saudí, que afirma su superioridad en virtud de su ideología propia, el wahabismo. En el seno del islam, el conflicto entre suníes y chiíes se enrarece y extiende, promovido por los Estados islámicos más grandes y poderosos, como los suníes Arabia Saudí y Catar

o el chií Irán, entre otros. Todos ellos proveen energía a Occidente. En Oriente Próximo se están librando actualmente muchas guerras, pero todas se confinan casi exclusivamente a sociedades islámicas y su origen está principalmente en antiguas disputas religiosas en torno a la doctrina del Profeta, siendo secundarias las motivaciones políticas o geopolíticas. Es mejor dejarlo estar.

¿Por qué los políticos de la oposición en EE UU se empeñan en que Barack Obama saque músculo yendo de nuevo a la guerra? ¿Por qué el presidente se ha sometido a ese chantaje fronteras adentro? Tanto Irak y Siria (que libran guerras civiles) como Hezbolá (que lucha contra Israel, los rebeldes suníes y los mandatarios alauitas de Siria) han demostrado ya que saben enseñar los dientes a sus enemigos.

Los únicos en fracasar recientemente han sido los militares iraquíes, tras una década de entrenamiento militar estadounidense: sin duda, la causa está en la incapacidad del gobierno iraquí para sembrar lealtades y alimentar el nacionalismo que vincula un ejército al Estado y al pueblo que debe defender. Se trata, así pues, de un fracaso político, consecuencia de la miope demolición que el gobierno de George Bush hijo perpetró contra el Irak secular anterior a 2003.

Lo que quedó de las dos guerras

La crisis que actualmente atraviesan los países árabes se inició tras la Gran Guerra, cuando los vencedores, es decir, los principales poderes imperiales europeos de entonces, dispusieron como quisieron de los despojos del Imperio Otomano. Su nuevo instrumento legal, la Sociedad de Naciones, les permitía crear mandatos y supervisar las nuevas monarquías y demás autoridades territoriales reconocidas por los acuerdos firmados en la posguerra. No obstante, los pueblos del islam no cejaron en su empeño de reunirse: pese a sus diferencias teológicas, los unía el Corán y la lengua árabe, en la que está escrito ese libro sagrado y en la que se lee aún hoy. El sistema otomano que había reemplazado a los grandes califatos árabes fue destruido a finales del siglo XIX y principios del XX, primero debido a la resistencia ofrecida en los territorios eslavos del imperio y, a continuación, por la colisión contra la Europa moderna e industrializada, en la Primera Guerra mundial. El desafío intelectual y teológico que había planteado la Ilustración europea influyó inevitablemente a los pensadores islámicos y dieron curso a las corrientes reformistas del movimiento de los Jóvenes Turcos en el seno del Imperio Otomano.

Después de 1918, el intemporal Egipto (islámico pero no árabe) siguió siendo una monarquía, aunque bajo protectorado británico. Persia, otra antigua monarquía independiente ajena al mundo árabe, cayó también bajo la égida informal de Reino Unido, tras el descubrimiento en el siglo XIX de petróleo, necesario para el funcionamiento de la *Royal Navy*. Los tronos de Siria, Irak y Transjordania fueron ocupados por monarcas árabes hachemitas (en Irak reinó Faisal, quien encabezó la revolución árabe con T. E. Lawrence, alias *Lawrence de Arabia*, como consejero militar y fue en un principio coronado rey de Siria, hasta que las autoridades coloniales francesas lo apartaron del poder).

Ambos Estados eran mandatos de la Sociedad de Naciones, bajo control francés y británico respectivamente, al igual que Palestina que –como es bien sabido– se transformó asimismo en Mandato Británico, sin previsión de cumplir la promesa hecha durante la guerra de establecer en ella la “patria del pueblo judío”, a condición de que se reconociesen los derechos de las comunidades no judías de Palestina, como especificaba la Declaración Balfour.

Lo que en ese tiempo era la Arabia tribal estaba siendo tomada progresivamente por el purista movimiento wahabí, encabezado por Ibn Saud. Sus territorios conquistados fueron proclamados independientes por Arabia Saudí en 1926, mientras que el actual Yemen se mantuvo bajo poder tribal. Los gobiernos coloniales europeos estaban acostumbrados a gobernar a pueblos “menores” en ultramar, más allá de las fronteras continentales, creyendo siempre actuar en el interés propio y el de los pueblos gobernados. Lo hicieron bajo la autoridad incontestable de la “comunidad internacional” (como llamaríamos hoy a aquella Sociedad de Naciones), destruyendo todas las expectativas que los pueblos árabes tenían de una independencia unitaria y real.

Las nuevas monarquías de Irak y Siria cedieron a los movimientos militares nacionalistas de las décadas de los veinte y los treinta. El partido panárabe Baaz, de espíritu modernizador y laico, terminaría tomando el poder en ambos países, y se vería influido por los cristianos libaneses, que temían encontrarse aislados en el seno de un nuevo país panárabe musulmán. Quien más cerca estuvo del ideal panárabe (la fundación de una nación árabe única) fue el coronel egipcio Gamal Abdel Nasser, quien en 1953 aplicó una interpretación árabe del socialismo y consiguió unir efímeramente Egipto, Siria y Yemen (el antaño Reino de Saba). Los Hermanos Musulmanes (fraternidad fundada en Egipto en 1928, a la que Nasser se

Ser más grandes
es nuestro reto
más apasionante.

Uno de los mayores desafíos de la nueva CEPSA es seguir creciendo como hasta ahora. En Argelia, Bélgica, Brasil, Canadá, China, Colombia, EAU, EE.UU., España, Gran Bretaña, Italia, Malasia, Marruecos, Países Bajos, Panamá, Perú, Portugal, Surinam y Tailandia ya han sido testigos de nuestro compromiso. En CEPSA pensamos que los retos están para superarlos, y convertimos en una de las empresas referentes es el nuestro.



opuso) fueron y siguen siendo un movimiento panárabe, radical y sectario, con múltiples manifestaciones y, probablemente, mucho futuro por delante, pese a su derrota en Egipto.

Tres décadas después del armisticio de la Primera Guerra mundial, la entonces joven Organización de las Naciones Unidas, institución occidental dominada tanto entonces como ahora por EE UU, dividió el Mandato Británico de Palestina para crear la Patria Nacional Judía prometida por el gobierno británico a través de la Declaración Balfour, en noviembre de 1917. Nace así un conflicto permanente con los palestinos que poseían esos territorios. Desde entonces, no han dejado de luchar los sionistas respaldados por EE UU y los árabes que habitaban Palestina. Este conflicto ha obrado transformaciones políticas y psicológicas en la conciencia comunitaria árabe y ha desenterrado sensibilidades y el recuerdo de las Cruzadas, de los grandes califatos y del periodo otomano, cuando los árabes dominaron la Europa balcánica, desde Grecia hasta Viena. En ambos bandos, el conflicto palestino se ha convertido en una lucha “existencial”, tomando prestado el adjetivo utilizado por los políticos israelíes. Quien pierda, muere.

Los árabes emergieron de la Segunda Guerra mundial bajo el control de las mismas potencias coloniales y la influencia de la ONU, la nueva autoridad global patrocinada por los estadounidenses. Las iniciativas de independencia árabes de la posguerra buscaban unir a los árabes, pero fracasaron en su totalidad: la guerra contra la división de Palestina y la creación de Israel, el socialismo árabe del coronel Nasser, el partido laico Baaz en Siria e Irak, las iniciativas religiosas como los Hermanos Musulmanes. En su lugar, se dieron una serie de conflictos civiles e interestatales en los que EE UU terminaba por intervenir, inútilmente, tratando de imponer órdenes políticos prooccidentales en toda la región. Podría pensarse que las consecuencias de esos conflictos habrían enseñado a Occidente una dura lección, pero no ha sido así.

En este clima político de fracaso, marcado por el nacionalismo árabe y la aparente irresolubilidad del conflicto israelo-palestino, EE UU determinó que debía ser capaz de imponer un nuevo orden. Tal realidad era implícita a la política general estadounidense, tanto durante la guerra como en la posguerra. En Oriente Próximo debían cumplirse dos objetivos en el ámbito de la política exterior. El primero era garantizar el acceso de EE UU a la energía. Durante la guerra, dichas garantías quedaron consignadas en el acuerdo firmado entre Franklin Roosevelt y la Arabia de Ibn Saud, en virtud

del cual los estadounidenses brindarían protección a Arabia Saudí a cambio de petróleo, directamente. El segundo objetivo era solucionar el problema israelo-árabe. Si Washington hubiese querido imponer una solución en la década de los cincuenta, a saber, la creación de dos Estados permanentes bajo los auspicios de EE UU, esa parte del mundo se habría ahorrado 60 años de guerra, tanto abierta como encubierta. Pero no fue así, e Israel vio refrenados sus ímpetus sionistas más esenciales, que planteaban tomar la totalidad de Tierra Santa sin importar el coste para los palestinos, a los que, en un primer momento, la propaganda israelí tildaba de “insignificante grupo de tribus nómadas”. La administración estadounidense se vio obligada, por las presiones internas, a defender invariablemente las consecuencias de aquella ficción.

El conflicto entre palestinos e israelíes ha obrado transformaciones políticas y psicológicas en la conciencia árabe

En 1951 emergió otro obstáculo para el éxito de EE UU en Oriente

Próximo: el primer ministro iraní, el populista Mohamed Mussadeq, nacionalizó las inversiones petroleras británicas contra la voluntad del sah. Este terminó exiliándose, pero en 1953 un golpe de Estado nacido de la agitación popular y espoleado por los servicios secretos británico y estadounidense le devolvió el trono. El gobierno de Richard Nixon lo ungiría más tarde como aliado de EE UU y guardián del orden en la región del Golfo. No obstante, en 1979, tras otro periodo de desórdenes internos, se vio obligado a huir debido a otra intentona golpista por parte de fundamentalistas chiíes. El secuestro de personal diplomático estadounidense supuso un varapalo para el gobierno de la superpotencia. Desde este acontecimiento, la política estadounidense está marcada por la enemistad hacia Irán.

La consecuencia más importante de aquellos hechos fue el ataque perpetrado por Irak contra Irán a raíz de conflictos territoriales, pero con el beneplácito implícito de EE UU. La guerra duró ocho años y fue una carnicería comparable a la de la Primera Guerra mundial. En 1990 Irak invadió Kuwait –territorio también reclamado– y una coalición liderada por los estadounidenses devolvió la libertad al pequeño país y su petróleo tras la entonces llamada guerra del Golfo. EE UU había resuelto mantener bases permanentes en Arabia Saudí, pese a la objeción árabe de levantar instalaciones militares junto a los lugares sagrados del islam. Tras los

ataques del 11-S contra Nueva York y Washington, el movimiento Al Qaeda, integrado por saudíes, declaró explícitamente que mediante sus actos la ira de Alá castigaba las blasfemias de EE UU en Oriente Próximo. El presidente Bush contestó entonces que los yihadistas de Al Qaeda eran el “mal” personificado.

Las invasiones estadounidenses de Afganistán y el Irak árabe azuzaron el deseo de vengar los ataques del 11-S. Quedaron justificadas aquellas por una ficción, la supuesta existencia de armas de destrucción masiva de Irak, y por la interesada quimera estadounidense de “democratizar” esas dos sociedades y, en última instancia, el resto de Estados islámicos árabes y centroasiáticos, potenciales nodos de un sistema liberal regional dominado por Washington.

EE UU: fracaso tras fracaso

El “nuevo Oriente Próximo” fundado por la OTAN a finales de 2003 ha fracasado flagrantemente, pero sigue siendo una aspiración del expansionismo visionario de algunos políticos estadounidenses neoconservadores (el último ejemplo de esta política ha sido el intento frustrado de atraer Ucrania al seno de la OTAN). La secretaria de Estado del gobierno de Bush hijo, Condoleeza Rice, escribió en *Foreign Affairs* (julio-agosto de 2008) las siguientes palabras: “La construcción de Estados democráticos es hoy un punto prioritario en nuestra agenda nacional y es reflejo de una actitud realista, inconfundiblemente estadounidense, que nos empuja a creer que el cometido de nuestro país es cambiar el mundo a su imagen y semejanza”. El 11 de septiembre de 2014, Vali R. Nasr, eminente director de la School of Advanced International Studies de la Universidad Johns Hopkins, opinaba así en *The New York Times*: “EE UU debe recabar en Oriente Próximo apoyos para la redistribución de poderes y la construcción nacional”. Ha transcurrido una década de fracasos pero ese gran designio no ha cambiado.

El presidente Obama ha declarado que el yihadismo del nuevo EI es en sí mismo una encarnación del mal que debe ser anulada y destruida. Los dos bandos enfrentados en esta reinterpretación de la “guerra contra el terror” lanzada por Bush –a saber, judíos y cristianos de Occidente de un lado y enemigos árabes de otro– se consideran “pueblos del Libro” y descendientes del profeta Abraham. En su fuero interno, no obstante, se han convertido en ejecutantes del apocalíptico destino descrito en el Libro del

Génesis. Muchos evangélicos y protestantes estadounidenses se han convencido de que la política exterior estadounidense actual no puede entenderse sino en ese contexto.¹

El principal obstáculo para el éxito de esta nueva guerra de Washington en Oriente Próximo lo pone el hecho de que el modelo político estadounidense ni convence ni merece el respeto en los países de la región. Además, las políticas de EE UU no han tenido ningún éxito. Su actitud desde los ataques de radicales islámicos en 2001 contra Nueva York y el Pentágono ha socavado o subvertido deliberadamente instituciones encargadas de guardar el orden internacional, que en el pasado disfrutaban del apoyo incondicional de EE UU. Los códigos morales y de justicia internacionales, desarrollados por la comunidad occidental desde el siglo XVII, eran rechazados o ignorados cuando se creía conveniente, y EE UU exigía que se le eximiera de cumplir el Derecho Internacional, incluso de respetar normas relativas a los derechos humanos y la soberanía nacional, hasta hace poco aceptadas internacionalmente.

Así pues, la política exterior estadounidense se ha visto despojada de un elemento fundamental, un cimiento moral que originalmente se daba por supuesto. La asimilación de las modernas influencias, valores y prácticas de carácter totalitario, que caracterizan la política exterior de EE UU desde 2001, ha llevado a la justificación de asesinatos de Estado, matanzas selectivas a cargo de *drones*, incumplimiento de los procedimientos legales o tortura y reclusión incondicional sin juicio. Los mandatarios estadounidenses justificaban todo ello en el ámbito de un conflicto que no era guerra de religiones como tal, sino de absolutismos: uno, religioso; el

**El principal obstáculo
es que el modelo
político estadounidense
ni convence ni merece
el respeto en
Oriente Próximo**

1. En 2009 se supo que justo antes de la invasión de Irak de 2003, el presidente francés Jacques Chirac recibió dos llamadas de Bush en las que instaba a Francia a unirse a la invasión, porque el mundo había entrado en una nueva era, prefigurada en el Génesis por la llegada de Gog y Magog, figuras que anunciaban la inminencia de una gran guerra en la que todos los enemigos de Dios serían destruidos y, por fin, llegarían los "últimos días". A Chirac lo desconcertó la actitud del presidente y consultó a un teólogo de la Universidad de Lausana para que le aclarase la referencia al Génesis y le diera consejo. Decidió entonces no hablar sobre esa conversación mientras estuviera en el cargo. Nadie ha desmentido los hechos desde entonces. Jean-Claude Maurice, *Si vous le répétez, je démentirai*, París: Plon, 2009.

otro, el nuestro, una cultura política de ensimismados y radicales nacionalismos milenaristas.

Forzar el choque de civilizaciones

Recuerdo la hipótesis que Samuel Huntington presentó al final de su carrera intelectual, según la cual la próxima guerra mundial será una guerra de religiones más que de Estados. Quien escribe desestimó en su día tal especulación, tildándola de proyección simplista de lo vivido en el siglo XX y de las típicas ideas estadounidenses sobre política exterior durante la década de los noventa, fundamentalmente promovidas por los agresivos neoconservadores islamófobos de Washington.

La implausibilidad de esa teoría es puesta de relieve por el argumento de que China (al parecer considerada ya por Washington el enemigo del futuro) formaría parte de una “conexión militar confuciano-islámica [...] que contrarrestaría el poder militar occidental”. Una alianza que, de existir, no sería de mucha utilidad para China, nación con una minoría musulmana exigua y dispersa que no suma más del tres por cien de su población. El gigante asiático apenas sacaría provecho involucrándose en los conflictos entre Washington y el mundo musulmán.

El principal efecto de la hipótesis de Huntington cuando esta saltó a la palestra fue el incremento de los prejuicios antiárabes en EE UU, especialmente entre los amigos de Israel. Ello contribuyó a un ambiente político que hacía parecer inevitable la venganza pergeñada por la administración Bush tras los atentados del 11-S. Las teorías de Huntington tuvieron una influencia incluso mayor en los círculos intelectuales islámicos y entre los gobiernos árabes, debido a que era profesor de la Universidad de Harvard. El prestigio de Huntington, considerado el decano de los expertos estadounidenses en ciencia política (especialidad que en ese país alcanzó su madurez en la década de los treinta con el movimiento conductista), le ha convertido en una de las principales influencias académicas en Washington. ¿Proponía Huntington un ataque occidental contra el mundo musulmán? No: el artículo apareció en 1993, dos años después del ataque conjunto contra Irak debido a la ocupación de Kuwait; 10 años después se lanzarían la invasión de Irak británico-estadounidense y la guerra global contra el terror.

Si bien la alianza militar chino-árabe a duras penas tiene visos de realidad hoy, las hipótesis de Huntington sobre una nueva guerra religiosa han sido tomadas en serio en algunos círculos desde los atentados del 11-S, debido al

auge de los partidos islamistas y la nueva yihad. Este año, a los pocos días de su proclamación como califato, desde el Congreso de Washington y los *think tanks* se comenzó a exigir obcecadamente el ataque contra el EI (al que también se le conoce por el acrónimo árabe Daesh). No se hicieron esperar tampoco las críticas a Obama por su renuencia inicial a actuar.

¿Cuál es la razón? Las intervenciones anteriores en Oriente Próximo se habían probado fútiles y perjudiciales para ambos bandos. En efecto, EE UU ha intentado erigirse en oligarca del moderno mundo árabe islámico, librando guerras y ordenando invasiones cuyo efecto real ha sido el enrarecimiento político de una grandísima parte de los árabes de Oriente Próximo y la justificación de una venganza que tanto el pueblo como sus líderes desean ver culminada. Obama se presentó a la presidencia con la promesa de poner fin a dos guerras, un trabajo que aún no ha rematado. Ahora, no obstante, trata de responder a las mofas y crímenes mediante los cuales el EI desea arrastrar a EE UU a una venganza aún más mortífera, lo cual justificaría, a su vez, las propias acciones y ambiciones del grupo terrorista.

Una guerra en la civilización islámica

Esta es una guerra que fundamentalmente se desarrolla en el seno de la civilización islámica, por causas religiosas, ideológicas y políticas que tienen su raíz en esa misma sociedad. Se suman a dichas causas provocaciones externas que perduran en el tiempo. Solo podrá ponerse fin a esta guerra desde dentro de esa civilización.

Lo que menos hace falta es otra intervención militar extranjera. La primera de las intervenciones imperialistas posteriores a 1918, encabezada por Reino Unido y Francia, hizo añicos la unidad árabe islámica que había existido en el último periodo otomano, cuando la Sublime Puerta era una superpotencia tanto europea como mediterránea. Las potencias europeas parcelaron la región durante el periodo de entreguerras y las intentonas posteriores a la Segunda Guerra mundial de recrear el ideal visionario de la nación árabe única se vieron definitivamente frustradas.

Los intentos estadounidenses de hacer del sah su ministro plenipotenciario y de Persia su principal agente en Oriente Próximo terminaron por crear un Irán fundamentalista, el principal enemigo de EE UU en la región. Las invasiones estadounidenses contra el régimen talibán en Afganistán y el Irak suní convirtió ambos países en regímenes títeres, arruinados y corruptos. Más tarde ocurriría lo mismo en Yemen y Libia. Podría pensarse

que cualquier nueva estrategia estadounidense en Oriente Próximo será universalmente tachada de locura, incluso en Washington. Todas las anteriores no han traído sino destrucción y un fervoroso odio contra EE UU en gran parte –quizá la mayor parte– del mundo islámico. Tal vez sea responsable del “nuevo califato”. Washington se ha autoproclamado otra vez líder de una nueva intervención militar, un predecible fracaso en el que decenas o cientos de miles de personas, quizá millones, podrían encontrar la muerte de prolongarse indefinidamente en el tiempo.

La monarquía saudí y EE UU, en su calidad de patrocinadores de lo que queda del Estado iraquí, se presentan como defensores del potencial sucesor de los grandes poderes suníes, a saber, el EI, proclamado nuevo Califato Islámico que exige implícitamente el derecho a poseer los santos lugares del islam.

Coaligándose con EE UU para luchar contra el recién aparecido califato, Arabia Saudí y el resto de sus socios árabes reconocen de nuevo su dependencia de un poder forastero intervencionista a la hora de defender su propia integridad. El reino saudí admite, así pues, que no tiene la capacidad de devolver al mundo árabe la unidad e integridad que poseía durante el periodo otomano, evocando a su vez la capitulación en el siglo XX ante el imperialismo y la división impuesta por las potencias europeas. Arabia Saudí no quiere ni puede restablecer la unidad del pasado, cometido al que se ha entregado en cuerpo y alma el bárbaro movimiento suní, sea cual sea el peaje a pagar por el islam como civilización.

Rara vez se leen comentarios sobre hasta qué punto las ideologías políticas laicas posteriores a la Ilustración resultaban intrínsecamente inverosímiles, incluso absurdas y contrarias al sentido común, cuando no totalmente inalcanzables o siniestras: ideas que iban desde el utópico paraíso obrero o la “revolución perpetua”, al dominio nazi del mundo y el exterminio de los racialmente distintos, pasando por el armonioso reino económico en el que el mercado se autocorrigió y crece ad infinitum, la reordenación de la civilización islámica o el dominio global de los más poderosos y la opresión del resto, lo que empujaría al hombre al cultivo de sus instintos más atrasados y crueles.

Marx dijo que la historia no planteaba problemas que no fuese capaz de resolver ella misma. Supongo que llevaba razón en el sentido de que todos los problemas de la historia en última instancia se resuelven de un modo u otro. Esto, no obstante, no es excusa para la locura ni consuelo para quienes sufren sus consecuencias.

Olvida que hay un océano entre nosotros.

Hasta 28 vuelos diarios uniendo España y Latinoamérica, ofreciéndote el mejor servicio para que entrar en un avión de Iberia sea siempre como poner un pie en casa.

iberia.com



‘Califato del terror’ a las puertas de Europa

Jean-Pierre Filiu

Los historiadores de la próxima generación se enfrentarán sin duda a un desafío intelectual de calado: explicar cómo Europa ha dejado que se desarrolle a sus puertas un poder yihadista y se consolide territorialmente en el norte de Siria e Irak, para luego sembrar el terror en nuestro continente. ¿Cómo han podido los líderes europeos engañarse a sí mismos creyendo que la espantosa violencia de la crisis siria quedaría indefinidamente relegada a Oriente Próximo?

No es hora de que los historiadores debatan, sino de que la ciudadanía se movilice más que nunca frente a una amenaza de alcance inaudito. Los millones de franceses y francesas que se manifestaron el 11 de enero de 2015 han infligido una dura derrota a los terroristas responsables de los ataques del 7, 8 y 9 de enero en París, que causaron 20 muertos, incluidos los propios miembros del comando: Amedy Coulibaly y los hermanos Chérif y Said Kouachi. Cuatro días después de la marea humana que inundó las calles de Francia la policía belga desarticulaba otra importante operación yihadista en la localidad de Verviers. En la redada murieron dos terroristas armados.

Hemos presenciado, así pues, el primer compás de una campaña terrorista que nace en el continente europeo con voluntad de permanencia y que,

Jean-Pierre Filiu es catedrático de Historia Contemporánea de Oriente Medio en la Paris School of International Affairs (PSIA), SciencesPo, París. Traducción de Miguel Marqués.

El poder yihadista en el norte de Siria e Irak es una amenaza real para Europa. La guerra civil siria desatada en 2011 está en el origen del Estado Islámico. Los europeos deben colaborar mejor con Turquía y respaldar de forma decidida a los revolucionarios sirios.

cuando menos, se inspira en el mal llamado Estado Islámico (EI, también conocido con el acrónimo árabe Daesh). Este, en efecto, no es un Estado sino una máquina de terror, de un terror cuyas víctimas son en su mayoría los musulmanes que conviven con la monstruosidad yihadista. A fin de no repetir los mismos errores del pasado reciente, es necesario reconsiderar los motivos que explican la ceguera europea frente a la emergencia de una amenaza de gravedad inédita.

Para empezar, hemos de considerar los trágicos errores de la guerra global contra el terror declarada por el gobierno de George W. Bush y sus consejeros neoconservadores después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington DC. Tras los éxitos obtenidos en un primer momento en Afganistán, esa campaña, profundamente ideológica, se torció con la desastrosa invasión de Irak en marzo de 2003. La ocupación estadounidense de ese país y la destrucción de las estructuras estatales que la acompañaron abrieron en el corazón de Oriente Próximo un agujero negro que ha provocado todo tipo de desestabilizaciones. La seguridad del continente europeo se ha fragilizado a largo plazo; España lo pagó con creces con el atentado del 11 de marzo de 2004. Al calor de la yihad anties-tadounidense, Al Qaeda se reconstituyó en Irak, atrayendo a cientos de “voluntarios” europeos (en Francia es de destacar la red del parque de Buttes-Chaumont, en París) y magrebíes (donde apareció el Grupo Salafista

para la Predicación y el Combate, GSPC, que en enero de 2007 se convirtió en Al Qaeda en el Magreb Islámico, AQMI).

Faluya, en la provincia de Anbar, en Irak occidental, se convierte en bastión yihadista y escena de batallas despiadadas contra las tropas estadounidenses en abril y noviembre de 2004. Un activista francotunecino llamado Boubaker al Hakim, alistado desde 2003 en la “legión” de milicianos de Sadam Husein, se une entonces a la sucursal local de Al Qaeda, siguiendo instrucciones de sus mentores iraquíes. Esa formación se confirma como la principal formación insurgente y Al Hakim entabla vínculos sólidos con la policía política del dirigente sirio Bachar el Asad, el cuerpo que posibilita el tránsito entre Francia e Irak a través de Siria.

Así pues, gracias al respaldo activo del aparato militar de las dictaduras de Sadam y El Asad, la red yihadista parisina de Buttes-Chaumont organiza envíos de “voluntarios” desde París a Faluya. La violencia de los enfrentamientos entraña pérdidas enormes y tres miembros de la red mueren en combate, entre ellos Redouane al Hakim, hermano de Boubaker. En enero de 2005, Chérif Kouachi es detenido por la policía francesa, justo la víspera de un viaje a Damasco. Poco después, Boubaker al Hakim es también detenido y condenado a siete años de cárcel (Kouachi, a tres).

El general David Petraeus, que en 2007 tomó el mando de las tropas estadounidenses desplegadas en Irak, comprendió que era obligatorio fijar la mira sobre un enemigo claro más que dispersar sus medios para sofocar una insurrección multicéfala. Recluta entonces para luchar contra Al Qaeda en Irak a grupos anteriormente relacionados con la guerrilla antiestadounidense, milicias suníes conocidas con el apelativo genérico de *Sahwa* (Despertar). Estas obtienen importantes éxitos frente a Al Qaeda, que en un momento determinado cambia de nombre para convertirse en Estado Islámico de Irak.

En abril de 2010, esta organización yihadista es descabezada en una operación conjunta de fuerzas estadounidenses e iraquíes. Abu Bakr al Baghdadi (sobrenombre de Ibrahim al Samarraí) se convierte en el nuevo jefe del EI con el apoyo activo de los servicios de información de El Asad (al alimentar a la guerrilla yihadista iraquí, en efecto, el tirano de Damasco espera hacer encallar al ejército estadounidense, que rehuirá cualquier tentación de intervenir en Siria). Además, el primer ministro iraquí, Nuri al Maliki, cuyos orígenes se remontan al fundamentalismo chií, aplica una política cada vez más sectaria al respecto de sus compatriotas suníes, incluidas las milicias *Sahwa*, que están frustrados de sus éxitos contra Al Qaeda, y aún castigados por causa de ellos.



Abu Bakr al Baghdadi, líder del EI, durante la oración del viernes en una mezquita en Mosul (Irak, 5 de julio de 2014). GETTY

Desde Siria al Estado Islámico

Desde el inicio de las pacíficas manifestaciones que sacudieron Siria en la primavera de 2011, El Asad acusa a Occidente y a Israel de alimentar un complot contra su régimen, con Al Qaeda como punta de lanza. Para dar sustancia a esa propaganda paranoica, ordena liberar a centenares de presos yihadistas que no tardan en unirse a las filas de Baghdadi. Uno de ellos, Abu Mohamed al Jolani, funda el Frente al Nusra, prolongación del EI en territorio sirio. El Asad, obsesionado por desarraigar la contestación pacífica, juega la carta del miedo, lo que benefició a los yihadistas, un nuevo enemigo que hacía buenos a rusos e iraníes. Numerosos dirigentes occidentales concluyen que el déspota de Damasco es quizá un mal menor frente a la barbarie yihadista y olvidan la responsabilidad directa de la dictadura siria en la aparición de ese fenómeno.

De marzo a junio de 2012, la Liga Árabe y la ONU encomiendan al exsecretario general de la organización, Kofi Annan, poner en marcha un plan de paz que exige el derrocamiento de El Asad y la transición democrática. El dictador sirio intenta sabotear dicho plan por todos los medios, incluso masacrando poblaciones enteras, lo que provoca alzamientos armados cada

vez más violentos. Esta escalada y la radicalización hacen el juego al yihadismo, sobre todo a partir de la toma en marzo de 2013 de la ciudad de Raqqa, a orillas del Éufrates. Al mes siguiente, Al Baghdadi proclama su Estado Islámico de Irak y Siria. Pero el Frente al Nusra rechaza la fusión y apela al arbitrio del máximo dirigente de Al Qaeda, el egipcio Aymán al Zawahiri, que sucedió a Osama bin Laden en 2011. Las tensiones entre yihadistas aumentan la confusión en el bando revolucionario, mientras que los occidentales se niegan a respaldar abiertamente la insurrección siria.

Los voluntarios que llegan de Occidente al EI se convierten en carne de cañón mediática y terrorista con fines propagandísticos

Barack Obama, en efecto, traza públicamente una línea roja al respecto del régimen de El Asad, urgiéndole, en agosto de 2012, a no usar armas químicas. El dictador sirio comprende entonces a la perfección que Washington tolerará la utilización contra la población civil de artillería pesada, aviones, barriles de TNT repletos de metralla

lanzados desde helicópteros e incluso misiles Scud, enviados desde el norte de Damasco contra las posiciones que los insurrectos mantienen en Aleppo.

De nuevo, los yihadistas sacan petróleo de la pasividad occidental y su propaganda machaca a la población con la idea de que el discurso europeo en torno a los derechos humanos no es más que hipocresía y que solo los musulmanes podrán proteger a los otros musulmanes. El paso atrás de la Casa Blanca en agosto de 2013, cuando Francia estaba decidida a golpear a El Asad por el uso de armas químicas en Damasco, supuso un auge de la llamada a la yihad, que ha beneficiado fundamentalmente al EI.

La organización de Al Baghdadi, en efecto, ha destinado una importante cantidad de recursos al alistamiento de “voluntarios” extranjeros, a los que recluta a través de las redes sociales o gracias al control de los puntos de pasaje (o de entrada) de la población en la frontera turca. El conflicto con el Frente al Nusra acentúa la dimensión global del EI, que atrae a voluntarios de los cinco continentes. Los europeos alistados procuran reclutar a familiares o amigos, de ahí la progresión exponencial del fenómeno. De escasa utilidad militar por su inexperiencia en el combate, estos yihadistas occidentales participan en atentados suicidas y se convierten en auténtica carne de cañón mediática y terrorista con fines propagandísticos.

En el norte de Siria se multiplican los enfrentamientos entre las fuerzas revolucionarias y los grupos yihadistas, mientras que la aviación de Al Assad evita sistemáticamente que el EI se vea afectado por sus mortíferos ataques. En Irak, la radical campaña lanzada contra la oposición suní, como las milicias *Sahwa*, supone un auténtico alzamiento del que el EI es el principal beneficiario.

En enero de 2014, la guerrilla siria pone en marcha su “segunda revolución”, esta vez contra el EI. Tras terribles combates, los partisanos de Baghdadi son expulsados de Alepo y de la provincia de Idlib. Por el contrario, mantienen un control sin fisuras sobre Raqqa y el valle del Éufrates. El régimen de El Asad intensifica los bombardeos con barriles de TNT y devasta los barrios insurgentes de Alepo, cuya aterrorizada población desciende de un millón a 300.000 habitantes.

Reticencias occidentales y los atentados en París

Más que apoyar a las fuerzas que luchan en Siria tanto contra El Asad como contra el EI, EE UU se presta a la mascarada que fue la conferencia Ginebra II, donde los representantes del tirano acusan a los delegados de la oposición de terroristas (el hijo de uno de ellos, por cierto, había muerto torturado en Damasco precisamente mientras tenían lugar esas “conversaciones de paz”). El fiasco claramente previsible de la conferencia Ginebra II supone la dimisión de Lajdar Brahimi, sucesor de Annan como mediador de la ONU y la Liga Árabe.

Gran parte de los dirigentes occidentales siguen afirmando que apoyar a los revolucionarios sirios beneficiaría a los yihadistas. Aquellos se baten, así pues, en dos frentes, en mitad de un imposible triángulo bélico. Es, sin embargo, el ejército iraquí, colmado durante años de generosidades por parte de los estadounidenses, el que claudica ante el EI en Mosul, en junio de 2014, dejando todo su arsenal en manos de los yihadistas. El EI se convierte así pues en la organización terrorista mejor dotada y armada de la historia. Su presupuesto es 1.000 veces mayor que el que Al Qaeda destinó a los atentados del 11-S. Baghdadi se considera con la potestad de proclamarse “califa Ibrahim” y acumula adhesiones de peso en Egipto, Libia, Argelia, Pakistán o el Cáucaso.

La catástrofe empuja por fin a EE UU a intervenir, pero únicamente bombardeando a Daesh desde el aire, primero en Irak, en agosto de 2014, y luego en Siria, al mes siguiente. Francia, vanguardia de la movilización europea en el país mesopotámico, rechaza participar en las operaciones en

Siria, que evitan ostensiblemente perjudicar al régimen de El Asad. Por otro lado, el EI consolida sus posiciones en Siria e incluso consigue avanzar a expensas de los revolucionarios, hostigados por la aviación gubernamental.

Este es el trágico *impasse* que ha desembocado en los atentados de París. Hakim, en efecto, terminó formando parte de la dirección operativa del EI. No había llegado a romper vínculos con los hermanos Kouachi, formados por Al Qaeda en Yemen. Coulibaly, por su parte, hizo pública su lealtad hacia Al Baghdadi en un vídeo póstumo.

Daesh ha hecho gala de toda la planificación y visión estratégica de la que ha carecido EE UU. Es ya hora de que los dirigentes europeos se movilicen por fin para proteger a sus conciudadanos, lo que pasa por una estrecha colaboración con Turquía y un respaldo decidido a los revolucionarios sirios. No es tarde aún para dismantelar el califato del terror, pero el tiempo apremia.

Popular

Empresas, personas y sociedad

Avanzar y hacer avanzar

Atreverse, con los pies en la tierra.
Pensando en hoy y en mañana.

Un banco de aquí. 90 años
comprometidos con las empresas,
ayudándolas a crecer. Comprometidos
con las personas, construyendo
relaciones cercanas y duraderas.

Un banco transparente, abierto y cercano.

 bancopopular.es

Con paso firme

Guerra de agotamiento en Siria

Ignacio Álvarez-Ossorio

Cuatro años después de su inicio, la guerra civil siria ha entrado en un punto muerto. El año 2014 estuvo marcado por dos acontecimientos: la irrupción en escena del denominado Estado Islámico (EI) y la formación de una coalición internacional que no ha dudado en bombardear el territorio sirio para combatirlo. Mientras tanto, el régimen ha recuperado parte del terreno perdido y la oposición moderada ha acentuado su atomización, lo que ha beneficiado a los grupos yihadistas que han avanzado posiciones. Por su parte, las fuerzas kurdas han aprovechado el vacío político para extender su control sobre el Rojava, el Kurdistán sirio.

Los bombardeos de la coalición internacional han obtenido, por el momento, logros limitados. Si bien es cierto que han frenado el avance del EI, no han sido suficientes para desalojarles de las ciudades en las que se han atrincherado. El grupo todavía controla ocho provincias sirias e iraquíes y gobierna sobre cinco millones de personas. Probablemente los dos principales éxitos de la coalición liderada por Estados Unidos hayan sido evitar la caída de Bagdad y colocar al EI en posición defensiva. En este sentido, el ejemplo de Kobane ha señalado el camino a seguir, al mostrar que la derrota

Ignacio Álvarez-Ossorio es profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Alicante y coordinador de Oriente Medio y Magreb del Observatorio de Política Exterior (OPEX) de la Fundación Alternativas. ialvarez@ua.es.

Cuatro años de guerra civil siria dejan más de 210.000 muertos, 3,8 millones de refugiados y 7,5 millones de desplazados internos. Irán, Arabia Saudí, Turquía, Catar, Israel y Hezbolá son los actores secundarios de un conflicto que a día de hoy consolida a El Asad y el EI.

yihadista tan solo será posible en el caso de que los bombardeos aéreos se combinen con la presencia de tropas sobre el terreno, en este caso los *peshmergas* kurdos. El presidente estadounidense Barack Obama ya ha advertido que la campaña contra el EI durará al menos tres años, lo que permitirá a EE UU manejar los tiempos a su antojo e intervenir en Siria e Irak según aconsejen sus intereses.

De otra parte, cada vez es más evidente que la guerra siria se ha contagiado al resto de Oriente Próximo. El ataque israelí contra un convoy de Hezbolá en la ciudad siria de Quneitra el 18 de enero demuestra a las claras que la guerra civil se ha transformado en una confrontación regional en la que las potencias de la zona libran su propia guerra a través de actores interpuestos. Irán, Arabia Saudí, Turquía, Catar, Israel y Hezbolá son los principales protagonistas de este enfrentamiento, aunque no los únicos. En represalia, Hezbolá acabó con la vida de dos militares israelíes en las Granjas de Shebaa el 31 de enero. En el posterior contraataque israelí fue alcanzada una posición de la Fuerza de las Naciones Unidas en Líbano (Finul), provocando la muerte del cabo español Francisco Javier Soria.

En este último año la repartición de fuerzas en el interior de Siria ha experimentado drásticos cambios. Según cálculos del investigador Fabrice Balanche, el EI ya controla el 30 por cien del territorio, mientras que el resto de fuerzas rebeldes se reparte otro 20 por cien, sobre todo el Frente Al

Nusra (la franquicia local de Al Qaeda) y, en menor medida, el Frente Islámico, las Unidades de Protección Kurdas y el Ejército Sirio Libre. El régimen de Bachar el Asad sigue manteniendo el control sobre la mitad del país y sobre dos terceras partes de la población, quedando la parte restante en las zonas dominadas por la oposición (Idlib, Aleppo, Guta, Deraa y Quneitra donde vivirían entre tres y seis millones de personas) o los kurdos (entre uno y dos millones, distribuidos en Yazira, Afrín y Kobane).

La intensificación de la guerra siria ha agravado la catástrofe humanitaria. En estos cuatro años habría, según el Observatorio Sirio para los Derechos Humanos, al menos 210.000 muertos. A finales de enero de 2015, el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados (Acnur) cifraba en 3,8 millones el número de refugiados registrados en los países del entorno y en 7,5 millones los desplazados que se habían visto obligados a abandonar sus hogares. Como señalara el enviado especial de la ONU para Siria, Staffan de Mistura: “Es una verdadera tragedia que la población siria siga viviendo bajo la constante amenaza de barriles bomba, ataques de mortero, cohetes, ataques aéreos, coches bomba, secuestros y asesinatos extrajudiciales”. Organismos internacionales han advertido, por su parte, de la proliferación de enfermedades ya extinguidas como la poliomielitis, el tifus o el sarampión, así como de la dramática situación educativa, puesto que hay tres millones de niños sin escolarizar debido a la destrucción de 4.000 escuelas. Este catastrófico escenario confirma la existencia de una generación perdida en Siria.

Una economía de guerra

Durante 2014, las fuerzas de El Asad han conseguido notables progresos en Homs y Qalamún, así como en el entorno de Damasco y Aleppo. Para ello no han dudado en emplear todos los medios a su alcance, incluido el sistemático uso de barriles bomba contra las zonas rebeldes, lo que ha tenido un elevado coste en términos humanos. Mediante esta estrategia se pretende recuperar los principales núcleos urbanos para tratar de ganarse el apoyo de las clases medias, agotadas por la larga contienda y cada vez más alarmadas ante el avance yihadista en el norte y el sur del país. Dada la falta de recursos militares, el control de las áreas rurales, demográficamente dominadas por los suníes, ha quedado por el momento relegado en el tiempo.

El talón de Aquiles del régimen sigue siendo el deterioro generalizado de la situación económica. Según un reciente informe del Economic and Social



Un ‘peshmerga’ kurdo camina entre los escombros de Kobane tras ser reconquistada a los yihadistas del EI (Siria, enero de 2015). GETTY

Commission for Western Asia, el PIB sirio ha caído en picado en los últimos cinco años, pasando de 60.000 millones de dólares de 2010 a 23.000 en 2014. Los sectores que tradicionalmente tiraban de la economía, como los servicios, la industria, la agricultura o el turismo se encuentran en una situación calamitosa y las inversiones externas se han evaporado. Debe tenerse en cuenta que el régimen también ha perdido el control de los pozos petrolíferos, que antes de la guerra producían 380.000 barriles de crudo al día y representaban un 25 por cien de las exportaciones. La destrucción de las infraestructuras, la falta de combustible y las trabas al movimiento entorpecen, según el Syrian Economic Forum, cualquier intento de reactivación de la economía.

Otro motivo de alarma es la depreciación de la libra con respecto al dólar, que está detrás del encarecimiento de las importaciones. El cambio oficial ha pasado de 50 libras por dólar de comienzos de 2011 a 190 actuales (aunque en el mercado negro el cambio ronda las 250). Esta incesante pérdida de valor de la moneda ha obligado al gobierno a elevar el precio de los productos básicos, tradicionalmente subvencionados para evitar el descontento de la población. El 2 de octubre de 2014, poco después de que la coalición internacional empezara a bombardear los pozos de petróleo

bajo el control del EI, el gobierno anunció una subida del 33 por cien del precio del gasoil y un 17 por cien de la gasolina. El 17 de enero, el pan pasó de 25 a 35 libras. El arroz y el azúcar han registrado incrementos similares. No es casual, por tanto, que la partida destinada a subsidios sociales se haya duplicado en los presupuestos de 2015, que prevén un gasto total de 10.000 millones de dólares (un 12 por cien más que en 2014).

Como resultado del agravamiento de la situación, el gobierno se ha visto obligado a imponer una economía de guerra y la población practica una economía de subsistencia. Las tasas de desempleo han alcanzado niveles nunca vistos. Según un informe del Syrian Centre for Political and Strategic Studies, el desempleo se ha disparado del 10 por cien de 2010 al 70 de 2014, y dos de cada tres sirios viven ya bajo el umbral de la pobreza. Para evitar que la moral de sus seguidores se debilite, el régimen baraja diferentes opciones, entre ellas la subida de salarios para las fuerzas armadas y los cuerpos de seguridad, de quienes depende su propia supervivencia.

Está por ver si el régimen tiene más éxito en el terreno económico que en el militar. Muhiddin Haboosh, conocido hombre de negocios próximo a la oposición, ha advertido que la situación económica podría acabar pasando factura al régimen: “No hay duda de que la crisis tiene un impacto negativo en la economía siria, que está al borde del colapso. Las políticas financieras y económicas del régimen han consumido la economía de Siria en la guerra contra su propio pueblo”.

Ante esta delicada situación, la dependencia del régimen de las ayudas de sus aliados tradicionales se ha intensificado. Sin embargo, la posibilidad de acceder a nuevos créditos por parte de Rusia e Irán se limitará en el corto plazo como resultado de la caída de los precios del petróleo. Desde el inicio de la crisis, Irán ha aportado ayuda política, militar y económica al régimen sirio. Según diversas fuentes, Teherán habría concedido créditos por, al menos, 4.000 millones de dólares durante estos cuatro años. El descenso generalizado de los precios del petróleo impide que esta ayuda se mantenga de manera indefinida. En este sentido, debe recordarse que las sanciones internacionales son una losa cada vez más pesada para la economía iraní.

¿Una solución política?

La creciente fatiga del régimen y de los grupos rebeldes tras cuatro años de guerra podría representar una ventana de oportunidad para el diálogo. Si bien es cierto que las posiciones de ambos actores todavía son irreconcilia-

bles, también lo es que parece haber una mayor predisposición que en el pasado para alcanzar acuerdos puntuales de alto el fuego e interrupción de las hostilidades, con el fin de garantizar la entrada de ayuda humanitaria y atención a los heridos.

Esta nueva coyuntura ha sido aprovechada por Rusia para tratar de reunir en Moscú al régimen y a la oposición, aunque los resultados han sido modestos, ya que muchos consideran que este movimiento buscaba reforzar a El Asad y no sentar las bases de una transición consensuada. Una dificultad añadida para la pacificación del país es que parece poco probable que el régimen y la comunidad internacional acepten como interlocutores a los grupos yihadistas que operan en Siria, a pesar de que el EI y el Frente Al Nusra controlan cerca de un 40 por cien del territorio.

Ante este callejón sin salida, el enviado especial De Mistura ha apostado por la política del “paso a paso”, con lo que pretende conseguir pequeños avances que creen el ambiente adecuado para acuerdos de mayor calado en el futuro. Su objetivo inmediato, que cuenta con el respaldo de EE UU y la Unión Europea, es alcanzar un alto el fuego en Alepo que permita la entrada de ayuda humanitaria y la evacuación de los heridos. Como señalara el propio Mistura: “Alepo se ha convertido en un icono de cómo podrían empezar a mejorar las cosas... Que cesen los bombardeos, los barriles bomba y los disparos de mortero y entre la ayuda humanitaria, algo que daría alguna esperanza al pueblo sirio”. No obstante, el plan Alepo Primero no será fácil de aplicar, puesto que parece difícil poner de acuerdo al régimen con los 12 grupos rebeldes que operan en los distintos barrios de la ciudad (entre los que se incluyen Al Nusra y el EI).

Otra señal que podría indicar que estamos ante un punto de inflexión es el planteamiento de una hoja de ruta por parte de las fuerzas opositoras en el exilio. Según dicho plan, las partes enfrentadas acordarían un periodo transitorio de tres meses en los que se aprobarían diferentes medidas para restaurar la confianza, entre ellas el cese de las hostilidades en todos los frentes de batalla y así dar una oportunidad a unas eventuales negociaciones

**En los últimos dos años,
el EI ha ganado
músculo, el régimen de
El Asad ha recuperado
terreno y la oposición
se ha atomizado**

de paz. Según Yezid Sayigh, del Carnegie Endowment for International Peace, “esta hoja de ruta se centra en los aspectos centrales de la distribución de poder entre el régimen y la oposición, con un papel de monitoreo por parte de representantes de la sociedad civil no alineados”.

De hecho, la Coalición Nacional para las Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria (CNFROS) eligió a principios de 2015 a Jaled Joya como su nuevo presidente en sustitución de Hadi al Bahra, cuya labor se vio lastrada por su excesiva dependencia de Arabia Saudí, en lo que se ha interpretado como un primer paso para allanar el camino de las negociaciones. También el presidente El Asad hizo gala de una desconocida flexibilidad dialéctica en una entrevista a *Foreign Affairs* el 20 de enero al afirmar: “Todas las guerras, en cualquier lugar del mundo, han finalizado con una solución política, porque la guerra en sí misma no es una solución, sino uno de los instrumentos de la política”.

Para tratar de unificar posiciones ante una eventual nueva conferencia de paz, Rusia convocó una reunión con el régimen y la oposición en Moscú entre el 26 y el 29 de enero. Este diálogo informal poco tenía que ver con el desarrollado en Ginebra en 2012 y 2014, que contó con la participación de buena parte de la comunidad internacional y la presencia de interlocutores oficiales de la oposición siria. En realidad, las reuniones exploratorias de Moscú representaron un paso atrás respecto al marco establecido en Ginebra I, que fijó la hoja de ruta de una transición política basada en el establecimiento de una autoridad transitoria con plenos poderes ejecutivos que gobernaría el país hasta la celebración de unas elecciones legislativas y presidenciales libres y plurales. Dicha autoridad, según Ginebra I, debería estar integrada por “miembros del actual gobierno y de la oposición, así como por otros grupos, sobre la base de un consentimiento mutuo”.

No obstante, los cambios experimentados sobre el terreno han socavado el marco establecido en Ginebra I. En el curso de los últimos dos años, el EI ha ganado músculo y se ha forjado una coalición internacional para combatirlo. Por otra parte, el régimen ha sido capaz de revertir la situación recuperando parte del terreno perdido en la primera fase de la contienda, lo que ha servido para reforzar su cohesión. La heterogénea oposición, por el contrario, se ha atomizado y fragmentado, por lo que no parece poder imponer sus condiciones en unas eventuales negociaciones ni, mucho menos, exigir la salida de El Asad como condición para un eventual acuerdo.

Antes de la celebración del diálogo de Moscú, la influyente consejera presidencial Buzaina Shaaban se encargó de rebajar las expectativas del

encuentro. En palabras de Shaaban se trataba simplemente de “un diálogo consultivo exploratorio con la oposición para discutir los principios sobre los cuales se debe desarrollar una futura conferencia”. También el viceministro de Asuntos Exteriores ruso, Mijail Bogdanov, incidió en que la finalidad del encuentro era tantear las posibilidades para una eventual conferencia de paz que se desarrollaría a partir de marzo. Por su parte, el secretario de Estado estadounidense, John Kerry, prefirió mantener un perfil bajo señalando que las conversaciones “podrían ser de utilidad”.

En definitiva, se trataba de una iniciativa de poco recorrido, ya que no estuvieron representadas todas las partes. De hecho solo participaron el régimen sirio y la oposición tolerada, aquellos que por sus tradicionales vínculos con Rusia difícilmente podrían rechazar la invitación, como el Partido de la Unión Democrática kurda de Saleh Muslim Muhammad o el trotskista Partido de la Voluntad del Pueblo de

Qadri Yamil. Las dos principales fuerzas opositoras –la CNFROS y el Consejo Nacional Sirio– decidieron no acudir a la cita, a la que tampoco fueron invitadas las fuerzas rebeldes que combaten sobre el terreno. Asimismo, no participaron personalidades políticas relevantes, como Moaz al-Jatib o Al Bahra, que todavía conservan parte de su ascendencia sobre la oposición.

Este encuentro informal se cerró con un acuerdo de mínimos: un documento de 11 puntos en el que se reafirmaba la soberanía de Siria y su integridad territorial y se apoyaba una negociación basada en el marco establecido en Ginebra I y en el principio de no interferencia de las potencias extranjeras. También se pedía la liberación de los presos políticos y la entrada de ayuda humanitaria, así como el establecimiento de una comisión de Derechos Humanos para investigar las violaciones desde el inicio de la guerra. Por último, y a petición del gobierno sirio, se demandó el fin de la ocupación israelí del Golán. Los participantes también respaldaron una nueva conferencia internacional con la presencia de todas las potencias regionales, incluida Irán (que en el pasado fue excluida de Ginebra I y II).

El encuentro de Moscú estaba condenado de antemano al fracaso debido a la estrecha relación de Rusia con el régimen sirio, lo que le inhabilita como

**El sectarismo amenaza
con desestabilizar toda
la región, como se
puede ver a diario en
Siria, Irak, Yemen,
Bahréin y Líbano**

árbitro de cualquier negociación futura. Tan solo el régimen y una treintena de miembros de la oposición tolerada acudieron a la cita. Unos días antes de la reunión, el presidente El Asad dejó muy claro en la entrevista en *Foreign Affairs* qué es lo que entendía por oposición: “La oposición tiene que ser nacional y trabajar en interés del pueblo sirio. No puede ser oposición si es una marioneta de Catar, Arabia Saudí o cualquier país occidental, incluido EE UU, o es pagada por el extranjero. Debería ser siria: de hecho, tenemos una oposición doméstica”.

Perspectivas para 2015

Dados los altibajos de la guerra siria es difícil pronosticar cómo evolucionarán los acontecimientos durante este año, aunque parece evidente que la caída de los precios del petróleo golpeará tanto al régimen como a la oposición. Rusia e Irán, los dos principales apoyos de El Asad, no serán tan receptivos como en el pasado a las demandas provenientes de Damasco. De la misma manera, las petromonarquías del golfo Pérsico podrían empezar a cuestionarse la financiación de los grupos rebeldes ante las escasas perspectivas de revertir la situación. En este sentido se aprecia una creciente fatiga económica entre los tradicionales patrones de las diversas fuerzas que compiten por el poder.

Por otra parte, la guerra fría que libran Arabia Saudí e Irán por la hegemonía regional, con frecuencia a través de actores interpuestos, empieza a dar síntomas de agotamiento, debido al auge del sectarismo que amenaza con desestabilizar por completo la zona, tal como se puede ver a diario no solo en Siria, sino también en Irak, Yemen, Bahréin o Líbano. Un eventual avance en las conversaciones sobre el programa nuclear iraní podría contribuir a un progresivo deshielo en las relaciones entre Washington y Teherán, lo que también tendría efectos sobre Siria.

Por lo que respecta al régimen sirio, cabe señalar que buscará afianzar su control sobre los principales núcleos urbanos y podría ser el principal beneficiado de la campaña aérea contra el EI. En lo que respecta a la oposición moderada, no hay motivos para esperar que consiga unificar sus filas; más bien todo lo contrario, por ello lo más previsible es que continúe cediendo posiciones hasta convertirse en irrelevante frente a los cada vez más poderosos grupos yihadistas que dominan buena parte del territorio. Pese a que EE UU ha comprometido 500 millones de dólares para financiar a la oposición y está entrenando una nueva fuerza rebelde que contará con 5.000

efectivos, lo cierto es que su misión se centrará en combatir en exclusiva a los grupos yihadistas.

Como ya hemos señalado, el régimen sirio ha logrado recuperar parte del terreno perdido en los últimos años. Además ha conseguido lo que tanto tiempo había deseado: poner a la comunidad internacional de su lado en el combate contra los grupos yihadistas, que ya son considerados un peligro para la estabilidad regional e internacional. Por tanto, El Asad intentará presentarse ante la comunidad internacional como un mal menor frente a los yihadistas del EI y Al Nusra.

Este discurso podría calar en Washington, donde hay sectores partidarios de revisar la política de la administración Obama hacia Siria. El 21 de diciembre de 2014, el diplomático estadounidense Ryan Crocker publicó un artículo en *The New York Times* titulado “Assad Is the Least Worst Option in Syria” en el que planteaba este dilema. Aunque todavía es dema-

siado pronto para imaginar una rehabilitación de El Asad por parte de los países occidentales, lo cierto es que en el pasado el régimen sirio ha dado sobradas muestras de su numantina capacidad de resistencia que le ha permitido salir airoso de trances similares.

En este turbulento contexto, las fuerzas kurdas podrían aprovechar la coyuntura para afianzar su control sobre el Kurdistán sirio. La falta de continuidad territorial entre los enclaves kurdos –Yazira, Kobane y Afrín– podría ser un obstáculo para ello, pero parece claro que su victoria en Kobane marca un antes y un después en la lucha contra el EI y, además, consagra a los *peshmergas* como un actor clave en la región. No obstante, no es factible ni tampoco recomendable que estas milicias extiendan su control más allá de sus tradicionales áreas de influencia, porque su presencia en zonas mayoritariamente árabes podría tensar las relaciones con la población local. Al igual que en Irak, los kurdos podrían ser los principales beneficiados del desgobierno y el caos que azotan Siria, circunstancias que les permitiría consolidar la amplia autonomía de la que ya gozan de facto.

Durante 2015, el EI seguirá concentrando la atención mediática. No solo por los bombardeos de la coalición internacional, sino también por la

**El régimen sirio ha dado
sobradas muestras en el
pasado de su numantina
capacidad de resistir
y salir airoso de
los peores trances**

creciente presión a la que deberá hacer frente por parte del régimen y de las fuerzas rebeldes. Aunque la lógica aconsejaría una mayor concertación entre ambos actores para combatir la amenaza yihadista, lo cierto es que es improbable que se forme un frente común para desalojar al EI del territorio sirio. Debe tenerse en cuenta que durante los últimos cuatro años, el régimen ha tolerado el ascenso yihadista con el objeto de crear un contrapeso a la oposición moderada. También varios grupos rebeldes tienen una larga trayectoria de colaboración con Al Nusra, por lo que no parece factible que ahora vuelvan sus armas contra ellos.

Siria seguirá sangrándose durante 2015, dado que no hay ningún indicio de que las grandes potencias internacionales y regionales tengan intención de revisar sus políticas en torno al país. Rusia, Irán y Hezbolá no abandonarán a su suerte al régimen ahora que ha empezado a recuperar posiciones, ni tampoco Arabia Saudí, Turquía y Catar retirarán su apoyo a los grupos opositores, porque ello equivaldría a reconocer su derrota.

Tampoco parece probable que EE UU o la UE decidan involucrarse de una manera más activa en la resolución del conflicto, a pesar de los riesgos cada vez más evidentes que representa la degradación de la situación en Siria, tal como han evidenciado los atentados yihadistas de París y la masiva llegada de emigrantes sirios a territorio europeo. Como señala Joshua Landis, director del Center for Middle East Studies de la Universidad de Oklahoma, “las grandes potencias están determinadas a respaldar a sus protegidos sirios lo suficiente para que no sean derrotados, pero no lo bastante para que se impongan”. Es decir: entramos en una nueva fase en la que los bandos en liza librarán una guerra de agotamiento tratando de que la fatiga acabe haciendo mella en sus adversarios.



CADA GOTA CUENTA

En ACCIONA Agua defendemos un uso responsable del agua. Por eso diariamente trabajamos en seguir mejorando nuestros servicios integrales de gestión de agua para ponerlos a disposición del ciudadano.

Nuestros servicios abarcan todas las etapas involucradas en la gestión del ciclo integral del agua, desde la captación, su potabilización incluyendo la desalinización, hasta su depuración y retorno al medio ambiente, gracias a la innovación en el diseño y a la ejecución y operación de plantas de tratamiento de agua.

22 de Marzo, Día Mundial del Agua



El conflicto sirio reconfigura el mapa suní libanés

Natalia Sancha

El impacto de la guerra siria, sobre todo en la última fase que abre la entrada y el rápido avance del Estado islámico (EI), ha sacudido la región provocando nuevas alianzas. Frente a la volatilidad del mercado de alianzas regionales e internacionales, el impacto del conflicto sirio en Oriente Próximo, y en el ámbito confesional, será determinante a medio y largo plazo en Líbano. La revuelta suní en Siria ha redibujado el mapa de los grupos suníes tanto en Siria como en Líbano, pero con dinámicas diferentes.

En una primera fase del conflicto armado, la revuelta suní se libró a manos del Ejército Libre Sirio (ELS), aglutinando a los opositores armados bajo un mismo mando e inversamente dispersando el liderazgo político opositor nacional y en el extranjero. En una segunda fase, la lluvia de fondos regionales con intereses políticos específicos (mayoritariamente de Catar y Arabia Saudí) contribuyó a la implosión del ELS en una miríada de grupos armados gestionados por líderes locales, al tiempo que el liderazgo político en el exilio intentaba formar un frente unido con la Coalición Nacional Siria. En la última fase, el frente rebelde, en competición por recursos y apoyos, se volvía a aglutinar tras un periodo de cribas, desertiones y fusiones, rompiendo los

Natalia Sancha es periodista.

La mutación de los grupos suníes es un efecto de la guerra civil siria y tiene impacto directo en la frágil estabilidad de Líbano. Trípoli, Ersal y Sidón son los tres bastiones suníes que han encontrado en el El soporte en su batalla contra Hezbolá y el ejército libanés.

lazos con la oposición política siria nacional y en el extranjero. En el proceso, quedaban alienadas las facciones más moderadas y se trasladaba el monopolio de la lucha a los grupos islamistas agrupados en tres principales frentes opuestos entre sí: las coaliciones rebeldes (como el Frente Islámico), el Frente al Nusra (filial de Al Qaeda en Siria) y el EI.

Del otro lado de la frontera, la comunidad suní de Líbano mutaba a consecuencia de la evolución del conflicto sirio. Los lazos históricos que hicieron de Siria y Líbano un solo país hasta el reparto franco-británico de la región en 1916 (acuerdos Sykes-Picot), hacen de Líbano el vecino más vulnerable a las fluctuaciones sirias.

Los tres bastiones suníes libaneses

Desde 2005 (cuando fue asesinado Rafik Hariri, exprimer ministro libanés y líder de la comunidad suní) hasta 2011 (inicio de las protestas sociales y posterior conflicto sirio), el denominador común que mantenía unido a los diferentes grupos que componen la comunidad suní libanesa se basó en la oposición a Hezbolá y el régimen sirio. En 2008, Hezbolá libró una mini-guerra contra milicianos suníes en Beirut. La rápida victoria de Hezbolá dejó claro que los suníes no podrían hacerle frente con las armas. La derrota fue recibida como una humillación entre las facciones suníes más

jóvenes, aumentando el hasta ahora fracasado objetivo de crear un Hezbolá suní.

Desde el asesinato de Hariri, la comunidad suní libanesa, que acusa a Hezbolá y Bachar el Asad de estar detrás del magnicidio, quedaba huérfana de dirigencia. Este vacío se colmó con la eclosión de múltiples líderes que ya no respondían a una dinámica nacional, sino a las prioridades locales marcadas por la coyuntura sociopolítica de cada bastión suní. Trípoli al norte, Ersal al este y Sidón al sur, componen los tres principales bastiones suníes libaneses. El impacto del conflicto sirio difiere en estas tres ciudades en función de sus dinámicas internas, su situación geográfica así como su historia previa con Siria y Hezbolá.

Contrariamente al argumento difundido en la prensa y por las estrategias de las tropas internacionales de que el vertiginoso avance del EI es geográfico y, por tanto, al estilo de la guerra convencional con un avance por tierra, el mayor éxito del grupo radical se basa en una agresiva campaña mediática, que se libra en las mentes y no en los mapas. El EI se sirve de un método de captación y política de *soft power* para radicalizar y crear alianzas coyunturales con aquellos grupos descontentos ante enemigos comunes. Un avance que se hace por metástasis y que las bombas o los retenes físicos no pueden frenar.

No obstante, el espectro suní libanés está copado con la miríada de grupos locales y con la imposibilidad de hacer de Líbano un califato, ya que en él conviven 18 confesiones con un 40 por cien de cristianos. La extensión del EI en Líbano es misión imposible, pero capaz de alimentar virulentos conflictos localizados en Trípoli, Sidón y Ersal aprovechando las dinámicas locales para atacar al enemigo común en la figura de Hezbolá y de las Fuerzas Armadas Libanesas (FAL).

Trípoli: de combatir las tropas sirias a las libanesas

En Trípoli, el empobrecido barrio de Bab el Tebene libra una guerra de desgaste, con Siria como telón de fondo, contra sus vecinos alauitas de Jebel el Mohsen. Los recurrentes enfrentamientos duran ya cuatro décadas y son herencia del periodo de la ocupación siria en la región norte de Líbano. La mayoría de las conversaciones con la generación veterana de líderes suníes de Trípoli y Bab el Tebene, desde el prestigioso jeque Salam al Rifai a los líderes de barrio, acaban girando en torno a la “masacre de diciembre de 1986”. Ese año, las tropas sirias mataron a unos 600 seguidores suníes del grupo Al Tawhid, provocando la huida y exilio de centenares de militantes suníes.

En abril de 2005, a la par que se retiraban las tropas sirias de Líbano, regresaban los ya veteranos milicianos suníes que, crecidos en un exilio forzado, traían el resentimiento hacia el régimen de los Asad. En 2011, fueron los combatientes de Trípoli los primeros en proclamar públicamente y desde el inicio de los enfrentamientos armados en Siria su injerencia en la guerra a favor de sus hermanos suníes. Rebeldes sirios eran tratados de sus heridas en el hospital público de la ciudad a costes pagados y cruzando ilegalmente la frontera. Ciudadanos de Trípoli se sumaban a los rebeldes sirios en Homs y Hama en contra del enemigo común que representaba el régimen de El Asad. La norteña ciudad libanesa se convertía en ruta predilecta para proveer de armamento ligero y financiación a los rebeldes. Conforme Hezbolá cerraba la frontera interna y las tropas sirias retomaban Homs y sus alrededores, el flujo de combatientes libaneses disminuía. Muchos regresaron, y unos pocos continuaron entrando, esta vez por Ersal, a través de pasadores locales y para combatir principalmente en la región de Qalamún, en la frontera oeste siria con Líbano.

Saad Hariri ha fracasado en el intento de tomar el testigo de su padre para mantener unidos a los suníes libaneses

Saad Hariri, fracasaba en su intento de tomar el testigo de su padre para mantener unidos a los suníes libaneses. Su acercamiento al régimen de El Asad y su exilio durante tres años en París dejaron a los grupos suníes del norte a merced de los líderes locales y desconectados de la dirección política de su partido Al Mustaqbal (el Futuro). Los líderes locales negocian hoy su margen de acción en las calles tripolitanas directamente con los parlamentarios suníes afines, multiplicando los polos de decisión. El avance de las tropas leales en el noroeste de Siria y el cierre de la frontera marcaban el final de la injerencia colectiva de los tripolitanos en el país vecino. En el plano doméstico, las FAL emprendían una campaña de arrestos y persecución de los jóvenes líderes locales, provocando la ira de una nueva generación suní que veía detrás de estas fuerzas la mano de Hezbolá.

Ambas generaciones, los veteranos que se exiliaron en 1986 y los nuevos jóvenes arrestados y encarcelados en el último año, comparten hoy el resentimiento hacia Hezbolá como *proxy* del régimen sirio. Puesto que geográficamente el camino a Siria estaba cortado, la lucha de los suníes libaneses

cambiaba de objetivo, centrándose no ya en las tropas sirias, sino en Hezbolá y, por extensión, en las FAL, percibidas como herramienta de la milicia chií. La aparición del EI en la última fase del conflicto sirio provee un peligroso canal para vehicular años de frustración contra los enemigos comunes: el ejército libanés y la milicia chií.

Hoy banderas del EI ondean en el barrio de Bab el Tebene, y los enfrentamientos contra las FAL se multiplican. La degradación de la economía libanesa hace de los jóvenes de Tebene y de la región de Akkar (más al norte, mayoritariamente suní y la más pobre) un pozo para reclutar entre aquellos ahogados económicamente y frustrados política y socialmente. En el cuarto año del conflicto sirio, los jóvenes libaneses que dejan Trípoli para combatir en Siria lo hacen individualmente y recurriendo a los contactos en el país. Lo que hace que los vecinos de Trípoli movidos por el afán de batallar contra el régimen sirio se unan a Al Nusra y al Frente Islámico, ignorando las dinámicas locales sirias y ajenos a la afiliación ideológica. Su prioridad es atacar al régimen sirio desde la plataforma que sea.

Ersal: de retaguardia rebelde a provincia yihadista siria

De mayoría suní pero alejado de la frontera siria, Ersal tomó el relevo a Trípoli como nueva plataforma y puerta de entrada para los libaneses en Siria. Haciendo caso omiso de las órdenes del serrallo libanés de mantenerse apartada de la guerra, las autoridades locales se declararon desde el primer día a favor de los rebeldes. Los milicianos del ELS campaban a sus anchas por la ciudad visitando a sus familias, que ponían a salvo en los campos de refugiados para luego cruzar de vuelta al frente sirio. Ersal se convertía así en la retaguardia del ELS y, con el paso del tiempo, de los grupos islamistas.

A 17 kilómetros de la frontera siria y de la región de Qalamún, las familias que habitan Ersal están divididas por la línea que marca el mapa. En esta zona, el resentimiento procede de la época de la ocupación de las tropas sirias, donde los locales no perdonan el trato abusivo de los uniformados. A diferencia de Trípoli, Ersal es una localidad adinerada por el contrabando. Tan solo produce cerezas y dispone de canteras de piedra por todo recurso natural, pero las porosas fronteras han consolidado riquezas entre sus habitantes a base de la venta ilegal de fuel y otros codiciados productos. Igualmente, el contexto de Ersal es el opuesto al de Trípoli. Ersal se antoja un oasis suní en la región de la Bekaa, rodeado de un vasto terreno y feudo de Hezbolá. Con el cierre de la frontera norte entre ambos países, Ersal se

convertía en la única válvula de escape tanto para los sirios que huían de la guerra, los rebeldes que necesitaban repostar, como para los libaneses que entraban a luchar. La localidad, con 35.000 habitantes antes de la guerra, acoge hoy a 120.000 refugiados sirios llegados de zonas rebeldes.

Debido a su particularidad geográfica, Ersal ha sufrido el mayor impacto de las diferentes fases del conflicto sirio. Su recorrido ha sido el inverso de Trípoli. Ersal que proveía hombres para la lucha y una retaguardia para los rebeldes ha sido engullida por la guerra siria y convertida en campo de batalla y plataforma

desde la que milicianos sirios atacan a las FAL y a efectivos de Hezbolá. Desde agosto de 2014, yihadistas llegados de Siria se enfrentan a los uniformados libaneses. En las posiciones periféricas, paramilitares y milicianos chiíes de los brazos armados de Amal y Hezbolá apoyan al ejército contra las posiciones enemigas. Las tropas libanesas perdían a finales de 2014 el control de Ersal con la infiltra-

Las tropas libanesas perdían a finales de 2014 el control de Ersal, debido a la infiltración de combatientes de Al Nusra y del EI

ción de combatientes de Al Nusra y del EI en tierra libanesa. Empujados desde Siria por las tropas leales y por Hezbolá, los rebeldes sirios se han replegado a las montañas fronterizas para luego conquistar Ersal. Esta se convierte en la única vía para avituallarse de comida, tratar a los heridos y resguardarse del frío. Sitiada y sin presencia militar del Estado libanés, Ersal es hoy una provincia más de la Siria rebelde. En la tierra de nadie que se extiende entre Líbano y Siria pasado el último control militar libanés, se impone la *sharia* (ley islámica) y gobiernan los yihadistas.

De los diferentes frentes, Ersal es clave en la batalla que libran los rebeldes en la región de Qalamún, que se extiende desde Homs al norte hasta la periferia de Damasco al sur, y limitado por las arterias que conectan Homs con Damasco al este. Al tiempo que las tropas del régimen recuperan ciudades clave como Rankus o Yabrud, con la ayuda de efectivos de Hezbolá, los rebeldes desbordan el conflicto a Líbano. La particularidad de este frente es que se libra simultáneamente contra múltiples enemigos y en ambos países. En el lado sirio se enfrenta a Hezbolá y a las tropas leales. En Líbano a Hezbolá y a las tropas libanesas. Una coyuntura que ha hecho de esta región la excepción donde Al Nusra y el EI colaboran en operaciones coordinadas.

Entre ambos grupos han capturado a 25 soldados y policías libaneses. Abu Malek, líder de Al Nusra en la región, dominaba hasta enero la lucha en Ersal y Qalamún. Sin embargo, la pugna por el poder entre ambos grupos empieza a desgastar las filas de Al Nusra, con efectivos pasándose al EI. Mientras unos quieren centrarse en la lucha en Siria, otros optan por extender la guerra a Líbano. Lo hacen con operaciones rápidas al estilo de guerrillas.

Entre medias, los habitantes de Ersal se han visto superados por la evolución del conflicto sirio, y la mutación de los rebeldes del ELS que inicialmente acogieron y hoy prestan lealtad a los grupos radicales. Hasta 3.000 combatientes de Al Nusra y del EI campan en los alrededores de Ersal y bajan a la ciudad para abastecerse. Como en Trípoli, los yihadistas recurren a las rencillas locales para legitimar su lucha. En octubre de 2013, un enfrentamiento entre dos bandos libaneses en territorio sirio desencadenó la entrada definitiva de Ersal en la guerra. Un rebelde oriundo de Ersal mataba en la localidad siria de Qusair a Alí Hussein Nassif, alias *Abu Abbas*, quien fuera el máximo responsable y coordinador de los hombres de Hezbolá en Siria. La respuesta no se hizo esperar pero fue perpetrada de forma inesperada. Un operativo formado por efectivos de Hezbolá y miembros de los servicios de inteligencia de las LAF acribillaban al rebelde en pleno centro de la ciudad suní, dándose a la fuga para ser interceptados más tarde por vecinos de Ersal. Los conciudadanos del asesinado cerraron filas con sus aliados suníes sirios en contra de la milicia chií y de las LAF, percibidas desde entonces, al igual que lo hacen sus hermanos suníes de Trípoli, como una herramienta a las órdenes de Hezbolá. Al Nusra y el EI han sabido explotar este resentimiento, dirigiendo actualmente sus ataques contra posiciones de militares libaneses y milicianos de Hezbolá en la región de la Bekaa.

Sidón: cautela tras la extirpación del efecto El Assir

El tercer bastión suní se encuentra en Sidón y representa la puerta de entrada al feudo chií de Hezbolá en el sur de Líbano. No se trata de un oasis suní en territorio chií como Ersal, ni de una capital de territorio suní como Trípoli, pero su importancia radica en ser centro neurálgico en la conexión con el sur de Beirut. Los líderes suníes de Sidón se mantuvieron desde el inicio en una posición cauta a sabiendas de que, en palabras de un influente *sheij* local, “no tenemos capacidad de enfrentarnos por las armas a la montaña (por Hezbolá), así que es mejor rodearla”.

En febrero de 2013, el *sheij* Ahmed el Assir, un hasta entonces desconocido religioso local, alzaba la voz contra las armas de Hezbolá (única milicia libanesa que ha mantenido las armas tras el fin de la guerra civil). La radicalidad de su discurso y los ataques directos a un asunto políticamente tabú, como las armas de la milicia chií, sirvieron simultáneamente para asustar y apartar a los jeques más influyentes y para atraer a los jóvenes ante el poder de Hezbolá. Sin embargo, quienes públicamente tachaban de insensato al El Assir, lo cortejaban en privado, ya que al fin y al cabo reconocían en el *sheij* salafista la virtud de decir en voz alta lo que todos pensaban.

A fin de evitar una escalada bélica en la coyuntura de guerra siria, Hezbolá hizo en Sidón lo que previamente había hecho en Trípoli: recurrió a sus aliados suníes para contrarrestar al *sheij*. En Trípoli la milicia chií cuenta con aliados suníes como Al

Tawhid. En Sidón recurrió al partido nasserista de Osama Saad que se enzarzó en una serie de reyertas con los seguidores de El Assir. Las represalias de Hezbolá por medios de terceros no lograron acallar al *sheij* y su popularidad creció, llegando a hacer público un edicto religioso que llamaba a los suníes a sumarse a la lucha de los rebeldes sirios. Su virulencia llegó a atraer no solo a los jóvenes de los barrios pobres de Sidón, sino a los hijos de barrios adinerados como Abra, donde estableció su mezquita. Con el deterioro de la situación, en junio de 2013, los jóvenes seguidores de El Assir se enfrentaron durante días al ejército libanés. Al igual que en Ersal, efectivos afiliados a la milicia chií apoyaban a las tropas en el terreno, ganándose la enemistad del tercer bastión suní que, como el resto, pasaron a ver en las tropas nacionales un instrumento bajo las órdenes militares chiíes impuestos por Hezbolá. Las diferencias entre los tres bastiones suníes se sellaban desarrollando canales de comunicación entre Trípoli, Ersal y Sidón frente al enemigo común: las FAL y Hezbolá.

La falta de un apoyo tácito por parte de los líderes salafistas locales que abandonaron al temerario *sheij* a su suerte, permitió al ejército y Hezbolá cerrar en cuestión de días el caso. El *sheij* que inexplicablemente fue uno de los pocos que escapó a la operación llevada a cabo por el ejército, se convirtió en símbolo de resistencia suní para algunos y en imagen de terro-

Medios afines al El afirman que el 'sheij' Ahmed el Assir es el nuevo emir de la organización en Líbano

rista radical a nivel nacional. En las últimas semanas, medios afines al EI alternaban entre afirmar y desmentir el nombramiento de El Assir como nuevo emir del EI en Líbano. De concretarse, implicaría una nueva fase en la estrategia del EI en Líbano, nombrando un jefe operativo y en busca de una estructura formal en el país, algo que la mayoría de los expertos descarta, dada la complejidad de los focos de decisión y poder en la comunidad suní libanesa.

Los refugiados palestinos y sirios en la ecuación suní

Los refugiados palestinos de Líbano, en su inmensa mayoría suníes, componen un actor transversal en la evolución de los bastiones suníes bajo el impacto del conflicto sirio. Los 12 campos de refugiados palestinos en Líbano albergan 400.000 refugiados (10 por cien de la población total libanesa). De ellos, el campo de refugiados Nahr el Bared, en la periferia de Trípoli, ha marcado un precedente en el país para los grupos salafistas. En su afán por crear una milicia suní capaz de contrarrestar a Hezbolá, el clan Hariri ha experimentado en los campamentos palestinos. La creación de Fatah el Islam en noviembre de 2006 es uno de los episodios más recientes de la lucha wahabí en el país.

Ante el reguero de soldados muertos a manos de Fatah el Islam en 2007, los soldados libaneses recurrieron a medidas drásticas reduciendo Nahr el Bared a la horizontal bajo los tanques y los morteros. Sus habitantes fueron desplazados y, ocho años después, prosiguen los trabajos de reconstrucción. Ese año sentaba un precedente para los refugiados palestinos: en caso de guerra contra los soldados libaneses, ellos no tendrían donde huir. Usados como moneda de cambio en las reyertas nacionales, los campos de refugiados palestinos son percibidos por los libaneses como focos de miseria, tierra fértil para el radicalismo religioso y la captación de voluntarios para la yihad.

El conflicto sirio ha tenido, sin embargo, un efecto inesperado en la comunidad palestina. Si bien se posicionaron políticamente junto a los rebeldes suníes sirios desde el inicio, rompiendo su histórica alianza con Hezbolá, como punta de lanza de la resistencia contra el enemigo común de Israel, las diferentes facciones palestinas se unían en un inusitado acuerdo. En plenos combates, El Assir pedía ayuda a los líderes más radicales de Ein el Helwe, provocando algunas revueltas en el barrio de Tamir, feudo salafista del campamento. Por primera vez en una larga historia de enfrentamientos, el efecto llamada se paró de golpe. Los líderes de facciones islamistas pales-

tinias como Hamás o Usbat al Ansar se reunían con los de facciones dominantes como Al Fatah o el Frente Popular para la Liberación de Palestina para sellar un acuerdo de neutralidad ante los envites sirio-libaneses. Una alianza que ha permitido preservar la integridad de sus campos y mantenerse apartados del enfrentamiento con Hezbolá y el ejército libanés.

En una muestra de pragmatismo y *realpolitik*, la sombra de Nahr el Bared de 2007 y la rápida extirpación del efecto El Assir en Sidón sirvieron como antídoto para prevenir la inclusión armada de los palestinos en las dinámicas suníes nacionales. Sin embargo, los campos no son ajenos a la dialéctica radical del EI. Frustrados ante décadas de injusticia, sometidos a leyes libanesas que les convierten en ciudadanos de segunda, y con el deterioro económico actual, las dos respuestas de los jóvenes palestinos son la emigración o la radicalización. Esta misma dicotomía acecha a los jóvenes refugiados sirios en las zonas libanesas fronterizas. Repudiados por la sociedad libanesa, que teme un asentamiento permanente de 1,15 millones de refugiados sirios (25 por cien de la población total), los jóvenes sirios crecen en un exilio acumulando frustraciones económicas, políticas y sociales. Más allá de sobrevivir a la vida de refugiado, sus opciones son bien el exilio económico bien el regreso a las filas del conflicto sirio.

El grueso de refugiados sirios y palestinos suma 1,5 millones de suníes, un desafío para la composición sectaria de Líbano. En un país donde por ley el presidente ha de ser cristiano, el primer ministro musulmán suní y el portavoz del Parlamento musulmán chií, la comunidad de refugiados (un tercio de la población nacional) corre el riesgo de alterar el frágil reparto sectario del poder: entre un 40 por cien de cristianos y un 60 por cien de musulmanes (mitad chiíes y mitad suníes, según censos oficiales). Al cerrar la política de puertas abiertas a los refugiados sirios, el gobierno libanés intenta desde principios de año regular a los sirios como previamente hiciera con los palestinos, multiplicando las barreras para establecer un asentamiento permanente al tiempo que protege los derechos de su población, reservando a los libaneses hasta 70 profesiones.

Las leyes libanesas han convertido a los refugiados palestinos en ciudadanos de segunda, receptivos a la dialéctica radical del EI

Paralelamente, el temor a un desbordamiento del conflicto sirio que devuelva a Líbano a una violenta guerra civil como la que vivió en 1975-90, ha llevado a los dos bloques políticos, el Movimiento 14 de Marzo de Hariri y el Movimiento 8 de Marzo liderado por Hezbolá, a aliarse en la confección de planes de seguridad. El mayor desafío que sufre hoy esta inusitada alianza –que contra todo pronóstico ha permitido evitar el contagio de la guerra siria– no lo plantean los frentes armados o suníes, sino el mercado económico. En tiempos de crisis, las comunidades de refugiados y los locales compiten por sobrevivir. Una guerra económica que aprovechan en su discurso los yihadistas, en su tradicional explotación del descontento de los grupos suníes con sus regímenes centrales.

La impotencia suní libanesa

Dada la vulnerabilidad histórica de Líbano, la guerra siria es una bomba de relojería. Dos de los tres bastiones suníes, Trípoli y Sidón, han sido expulsados de su injerencia en la guerra siria y tienen que centrarse en los enemigos internos. El tercero, Ersal, se ha convertido en feudo yihadista sirio y puerta de entrada de la guerra a Líbano.

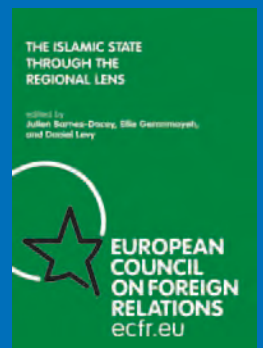
Tras el asesinato de Hariri en 2005, la comunidad suní libanesa quedaba huérfana de líder. La unidad que simbolizaba Hariri recurriendo al poder económico para neutralizar el poder marcial de Hezbolá se derrumbaba. La guerra siria ha logrado unir a los tres bastiones suníes. La participación de los suníes libaneses contra El Asad en territorio sirio ha tocado a su fin con el cierre de las fronteras. Sin embargo, ha abierto la caja de Pandora en territorio libanés, uniendo a los suníes contra el enemigo nacional: Hezbolá y los servicios de inteligencia de las FAL bajo su influencia. La impotencia de los sectores suníes no deja de aumentar, con consecuencias de desestabilización social y armada en el país a medio y largo plazo.

El cúmulo de derrotas ante la superioridad de la milicia chií corre el riesgo de hacer de las nuevas generaciones suníes terreno fértil para el discurso de grupos radicales como el EI. Los jóvenes suníes no buscan el establecimiento de un califato, sino un actor capaz de escalear a quienes les han infringido humillaciones en la preguerra siria, como en 1986, 2005 o 2008, o de posguerra, como los arrestos en Trípoli, el cerco de Ersal o la erradicación del *sheij* El Assir en Sidón. Más aún cuando la legitimidad de Hezbolá se restablece ante la opinión pública libanesa. La milicia-partido chií está en las listas terroristas de Estados Unidos y de la Unión Europea, pero en

Líbano también está en los negocios, en el ejército y en el gobierno. Los cristianos, por un lado, y los suníes de clase alta, por otro, critican a la par que se re confortan de la presencia armada de Hezbolá. Es la única a sus ojos capaz de impedir que los yihadistas del EI y Al Nusra lleguen a Beirut. A ello se suma el temor de Saad Hariri de perder a la comunidad suní libanesa en pro del discurso radical yihadista, lo que le ha llevado a retroceder y aceptar las condiciones de Hezbolá.

Pero el mayor riesgo que supone el EI y Al Qaeda para la comunidad suní libanesa es la radicalización religiosa, dada la naturaleza sectaria de la sociedad. En su avance, los yihadistas se alimentan de las frustraciones de los grupos suníes, ganando adeptos no con el progreso militar por tierra sino por la frustración. En el caso de Líbano, el peso de 1,5 millones de refugiados suníes sirios y palestinos corre el riesgo no solo de agravar la crisis económica sino el frágil statu quo confesional, piedra angular del gobierno libanés.

PUBLICACIONES RECIENTES:



El primer *think tank* paneuropeo dedicado a promover una acción exterior de la UE coherente y efectiva

Pakistán y Arabia Saudí: algo más que aliados

Ana Ballesteros Peiró

En un momento de cambio en las alianzas tradicionales en Oriente Próximo y con la llegada al poder de nuevos líderes en algunos países árabes se están redefiniendo nuevos ejes de aliados en la región. En la actualidad se comprueba la importancia que pueden llegar a tener actores no estatales, la centralidad de las alianzas con países de fuera del área y su papel. El establecimiento de una relación entre aliados como Arabia Saudí y Pakistán, no solo se nutre de objetivos e intereses comunes de tipo económico y geoestratégico, sino de una ideología transnacional y unas conexiones políticas de gran arraigo. Esta ideología transnacional se caracteriza por una identificación con lo que ambos consideran valores comunes, fundamentalmente en relación al papel que el islam debe tener en el gobierno y la legitimidad islámica. Es decir, se trata de una alianza basada en la identidad, en este caso, suní.

El escenario en Oriente Próximo está dominado por el enfrentamiento entre Arabia Saudí e Irán por el liderazgo regional, que algunos califican de guerra fría. En esta lucha por el poder, los dos utilizan el sectarismo e intervienen a través de actores no estatales, en especial allá donde el Estado se ha debilitado. En el caso de Arabia Saudí y Pakistán, el sectarismo es un

Ana Ballesteros Peiró es investigadora del Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán (Opemam) de la Universidad Autónoma de Madrid.

Conexión política, interés económico y, sobre todo, una idea común sobre el papel del islam dan fundamento a una alianza que se ha estrechado con el tiempo. Detrás de todo ello están las armas nucleares de Pakistán, el petróleo de Arabia Saudí y una identidad sectaria suní.

instrumento para establecer una relación patrón-cliente. Sin embargo, no hay que olvidar que el análisis tanto de los acontecimientos como de las alianzas basado en exclusiva en el discurso sectario simplifica la complejidad del escenario político regional.

Pakistán y Arabia Saudí compensan sus debilidades a través de una alianza que se refuerza con el tiempo. Pakistán, con cerca de 190 millones de habitantes y el quinto ejército más grande del mundo, posee un enorme arsenal nuclear y una identidad islámica muy arraigada en su nacionalismo. Arabia Saudí encuentra en Pakistán un aliado cercano fuera de la órbita árabe, que es fuerte militarmente, pero débil económicamente. Por otra parte, no solo no reta la hegemonía regional saudí, sino que la apoya y, además, es dependiente de su ayuda financiera y energética.

Entre Islamabad y Riad

Desde la independencia de Pakistán, en 1947, la alianza con Estados Unidos lo hacía especialmente impopular en buena parte del mundo árabe e islámico. Las negociaciones con Arabia Saudí se remontan a mediados de la década de los cincuenta, pero la entrada de Pakistán en el Pacto de Bagdad en 1955, junto a Turquía, Irán, Irak y Reino Unido, fue denominada tanto por Egipto como por Arabia Saudí como una puñalada en el corazón del

mundo árabe e islámico. El acercamiento entre ambos países crece a partir de la década de los sesenta. La derrota de Pakistán en la guerra contra India en 1965 le llevó a buscar otros aliados, dado que Washington no le respaldó en sus aventuras bélicas ni en sus reclamaciones sobre el territorio de Cachemira, e impuso un embargo, que levantó parcialmente en 1967, tras el viaje a China del general Ayub Khan, en busca del rearme.

El rey Faisal bin Abdelaziz visitó Pakistán en 1966, cuando buscaba apoyo para la formación de la Organización para la Cooperación Islámica (OCI). Sin embargo, Pakistán prefirió mantenerse al margen, dada la mala experiencia tras su ingreso en el Pacto de Bagdad. La postura oficial pakistaní buscaba evitar la implicación en la política de Oriente Próximo y sus complejas alianzas, dada la oposición a la OCI de algunos países musulmanes. Islamabad y Riad firmaron su primer acuerdo de cooperación técnica en materia de defensa en agosto de 1967. El acuerdo facilitaba que militares pakistaníes se desplegaran en territorio saudí para entrenar y formar a los militares saudíes y que estos viajaran a Pakistán para recibir formación en sus cuarteles. Pakistán formalizaba su papel como defensor del reino saudí. Esta alianza se materializó durante la guerra civil de Yemen (1962-70). Arabia Saudí apoyaba la monarquía contra el gobierno rebelde respaldado por Egipto. Algunos de los pilotos que tripularon los cazas de la Fuerza Real Aérea Saudí, que bombardearon posiciones rebeldes en la frontera sur saudí en 1969, eran pakistaníes. Islamabad, a instancias de Riad, también envió personal de las fuerzas de combate aéreo para la guerra árabe-israelí de 1967. No fueron los únicos escenarios en los que se implicó. Hay constancia del envío de tropas a Irak y Jordania, fundamentalmente en forma de instructores militares y desarrollando maniobras conjuntas con sus respectivas fuerzas armadas. El dictador pakistaní Zia ul-Haq (1977-88) fue instructor del ejército jordano entre 1967 y 1970. Zia fue comandante de la segunda división del ejército jordano durante el Septiembre Negro en Jordania.

En la década de los setenta, hasta 15.000 soldados pakistaníes estaban en territorio saudí, un buen número de ellos como fuerzas de combate en la frontera con Jordania e Israel. La pérdida de la mitad del territorio pakistaní tras la guerra que resultó en la independencia de Bangladesh en 1971, cambió el rumbo de la política de Islamabad, haciéndola girar más hacia Oriente Próximo. El primer ministro, Zulfikar Ali Bhutto definía este cambio de política según el islam, un legado cultural, creencias religiosas y pasado histórico compartido por todos los países musulmanes. Bhutto no solo necesitaba legitimar su posición en Pakistán ante la oposición conser-

vadora e islamista, sino que quería acallar las voces que lo tildaban de mal musulmán fuera de sus fronteras. Tenía un discurso socialista, nada religioso en su estilo de vida, era chií, además de estar casado en segundas nupcias con una mujer iraní. La puesta de largo de Pakistán ante el mundo islámico fue la organización de la cumbre islámica de Lahore en 1974, financiada junto al aliado saudí y a la que acudieron 37 países. Pakistán era receptivo al discurso panislamista, mientras que Arabia Saudí reunía aliados contra los nacionalismos árabes.

Una vez más, para contrarrestar las críticas de la oposición islamista, Bhutto invitó en 1976 a los imanes de la mezquita del Profeta en Medina y la mezquita sagrada de La Meca. Pero la cercanía con Irán era aún importante. Bhutto y el sah se reunían entre dos y cuatro veces al año. En esta misma década, Bhutto inició el proyecto nuclear, para lo que recabó ayuda fundamentalmente del gobierno libio de Muamar el Gadafi y el gobierno saudí, este último como principal contribuyente. En agradecimiento por el respaldo recibido, en 1977 Bhutto renombró la ciudad de Lyallpur como Faisalabad, en honor al rey Faisal. El principal símbolo de Islamabad es la mezquita Faisal, financiada por Arabia Saudí, cuya construcción comenzó en 1976 y acabó en 1986.

1979: desarrollo de la política de identidad sectaria

Tras la Revolución Iraní de 1979 y la toma de la mezquita de La Meca a finales del mismo año, Arabia Saudí buscó fortalecer su capacidad militar convencional y neutralizar la influencia del chiísmo revolucionario. En 1980, se estima que había en suelo saudí entre una y dos brigadas (las cifras varían de 5.000 soldados por brigada a 20.000, en dos rotaciones, pudiendo llegar a ser 40.000 soldados) en la base al sur de Tabuk (noroeste, cerca de la frontera jordana). Las maniobras conjuntas estaban dirigidas por 3.000 instructores. A cambio, los saudíes aumentaron la ayuda económica de 200 millones de dólares al año a cerca de 1.000 millones.

La década de los ochenta fue para Pakistán un momento de cambio radical, y en este cambio la contribución saudí fue fundamental. Pakistán llevaba desde el comienzo de la década de los setenta promoviendo el islamismo como herramienta para la construcción de su alianza con el gobierno afgano. Desde la invasión soviética de Afganistán, Pakistán recibió 2.500 millones de dólares en ayuda económica y 1.700 millones en ayuda militar, más las contribuciones de saudíes y emiratíes. Arabia Saudí igualó la contribución estadou-

nidense hacia 1980. El gobierno de Zia ul-Haq acogió la participación de organizaciones saudíes y de otros países del Golfo para la construcción de mezquitas y redes de madrazas no solo a lo largo de la frontera con Afganistán, sino en todo el territorio pakistaní. La formación de los muyahidines fue el proyecto que más acercó a ambos países, especialmente en el terreno ideológico. Zia no dudó en contrarrestar la influencia iraní en Pakistán a través de la promoción del sunismo, construyendo grandes mezquitas y bazares allá donde la población chií era numerosa. Fue Zia también quien contribuyó a cambiar el carácter del ejército pakistaní, al incluir las manifestaciones de religiosidad como mérito para la promoción. En 1986, Pakistán tenía más de 40.000 militares sirviendo fuera, la mayoría en territorio saudí, entre instructores, técnicos y soldados. No obstante, y aunque el presidente pakistaní era de ideología islamista afín al wahabismo, el requerimiento por parte de Arabia Saudí de que no se desplegaran soldados chiíes le llevó a retirar la mayor parte de las tropas pakistaníes en 1988.

Cuando los talibanes aparecen en el panorama afgano, tanto Riad como Islamabad apoyaron su liderazgo y vieron en ellos al gobierno suní que podía defender sus respectivos intereses. No en vano, Pakistán, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos (EAU) fueron los únicos países en reconocer el gobierno talibán de Kabul. Posteriormente, la alianza del gobierno talibán con Al Qaeda y su negativa a entregar a Osama bin Laden, le llevó a perder el apoyo de los saudíes, no así de Pakistán.

Tras la invasión de Kuwait por parte de Irak, el rey Fahd visitó Pakistán para pedir apoyo. No se hizo público el número de tropas desplegadas en la fuerza internacional para defender la frontera saudí con Irak. El mayor temor de Pakistán era que dicha intervención radicalizara su minoría chií. Benazir Bhutto acababa de ser destituida como presidenta y se preparaban elecciones en un momento de crecientes enfrentamientos sectarios y gran violencia política.

El gobierno de Nawaz Sharif: el más cercano al reino saudí

Las relaciones entre ambos países pasaron por un mal momento durante el gobierno del Partido del Pueblo de Pakistán (PPP), de 2008 a 2013. El gobierno del PPP llegó cuando los saudíes temían la creación de un eje chií entre Teherán, Bagdad e Islamabad. Asif Ali Zardari tampoco refrenó su deseo de mejorar la relación con Irán, al intentar revivir el proyecto anteriormente conocido como IPI (la construcción de un gasoducto a través de

Irán-Pakistán-India) del que India pronto se descolgó, para pasar a ser Irán-Pakistán. Zardari firmó en marzo de 2013 con su homólogo iraní la construcción a lo largo de 965 kilómetros. Tanto EE UU como Arabia Saudí se habían opuesto al proyecto. Para el gobierno de Zardari era importante no ser enteramente dependiente de la ayuda energética y económica del Golfo. La mayoría absoluta de Nawaz Sharif en las elecciones de 2013 facilitaron que el proyecto fuera definitivamente enterrado.

Según uno de los cables revelados por WikiLeaks, la familia real saudí denominaba a Zardari “la cabeza podrida que estaba infectando a todo el cuerpo”. Riad no disimuló su disgusto por el gobierno de un chií, al que consideraban corrupto y decadente, mientras que el ejército era su “caballo ganador”. También se conoció que el rey consideraba Arabia Saudí no un mero observador de los acontecimientos de Pakistán, sino partícipe de ellos. El príncipe Al-Waleed bin Talal dijo de Sharif: “es el hombre de Arabia Saudí en Pakistán”. Sharif personifica los valores y la clase con la que la familia real saudí se identifica. Los Sharif se beneficiaron económicamente durante la dictadura de Zia, que contribuyó a construir una clase industrial urbana, punyabí, suní y conservadora, frente a la liderada por el PPP, terrateniente, sindí, chií, con un discurso socialista y reminiscencias sufíes. Durante las dos legislaturas en las que Sharif fue primer ministro (1990-93 y 1997-99), la fortuna familiar creció exponencialmente. No hay que olvidar que Riad es uno de los principales financiadores del partido de Sharif, la Liga Musulmana de Pakistán.

Arabia Saudí tampoco ocultó su buena sintonía con Pervez Musharraf. Cuando dio el golpe de Estado en 1999, el príncipe Abdullah fue clave en la negociación para que Sharif no fuera ejecutado y acabara exiliado en Riad (1999-2007). Allí, el ex primer ministro pakistaní tuvo tratamiento de persona destacada. Sharif fue el primer ciudadano extranjero en recibir un crédito del gobierno saudí en 2005 para hacer negocios. Estableció una planta acerera en un terreno de 30.000 metros cuadrados en Yedda (Ittefaq Foundries), perteneciente al conglomerado familiar del grupo Ittefaq. El hijo

El rumor recurrente que sitúa a Arabia Saudí bajo el paraguas nuclear pakistaní se ha avivado con la confirmación del programa nuclear iraní

mayor de Nawaz, Hussain Nawaz, que vive en Arabia Saudí, se ocupa de los negocios familiares.

Existe un rumor recurrente que sitúa Arabia Saudí bajo el paraguas nuclear pakistaní. Con la confirmación del programa iraní, los rumores se han avivado. Después de las cinco pruebas nucleares en Chagai (Baluchistán) el 28 de mayo de 1998, una delegación saudí liderada por el ministro de Defensa, el príncipe Sultán visitó las instalaciones nucleares guiada por el padre de la bomba nuclear, Abdul Qadir Khan. Mientras que EE UU, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y varios países impusieron sanciones, el gobierno saudí atenuó el impacto con un regalo de 50.000 barriles de petróleo diarios. Hay comentarios de la familia real saudí afirmando que si Irán adquiere armamento nuclear, Arabia Saudí hará lo mismo. Dado que Riad ha firmado el Tratado de No Proliferación (TNP), la fórmula para adquirir armamento ha de ser poco convencional. Desde el triunfo de Nawaz Sharif, Pakistán está recibiendo visitas de dignatarios saudíes al más alto nivel, tanto para tratar los problemas de seguridad del reino, como para trazar estrategias conjuntas de defensa. No hay pruebas, solo especulaciones que, no obstante, resultan verosímiles.

Pakistán en Oriente Próximo de la mano saudí

Dados los realineamientos regionales y la inestabilidad surgida a raíz de los movimientos del “despertar árabe”, Arabia Saudí ha renovado su oposición a Irán. El cambio en la aproximación del gobierno de EE UU en relación al programa nuclear iraní es considerado una traición por parte de Riad. Arabia Saudí era consciente de que el derrocamiento del régimen de Saddam Husein en Irak podía resultar en un gobierno chií. El último episodio en el desencuentro entre Washington y Riad ha sido la negativa del primero en intervenir contra el gobierno de Bachar el Asad en Siria, especialmente tras el ataque con armas químicas en un suburbio de Damasco en agosto de 2013. Cuando Riad confirma que EE UU no actuará contra El Asad, se emplea en unificar a las fuerzas rebeldes bajo el “Ejército del Islam” (suní), liderado por el hijo de un clérigo salafista que vive en Arabia Saudí.

El secretario general del Consejo Nacional de Seguridad (agencia de política exterior, seguridad e inteligencia saudí), el príncipe Bandar bin Sultan, encargado de financiar, armar y entrenar a rebeldes sirios, visitó Pakistán en febrero de 2014, mientras que su hermano Salman, subdirector de la agencia, visitaba las fábricas de armamento en Kamra (Punjab). En relación

a los rebeldes sirios, Pakistán, según diferentes estimaciones, aporta instructores de dos brigadas rebeldes (los números fluctúan según las fuentes). Pero al participar, Pakistán traiciona su postura inicial de neutralidad en Siria. El Parlamento ha pedido en reiteradas ocasiones explicaciones al primer ministro Sharif, que ha negado constantemente su implicación.

Las tribus de Arabia Saudí del norte están relacionadas con las tribus suníes del oeste de Irak y el este de Siria, donde el autoproclamado Estado Islámico (EI), junto a insurgentes tribales resentidos con el gobierno de Bagdad de Nuri al Maliki, se acercaron peligrosamente a la frontera saudí. Arabia Saudí considera que el gobierno chií de Irak había retirado sus tropas de la provincia de Anbar como forma de presionar al reino. Ante la posibilidad de encontrarse con el peligro del EI a sus puertas, el gobierno saudí solicitó apoyo a otros Estados suníes bajo su órbita, particularmente, Pakistán. Varios medios publicaron que Arabia Saudí envió 30.000 soldados a la frontera iraquí en julio de 2014. En la actualidad, la guardia personal de la familia real saudí, así como sus médicos privados, son pakistaníes. En cuanto a la defensa del reino, ha enviado soldados a dos frentes: la frontera norte con Irak y la sur, con Yemen. En el norte, hay instructores en la base aérea Faisal, en el noroeste (frontera Jordania-Irak), cerca de la ciudad de Tabuk donde se ubican los cazas F-15 C/D. En el noreste (frontera Irak-Kuwait), la ciudad militar del rey Jalid, al sur de la ciudad Hafr al-Batin, donde se almacenan helicópteros de combate.

Recientemente, se ha reabierto el frente sur, con la creciente inestabilidad en Yemen y el ascenso de los rebeldes huthis, que han forzado la dimisión del presidente yemení tras la toma de Saná en enero de 2015. Pakistán reconoce el envío de tropas adicionales. El gobierno de Riad ha construido fortificaciones a lo largo de la frontera con Yemen con la ayuda de ingenieros pakistaníes. La frontera además ha sido reforzada con un triple vallado y sensores de movimiento, con el objetivo de mantener a raya a los huthis, a contrabandistas y a miembros de Al Qaeda. Los huthis son los mismos que llevaron a cabo incursiones en territorio saudí durante la guerra civil yemení. Pertenecen a la secta chií zaidí, lo que, a ojos del gobierno saudí, les hace cómplices de Irán.

La guardia personal de la familia real saudí, así como sus médicos, son pakistaníes

Intervención en Bahréin

Uno de los conflictos en la región del Golfo en el que Pakistán colabora a instancias del reino saudí es en Bahréin. Arabia Saudí vigila de cerca a su vecino, con la prioridad de mantener a la familia real bahreiní en el poder y evitar un contagio de las protestas a su territorio. La propia población chií saudí vive en el territorio vecino en la provincia oriental del país, donde también están las mayores reservas de crudo. Las protestas de la minoría chií de Bahréin agravaban las que sucedían en la provincia oriental en 2011. Aunque la población suní también salía a la calle para reclamar mayores derechos, se les sumó la voz del clérigo chií Nimr Baqr al Nimr, que denunció en sus sermones la represión de las protestas en Bahréin y la falta de derechos de la población saudí, tanto suní como chií. El gobierno identificó a al-Nimr como líder de las protestas, bajo sospecha de estar respaldado por Irán, a quien juzgó y condenó a muerte. Irán intervino amenazando con represalias. Aunque la condena fue anulada, las protestas no cesaron durante todo el año, agravadas por los acontecimientos en Bahréin.

Los temores saudíes no están del todo infundados. Irán tiene historial de contactos culturales y religiosos con sectores de la población chií saudí. Hizbullah al Hiyaz (el Hezbolá saudí) o la Organización para la Revolución Islámica en la Península Arábiga, son dos de los grupos que recibieron en el pasado ayuda iraní. Arabia Saudí teme que grupos similares sean utilizados por su vecino persa para llevar a cabo atentados y derrocar al gobierno.

El número de pakistaníes residentes en Bahréin, principalmente en la capital Manama, está entre 45.000 y 60.000 habitantes. La población total apenas supera 1.200.000 habitantes (se estima que el 50 por cien es de origen extranjero, sobre todo musulmanes del sur y el sureste asiático). La promesa de adquirir la nacionalidad y sueldos por encima de los que pueden conseguir en Pakistán motiva a muchos de estos emigrantes a servir en el extranjero. Además, la gran cantidad de pakistaníes en el Golfo supone una fuente de ingresos importante a través del envío de remesas. Solo en Arabia Saudí, hay millón y medio de pakistaníes.

La familia real bahreiní es suní, mientras que la población predominante es chií (70 por cien). Durante las revueltas en marzo y abril de 2011, se sucedieron las visitas de dirigentes bahreiníes y saudíes a Pakistán. Entre el 7 y 14 de marzo, una delegación de la guardia nacional de Bahréin visitaba Pakistán. El rey de Bahréin, Hamad bin Isa al Jalifa, junto a una delegación,

visitó Islamabad durante tres días a mediados de marzo. Allí, comunicó al gobierno pakistaní sus temores de intromisión iraní en las movilizaciones. El ministro de Asuntos Exteriores, Sheij Jalid al Jalifa, también viajó a Pakistán a principios de abril de 2011. Posteriormente, el príncipe Bandar bin Sultan viajó a Pakistán para solicitar el envío de militares a Bahréin.

El reclutamiento de soldados retirados y civiles a Bahréin comenzó en marzo, canalizado a través de la agencia de reclutamiento exterior (Overseas Employment Services) y los servicios de seguridad Fauji de la Fundación Fauji (“soldado”), dependiente del ejército de Pakistán. Los periódicos pakistaníes publicaron anuncios en urdu en los que ofrecían pagas superiores a las recibidas en Pakistán y la posibilidad de adquirir la nacionalidad bahreiní. Los anuncios aparecieron en periódicos del Punjab, Baluchistán, Karachi y

**Más de la mitad de los
12.000 soldados de las
fuerzas armadas de
Bahréin son extranjeros,
en su mayoría pakistaníes**

Jyber-Pajtunjwa, en un intento por ampliar la presencia de pakistaníes de distinto origen, dado que la mayor parte de los guardias ya presentes en Bahréin son baluchíes. En las condiciones del reclutamiento, además de valorar experiencia policial o militar previa como instructores, antidisturbios o policía militar (para exmilitares) y guardias de seguridad (civiles), se pedía que no fueran chiíes. Otros puestos demandados eran cocineros y camareros para las tropas.

La Guardia Nacional de Bahréin, que es la fuerza militar bajo el ministerio del Interior al frente de la represión de las manifestaciones, está compuesta por 2.000 hombres, en su mayoría de origen pakistaní, yemení, jordano, sirio y saudí. A estas cifras hay que sumar los cerca de 2.500 hombres reclutados en Pakistán desde 2011 a raíz de las revueltas. Las fuerzas armadas están compuestas por 12.000 soldados, más de la mitad extranjeros, en su mayoría, pakistaníes. La población chií-bahreiní no puede formar parte de las fuerzas de seguridad del Estado. La actuación de estas fuerzas suele resultar especialmente conflictiva para la población emigrante pakistaní, que ya ha sido víctima de las represalias de la población local. Los policías pakistaníes son enviados a primera línea de las protestas, siendo reprimidos violentamente. La población local recrimina a los pakistaníes de la Guardia Nacional que no hablen ni el dialecto local ni árabe clásico.

Teherán ha protestado en repetidas ocasiones por lo que considera el envío de mercenarios a reprimir protestas legítimas a instancias de Arabia Saudí. El embajador de Pakistán en Irán, Aman Rashid, recibió las protestas del gobierno de Teherán, y fue advertido de represalias si el gobierno pakistaní persistía en su participación. Este ignoró las advertencias. La concesión de nacionalidad a los reclutas también es considerada una forma de cambiar la composición sectaria del país. Arabia Saudí está convencido de la implicación de Irán en las revueltas en Bahréin. Los reclutamientos en Pakistán se reanudaron en 2014.

Es indudable que el papel de Pakistán en Oriente Próximo le distancia cada vez más de sus vecinos. La República Islámica de Irán identifica su posicionamiento junto al “bando enemigo”, algo que solo puede complicar más la política interna en Pakistán, que está demostrando no tener capacidad ni voluntad de acabar con los atentados contra su minoría chií (15-20 por cien). La violencia sectaria en Pakistán se ha saldado con cerca de 5.000 muertos y el doble de heridos desde 1989, cuando los atentados comenzaron a dirigirse no solo contra la presencia de iraníes o líderes religiosos chiíes, sino hacia toda la comunidad chií pakistaní. Los ataques contra mezquitas chiíes, sus procesiones, autobuses de peregrinos que regresan de lugares sagrados del chiísmo o la voluntad de exterminio de comunidades enteras, como la *hazara* de Quetta a manos de grupos sectarios (fundamentalmente el Lashkar-e-Jhangvi), están contribuyendo a que Irán se sitúe contra Pakistán en un momento de máxima tensión en la zona.

Tras la retirada de tropas de Afganistán y la buena relación que India e Irán mantienen con el gobierno afgano, Pakistán se está aislando de sus vecinos en un momento en el que, además, tiene abierto un frente en la lucha contra los talibanes pakistaníes en algunas de sus agencias tribales. Finalmente, las escaramuzas en la frontera con India y las declaraciones que llaman a reavivar la lucha por Cachemira llevan a cuestionar qué tipo de política está aplicando Islamabad y hasta cuándo podrá el país mantener tantos frentes abiertos.



EMPLEAMOS TU TALENTO

SOMOS CEU

POSGRADOS INTERNACIONALES BILINGÜES

Máster en Unión Europea

Máster en Relaciones Internacionales

Máster en Derecho Internacional de los Negocios

El CEU es una obra de la Asociación Católica de Propagandistas.

Innovar significa renovarse. Por eso el [Instituto de Estudios Europeos](#), Centro de investigación de la Universidad CEU San Pablo, especializado en la integración europea y otros aspectos de las relaciones internacionales y designado por la Comisión Europea como [Centro de Excelencia Jean Monnet](#), ofrece sus posgrados internacionales a todos aquellos que quieren afrontar su futuro con un valor diferencial porque saben que con una buena preparación podrán alcanzar sus metas.

Conoce las prácticas, los profesores y las opiniones de antiguos alumnos en www.idee.ceu.es

- Oficiales (Posgrado Oficial. RD 1393/2007, de 29 de octubre).
- Pioneros en España.
- Orientación profesional.
- Alumnos procedentes hasta la fecha de más de 30 países.
- Profesores internacionales.

www.idee.ceu.es • 91 514 04 22

 Instituto Universitario de Estudios Europeos CEU

 IDEE_USPCEU



CEU

*Instituto Universitario
de Estudios Europeos*
Universidad San Pablo

Impresiones de un viaje a Rusia

Jochen Thies

Durante mi estancia en Rusia a principios de 2015, el tiempo parece detenerse mientras la canciller Angela Merkel y el presidente François Hollande se enfrentan en Moscú al presidente Vladimir Putin por un futuro en paz para Europa. Nadie ignora lo que ocurrió hace apenas 100 años en este país del tamaño de un continente, con 11 zonas horarias diferentes entre el mar Báltico y el océano Pacífico. Una revolución barrió de su suelo a la élite aristocrática y costó la vida a muchos de los que hasta entonces habían gozado de enormes privilegios. En las siguientes dos décadas y media, el estalinismo y la voluntad desesperada de defenderse de la Alemania de Hitler siguieron cobrándose cantidades inconcebibles de vidas, sacrificadas por millones.

Cuando visité Moscú en la década de los ochenta, un prominente personaje de la diplomacia y la política de entonces me contaba que en la Segunda Guerra mundial había perdido a 27 miembros de su familia. Desde ese punto de vista, y considerando la historia del país, Rusia lleva una fase sorprendentemente larga –25 años– caracterizada en gran medida por el auge y el bienestar económicos. ¿Hacia dónde se dirigirá ahora bajo el mandato de Putin, en la

Jochen Thies, periodista y escritor, ha sido redactor jefe de *Europa-Archive/Internationale Politik*, revista de relaciones internacionales, y director de Internacional de la DeutschlandRadio de Berlín. Es miembro del consejo asesor de POLÍTICA EXTERIOR desde 1989. Traducción de Newsclips.

Occidente no acaba de entender el drástico proceso de transformación que Rusia ha vivido en los últimos 15 años. El propósito de Putin de devolver al país el orgullo en su historia ha activado un revisionismo que deja enormes desigualdades en riqueza y poder.

presidencia desde 2000, salvo por una interrupción en la que ejerció de primer ministro? ¿Abandonará el intento de acercarse a las democracias occidentales, intercambiar petróleo y gas por valiosos productos de importación, ampliar los intercambios comerciales con la Unión Europea y compartir experiencias con Occidente que siguió al colapso y el desmembramiento de la Unión Soviética? La anexión ilegal de Crimea a la Federación Rusa, la desestabilización intencionada de Ucrania y su ocupación parcial, ¿conducen a una nueva guerra fría? Algunos puntos aún parecen abiertos, e incluso puede que sea posible dar marcha atrás; pero la guerra en el este de Ucrania –una región en la que la industria está obsoleta y cuyos productos, sin ninguna posibilidad en el mercado mundial, solo encuentran compradores en Rusia– está cambiando a un país de 50 millones de habitantes, mitad occidental y mitad oriental, así como sus relaciones con su gigantesco vecino del Este.

En el aeropuerto de San Petersburgo se oye anunciar en inglés por megafonía que el vuelo de Kiev tiene retraso. La demora aumenta a cada aviso. Al final, comunican que el vuelo se ha cancelado. Así que, lleno de esperanza y con la sensación de estar viviendo un momento especial, me encuentro viajando en el Sapsan, el tren de alta velocidad que une Moscú con San Petersburgo, a través de un paisaje cubierto por una espesa capa de nieve. Pasamos por ciudades que no lo parecen a juzgar por la escasa altura de los edificios que rodean la estación, corremos veloces junto a colonias de dachas

con sus casas de madera de vivos colores, en las que algunas chimeneas despiden nubes de humo como en un cuento de invierno. Allí, a no más de 200 kilómetros de sus pequeños pisos de la ciudad, los moscovitas pasan el fin de semana, y, entre la primavera y el otoño, cultivan verduras en pequeños huertos. Pero, principalmente, el tren –fabricado por la empresa Siemens– pasa horas y horas atravesando bosques interminables.

En los últimos 20 años, Rusia, y, sobre todo, el área metropolitana de Moscú, han experimentado profundos cambios. En mi primera visita al país a mediados de la década de los ochenta, cuando la URSS se acercaba a su fin y Mijail Gorbachov intentaba remodelar un sistema que no era reformable, Moscú era una ciudad gris. En la periferia, lejos del mar de edificios, había un monumento que conmemoraba el anillo defensivo que formó el Ejército Rojo para proteger la capital del avance de la Wehrmacht de Hitler. En las carreteras que conducían a Moscú, el tráfico era escaso y prácticamente no se veían vehículos privados. Los camiones que lanzaban enormes nubes contaminantes entorpecían la marcha por la calzada adoquinada salpicada de baches. De repente, en mi siguiente visita, entre el aeropuerto y el centro de la ciudad hormigúeaban multitud de automóviles medianos, viejos y abollados, que constituían la primera manifestación de una gran oleada de motorización privada. Al mismo tiempo, a principios de la década de los noventa, en época de Boris Yeltsin, la brecha en el espacio urbano se había cerrado. Supermercados, concesionarios de automóviles y edificios de oficinas habían pasado como un rodillo por encima del monumento en memoria de la batalla librada a las puertas de Moscú el invierno de 1941-42. El recuerdo de esa época –al igual que, en general, la historia de la defensa frente a peligrosos invasores, empezando por los polacos, seguidos por los suecos y, más tarde, por Napoleón– sigue vivo, como muestra el monumento que se levanta en San Petersburgo al final de un gran bulevar camino del aeropuerto. En el centro, aparece roto el cerco que el ejército alemán puso a la ciudad nada más empezar la guerra en Rusia. Por orden de Hitler, San Petersburgo debía ser arrasada hasta los cimientos. En este frente intervino también la División Azul española. En enero de 1944, después de 1.000 interminables días, el Ejército Rojo rompió el asedio.

Actualmente, Moscú es una metrópoli al estilo estadounidense con tres circunvalaciones, líneas ferroviarias y autopistas que serpentean desde la periferia con sus altos edificios hasta el centro de esta ciudad de 12 millones de habitantes. A pesar de todo, en sus calles suele reinar la calma. Mucha gente se desplaza en coches con un solo ocupante y se niega a utilizar los



Miembros de la Iglesia Ortodoxa celebran en la avenida Nevsky el 301° aniversario del monasterio de san Alexander Nevsky (San Petersburgo, 12 de septiembre de 2014). GETTY

espaciosos vagones del metro, cuyas ostentosas estaciones, construidas en las profundidades de la tierra en época de Stalin, recuerdan los años en los que muchos creían que el socialismo representaba la realización de los sueños de la humanidad.

El aeropuerto internacional de Domodedovo, situado a 35 kilómetros del centro, deslumbra por una arquitectura que uno esperaría encontrarse en ciudades como Barcelona o Bilbao. En apariencia, en dos décadas Rusia se ha incorporado a Occidente, se ha puesto a su nivel. Pero basta circular unos minutos por la ciudad para que el visitante salga de su error. En las calles de Rusia reina la ley del más fuerte. El conductor del 4x4 con cristales ahumados deja sitio gustosamente a los vehículos que se agolpan en el cruce desde la calle lateral. Mientras doy un paseo, unos metros más adelante un lujoso todo-terreno sale de un garaje lanzándose a la calle a toda velocidad. Más tarde alguien me dirá que normalmente se trata de chechenos o de mafiosos. Después, en un breve tramo de carretera presencio media docena de accidentes que provocan atascos de varios kilómetros. Los rusos conducen deprisa y son bastante imprudentes.

De vez en cuando, la policía, equipada con porras, echa una mirada a los coches caros que aparcen donde no deben, pero la mayor parte de las veces hace la vista gorda. El paisaje urbano moscovita está poblado de individuos con uniformes de todas clases y colores. Los soldados llevan abrigo cortos verdes y se protegen del frío con gorros de piel y capuchas con ribetes también de piel. Los trabajadores que retiran los restos de nieve de la Plaza Roja llevan trajes

térmicos recién estrenados. A pesar de la cantidad de maquinaria y de personal empleados, las calles de Moscú están en un sorprendente mal estado. Por la mañana, la avenida Nevski de San Petersburgo es una auténtica pista de patinaje. La gente avanza con precaución, siempre pendiente de los coches que levantan verdaderas olas cuando pasan rugiendo sobre los pequeños pero relativamente profundos charcos que se forman a lo largo de la acera porque, cuando la nieve se funde, el agua se queda estancada. Otra dificultad es conservar la orientación en las grandes ciudades. En San Petersburgo, fundada por Pedro el Grande hace 300 años, es relativamente sencillo gracias a sus avenidas y a sus canales rectilíneos, pero en la desconfiada Moscú ocurre todo lo contrario. Allí todo está escrito en cirílico, y por la calle y en el metro se encuentra a muy pocas personas que entiendan inglés.

Por otra parte, en San Petersburgo, la presencia de las fuerzas de seguridad del Estado es mucho menor que en Moscú, lo cual no deja de sorprender. Los síntomas de la crisis –una consecuencia más de la dramática caída del rublo en los últimos meses– no son evidentes o, en todo caso, no a primera vista. No obstante, llama la atención que, en general, los transeúntes tengan una expresión seria y rara vez sonrían. Los únicos alegres son los niños a los que sus padres y sus abuelas compran golosinas en los puestos del mercadillo de Navidad que aún quedan en la Plaza Roja. En el centro de las ciudades la gente no suele llevar bolsas con sus compras, pero, en general, va bien vestida y abrigada y, al fin y al cabo, aún queda mucho para que acabe el día. Las tiendas abren hasta las 10 de la noche, y el supermercado que hay al lado de mi hotel en San Petersburgo, casi hasta medianoche.

Una sociedad dividida

No cabe la menor duda de que la sociedad rusa es una sociedad extremadamente dividida. Igual que en la antigua República Democrática Alemana, quienes hacia 1990 rondaban los 50 años parecen ser los perdedores del brutal proceso de transformación con los rasgos de un capitalismo incipiente. Una guía turística habla con entusiasmo de los viejos tiempos en los que todo estaba regulado, cuando el alquiler costaba solo un par de kopeks y el todopoderoso Estado se ocupaba de todo. Algo fundamental, dice, era “que todos éramos iguales”. En la época comunista las jubilaciones no eran inferiores a los salarios. Se daba por supuesto que los mayores tenían que ayudar a los jóvenes. Ahora también lo hacen, pero los medios son escasos. Actualmente, para esta mujer y para su marido, también jubilado, cada día es una lucha por la supervi-

vencia. Hay que pagar el alquiler del piso de 50 metros cuadrados; el agua y la calefacción son aparte, y sus precios suben, lo cual es especialmente duro para la gente mayor, que tiene que costear de su propio bolsillo las medicinas, que son caras. Y todo con una jubilación media de 12.000 rublos al año. Mi impresión es que, en realidad, se necesitaría el doble, como mínimo.

Desde agosto de 2014, la divisa nacional ha sufrido una dramática pérdida de valor que supone un 50 por cien con respecto al dólar. Hasta ahora, Rusia no era ni mucho menos un país barato para los turistas. Actualmente es posible comer de maravilla en un restaurante por una cantidad irrisoria, ya que 80 rublos equivalen a poco más de un euro. Los 50 rublos que cuesta el billete del metro dan una idea de la situación en la que se encuentran el poder adquisitivo y el bolsillo del ciudadano medio.

Está claro que los jubilados, al igual que muchos otros, solo logran salir adelante en su lucha por la supervivencia en Moscú porque tienen varios empleos o familiares en el extranjero. Después de mi vuelo de vuelta, en el control de pasaportes de Berlín muchos pasajeros que en la sala de espera de San Petersburgo hablaban ruso muestran un pasaporte alemán. Desde 1990, tras la revolución pacífica en Europa del Este, Rusia ha perdido gran parte de su población. Muchos jóvenes de ambos sexos se marcharon a Estados Unidos, más de un millón se fue a Israel, y varios millares se trasladaron a Alemania. Hoy día vuelve a existir la colonia rusa que había en Berlín antes de la Segunda Guerra mundial. Toda una calle del prestigioso barrio de Charlottenburg está dominada por los exiliados rusos. Muchos negocios tienen colaboradores que hablan ruso.

Hace algunos años, la gerente de una tienda de moda contaba que las señoras acomodadas llegaban temprano en avión desde Moscú. En el bolso llevaban revistas de moda en las que habían marcado con una cruz el modelo que querían comprar. Desde entonces, las cosas han cambiado. El lujo se ha instalado en Moscú y en San Petersburgo. Con sus 4,8 millones de habitantes, la metrópoli báltica –que también se ha llamado Leningrado y Petrogrado– es la segunda ciudad más grande de Rusia. Su competencia con Moscú es evidente. Las galerías GUM se han convertido en un emporio dedicado exclu-

**En Rusia los hombres
beben literalmente
hasta caer muertos:
uno de cada cuatro
muere antes de
cumplir los 55 años**

sivamente a la moda. En los años ochenta, en lo que entonces era un establecimiento decadente, vi a mujeres llorar porque, después de horas haciendo cola, la persona que estaba justo delante de ellas había comprado las últimas prendas de ropa. Ahora los escaparates están repletos de vistosos adhesivos con la palabra “rebajas”, pero dado que los zapatos, los abrigos, los vestidos y los trajes no tienen puestos los precios, lo mejor es contentarse con mirarlos. Las tiendas están vacías, lo cual puede ser un indicio de la incipiente crisis económica desencadenada por Putin con su radical cambio de rumbo. Muchas de las personas con las que he hablado dicen que algunos restaurantes ya han introducido cambios en sus cartas, y que la gente nota que los precios están subiendo. En los últimos seis meses, la producción de vodka, un artículo de exportación con una gran demanda, ha descendido un 50 por cien, lo cual no quiere decir que los rusos beban menos. La destilación y la venta clandestina están en auge.

En un lateral de las galerías paran los todoterrenos de los que bajan mujeres pertrechadas con tacones altos y ropa de las marcas más prohibitivas. No obstante, en Moscú, los ricos no son los únicos que visten la moda de los diseñadores más caros de Francia e Italia. Todas las mujeres rusas aspiran a estar bellas y elegantes, y todas están dispuestas a dar cualquier cosa por causar buena impresión. Siguen andando a pasitos con sus zapatos de tacón a través de la nieve medio deshecha debido a los inusualmente suaves cero grados de temperatura. Camino arriba y abajo por ese fragmento de París que son los pasajes comerciales contruidos poco antes de la Primera Guerra mundial y restaurados en los últimos años.

Delante de la tumba del Soldado Desconocido, situada junto al muro del Kremlin y cuya llama eterna custodia el regimiento presidencial, la gente se hace fotos y envía *selfies* a sus amigos antes de ir a tomar un café o un té a un centro comercial cercano con varios pisos subterráneos. Los hombres contemplan a los soldados marchar a paso marcial con los nuevos uniformes que recuerdan a los de los marines estadounidenses. Salvo excepciones, tienen un aspecto bastante descuidado y una actitud machista. Las mujeres desempeñan un papel importante en la vida profesional, pero no en la política. Si las apariencias no engañan, las mujeres de Europa occidental son considerablemente más independientes. Entre los hombres se ven muy pocos rostros interesantes, a diferencia de lo que ocurre con las mujeres.

En los restaurantes y en las cervecerías a la moda que sirven bebidas de todo el mundo, se pueden ver parejas o grupos de chicos consumiendo grandes cantidades de alcohol. Al parecer, las campañas contra el alcohol del pasado

han sido poco eficaces. En Rusia, los hombres beben literalmente hasta caer muertos: mientras que en Reino Unido solo uno de cada 14 hombres fallece antes de cumplir los 55 años, en Rusia es uno de cada cuatro. En los últimos 25 años, la esperanza de vida de los rusos se ha acortado ostensiblemente.

¿Cómo se explica el lujo de las tiendas de Moscú y San Petersburgo, o la desbordante oferta de sus supermercados y mercados que nada tiene que envidiar a la de los establecimientos de Madrid o Berlín? No hace falta darle muchas vueltas. La causa no son solo las mujeres y las amistades de los legendarios oligarcas, que durante la pausa del mediodía llenan los restaurantes y los bares de los nuevos hoteles de cinco estrellas, sino también una clase media extraordinariamente bien remunerada surgida después de la catastrófica época de Yeltsin. En torno a 1998 la sociedad rusa estuvo al borde del colapso. Nada funcionaba, los salarios podían tardar hasta nueve meses en llegar, la gente pasaba hambre. Recuerdo que en esa época estuve en Moscú. La delegación alemana dio una recepción en un hotel y los huéspedes rusos apenas pudieron esperar a que terminasen los discursos de bienvenida para precipitarse sobre el frugal bufé.

Esta vez, un elegante joven que trabaja para una empresa escandinava y posee un máster de la London School of Economics, me informa de que tiene bastantes amigos que ganan 8.000 euros netos. Si a eso se le añaden los 5.000 euros del salario de la pareja, la novia o la esposa, efectivamente, no hay por qué apretarse el cinturón. En la última década, esta generación de apenas 30 años ha viajado por todo el mundo. Mi interlocutor, a quien he abordado en el andén del metro para que me ayude a aclararme con el plano, me habla de viajes de fin de semana a Londres, París y Dubai. Le son familiares los nombres de los mejores restaurantes de la Costa Azul y ha estado en Nueva York y en Chicago. En estos momentos se siente especialmente afortunado, porque la empresa para la que trabaja le paga en dólares, así que, de la noche a la mañana, su salario se ha duplicado.

Unos pocos están muy abajo, la mayoría sigue inmersa en el gris de la época socialista y, mucho más arriba, se encuentra la clase media, que en términos porcentuales no es demasiado numerosa, pero que en números absolutos

**Unos pocos están muy
abajo, la mayoría sigue
inmersa en el gris de la
época socialista, y mucho
más arriba está una clase
media poco numerosa**

supone un factor influyente en las dos grandes urbes. Ni que decir tiene que está bien informada y que utiliza el iPhone y la tableta con la misma naturalidad que los jóvenes occidentales de su misma edad. La propaganda del Estado no es para ellos. Viendo el telediario en la habitación del hotel, no hace falta saber ruso para darse cuenta de hasta qué punto la propaganda estatal en relación con el conflicto en Ucrania, que se instila cada día en la gente, es espantosa y manipuladora. Para mi sorpresa, en el vestíbulo del gran hotel de las afueras de Moscú en el que vuelvo a encontrarme con el joven del metro para cenar, hay un periódico muy crítico con el conflicto y con la situación del país en lo que respecta a política interior y económica. “Pero, ¿quién lee este periódico?”, publicado por una empresa de medios de comunicación escandinava, replica algo resignado mi interlocutor. No se hace ilusiones respecto al nivel de información de la sociedad rusa, a la que, en la situación actual, considera sumamente vulnerable a todo tipo de propaganda. Quienes desean estar informados –es decir, los jóvenes triunfadores en torno a los 30 años– utilizan Internet. Mientras la Red funcione, tienen la esperanza de que las cosas se mantengan medianamente estables en Rusia. Alguien comenta que si Putin la interviniese, habría llegado el momento de pensar en marcharse.

Da la impresión de que los hombres jóvenes se benefician más del momento de auge del país que sus compañeras mujeres. En los restaurantes de lujo es frecuente ver a muchachas trabajando de camareras. Muchas tienen un título universitario o están a punto de obtenerlo, pero no encuentran un empleo a la altura. Es la consecuencia de décadas durante las cuales Rusia se ha dedicado a vender sus recursos naturales, pero no ha creado puestos de trabajo para personas altamente cualificadas.

El orgullo nacional y la Iglesia

A lo largo de todo el viaje salta a la vista la intención de Putin de devolver a su país el orgullo y la historia restaurando edificios o, por ejemplo, reviviendo el culto a los cosacos. La Iglesia, que vuelve a desempeñar un papel importante en la vida pública, es la que más se ha beneficiado de esta tendencia. Se le han restituido numerosos templos y en el centro de Moscú se ha erigido de nuevo la gigantesca catedral de Cristo Salvador, dinamitada por orden de Stalin.

En la década de los ochenta, cuando estaba dando un paseo a última hora de la tarde, pude comprobar que en ese lugar había una enorme piscina cuyos vapores se elevaban en la gélida noche del invierno moscovita. Ahora, el domingo, miles de personas llenan la iglesia, reconstruida en un tiempo récord.

Se ven señoras elegantes de aire urbanita con los inevitables abrigos de visón y sencillas mujeres del campo rezando devotamente, mientras un coro de magníficos cantantes, todos hombres, deja fascinados a los visitantes de paso. Las fuerzas de seguridad han acordonado un amplio espacio en torno al edificio. Al parecer, se espera una visita de las altas esferas de la política. Según se dice, Putin se detiene aquí con frecuencia para asistir al culto.

En la explanada del Kremlin hay dos pistas de aterrizaje para helicópteros. El presidente suele acceder a su puesto de trabajo por esa vía, ya que cuando atraviesa la ciudad con su caravana de vehículos, esta queda paralizada durante horas. En mi última visita a Moscú, casualmente fui testigo del sonoro paso de Putin y su escolta por la avenida Rubliovka. A lo largo de los 25 kilómetros de esta vía que corre al oeste del casco urbano en dirección al campo, se suceden las dachas o, mejor dicho, las lujosas villas mezcla de estilos rústicos.

Aquí viven los multimillonarios y los que desempeñan algún papel relevante en la política. Esto significa que Putin se ha alejado de sus antiguas amistades de la camarilla que rodeaba a Anatoli Sobchak, primer alcalde de San Petersburgo. En su lugar, ahora se deja asesorar por nuevos consejeros aunque, según se dice, el grupo es considerablemente más reducido. De su vida privada se sabe poco: está divorciado desde 2014, su exmujer es natural de Kaliningrado y enseña en la universidad de la capital, y una de sus dos hijas vive en Holanda.

¿Cómo serán las cosas en Rusia en el futuro? Quienes disponen de información y conocen los países occidentales son escépticos y están profundamente preocupados. Si el rublo sigue cayendo, este verano mucha gente no podrá permitirse viajar al extranjero y, en el mejor de los casos, solo quedarán los reductos para turistas de la costa del sur de Turquía y del mar Rojo, en Egipto. Además, si el conflicto en Ucrania se agrava, dejarán de llegar los turistas occidentales. Los guías de San Petersburgo ya avisan de que se ha producido un retroceso del 40 por cien con respecto a 2013.

Las personas con un buen nivel educativo con las que he hablado no confían en que, en caso de que Putin dimitiese, se produzca un cambio de régimen o de situación. Temen que el presidente encontraría un sucesor de su misma índole

Cerca del 85 por cien de los rusos aprueba la actual política de Putin y estaría dispuesto a apretarse más el cinturón si fuera necesario

y con su misma visión de las cosas. Alrededor del 85 por cien de la población aprueba la actual política de Putin, y no cabe duda de que estaría dispuesto a apretarse aún más el cinturón si el presidente así se lo pidiese a su pueblo y le plantease nuevas perspectivas amenazadoras. Sorprende la frecuencia con la que se alude a la victoria sobre Napoleón. Al parecer, los rusos siguen siendo altamente resistentes al sufrimiento; son un pueblo propenso a la melancolía.

Según me dicen, en época de Yeltsin muchos intelectuales y profesionales cualificados se marcharon a monasterios, se hicieron monjes y nunca han vuelto a integrarse en la sociedad. Y quizá la inconfundible tendencia al exceso y a los extremos tenga que ver con la idea de que mañana la riqueza efímera puede haberse esfumado; con que, sencillamente, este no es un país afortunado. Este fatalismo es peligroso, paraliza a la débil clase media y permite que el régimen envíe a la cárcel a una madre de siete hijos que había comunicado a la embajada de Ucrania que, de pronto, el gran cuartel cercano a su casa se había quedado vacío. Los soldados habían sido trasladados al actual foco de la crisis o a sus proximidades. Desde hace meses, una piloto ucraniana está detenida ilegalmente en Moscú.

¿Entiende Occidente a Rusia?

Al final queda el recuerdo de personas muy agradables en el trato cercano, que se abren rápidamente al desconocido, que tienen curiosidad y que trabajan duro para que les llegue algo del milagro económico que se ha producido en Rusia en los últimos 15 años. Este ha conllevado un drástico proceso de transformación que Occidente aún no acaba de percibir en todo su alcance.

En mi círculo de conocidos, muchos me preguntaban, y me siguen preguntando, con extrañeza qué voy a hacer a Rusia y si no es un sitio un poco peligroso. Concluyo el viaje rememorando los acontecimientos de hace 70 años, cuando mis padres y mis abuelos, descendientes de emigrantes franceses y austriacos, se vieron obligados a abandonar sus hogares en Prusia Oriental, y el Ejército Rojo se vengó brutalmente del daño que el ejército de Hitler había infligido a los rusos. El avión vuela sobre la región en la que vine al mundo hace 70 años y que en la actualidad pertenece a Rusia. Cuando mi abuela era pequeña, iba a comprar con su padre a un mercado ruso que estaba a tan solo seis kilómetros del lugar donde vivían. Regreso a casa con un sentimiento de cercanía, de afinidad, con este desventurado país.

INFORME SEMANAL DE POLÍTICA EXTERIOR



Ahora también en digital

Suscríbete por un año

Compra ejemplares individuales

*Cada lunes análisis breves y exclusivos sobre la actualidad internacional.
Desde 1995, sus ocho páginas se anticipan a lo que mañana será noticia.
Una visión a largo plazo, concisa y fiable, más allá de los titulares.*

#ISPE

politicaexterior.com

Otro año de incertidumbre económica

Federico Steinberg y Miguel Otero-Iglesias

Una compleja combinación de luces y sombras para la economía internacional, europea y española es el testigo que 2014 ha pasado a 2015. España muestra claros síntomas de recuperación en un entorno europeo preocupante por el bajo crecimiento y el riesgo de deflación, mientras la economía mundial se debate entre los riesgos de un estancamiento con creciente desigualdad en los países avanzados que, sin embargo, podrían beneficiarse de una fuerte caída de los precios del petróleo que liberaría recursos para un mayor consumo y una aceleración del crecimiento. Todo ello con focos de incertidumbre de origen monetario y geopolítico, y con una cada vez más débil gobernanza económica internacional para hacer frente a los retos derivados de una economía crecientemente multipolar, donde la rivalidad entre grandes potencias se está haciendo cada vez más palpable.

Un crecimiento mundial débil

El Fondo Monetario Internacional (FMI) ha vuelto a reducir sus previsiones de crecimiento para los próximos años. La directora gerente,

Federico Steinberg y Miguel Otero-Iglesias son investigadores del Real Instituto Elcano.

La economía mundial se debate entre los riesgos del estancamiento en muchos países avanzados, crisis o desaceleración en algunos emergentes y el impulso que puede suponer la fuerte caída de los precios del petróleo. Lo más preocupante: el entorno europeo.

Christine Lagarde, incluso ha señalado que existe un elevado riesgo de que la economía global se atasque en una senda de “crecimiento mediocre” con altos niveles de desempleo y deuda. Es el tercer año consecutivo que el FMI rebaja sus previsiones, lo que demuestra que el legado de la gran recesión sigue pesando. El desapalancamiento de empresas y familias y la falta de inversión actúan como frenos al crecimiento. Incluso las economías más dinámicas como Estados Unidos y Reino Unido presentan un potencial de crecimiento más bajo que antes de la crisis. Aun así, se espera que las economías emergentes crezcan alrededor del cinco por cien, mientras que las avanzadas lo hagan alrededor del dos, lo que dejaría el crecimiento mundial en el entorno del 3,5 por cien pero con riesgos a la baja.

El “estancamiento secular” (término resucitado por Larry Summers y que se ha puesto de moda) es, junto al aumento de la desigualdad, el mayor desafío que tienen las economías desarrolladas, que ven cómo el apoyo a la globalización entre la ciudadanía continúa cayendo y, consecuentemente, cómo los movimientos políticos nacionalistas y antisistema ganan adeptos.

El mayor temor es que se confirme que tanto en Europa como en EE UU la economía sea incapaz de crecer sin estímulos monetarios continuos, y que dichos estímulos generen burbujas en los mercados de activos que lleven a la inestabilidad y a nuevas crisis. Según esta hipótesis del estancamiento

secular, solo se puede mantener un crecimiento decente creando burbujas. Y, aun así, ese nivel de crecimiento no será demasiado elevado.

Desde el punto de vista teórico lo que habría ocurrido es que el tipo de interés de equilibrio en la economía habría bajado tanto que las políticas monetarias ultraexpansivas serían insuficientes para estimular la demanda. Y la implicación a largo plazo sería que se habría entrado en una dinámica peligrosa en la que el crecimiento solo se conseguiría generando burbujas que, como posteriormente estallan, dejan la economía maltrecha. Así, se habrían acabado los felices años de la gran moderación macroeconómica (baja volatilidad en el crecimiento) de los años ochenta y noventa del siglo XX, y las economías avanzadas se enfrentarían a una situación de mucha mayor incertidumbre, donde además la política monetaria debería ser permanentemente expansiva si se quiere sostener el crecimiento, algo que espanta a quienes sostienen que, tarde o temprano, imprimir dinero terminará en inflación, según mantiene la teoría monetarista de Milton Friedman.

La hipótesis del estancamiento secular, sobre la que existe un acalorado debate entre los economistas, conecta bien con la polémica idea propuesta por el historiador Robert Gordon, según la cual será mucho más difícil que los países avanzados crezcan vigorosamente en el futuro porque los avances tecnológicos actuales son menos significativos (en términos de aumento de la productividad) que los de la segunda revolución industrial de finales del siglo XIX, que son los que habrían servido para impulsar el crecimiento económico durante casi 100 años, y que ahora se estarían agotando. Por otro lado, el declive demográfico de los países ricos, más grave en Japón y Europa que en EE UU, serviría también para apoyar esta idea.

En este contexto, se echa en falta una mayor coordinación internacional para asegurar un crecimiento más sólido y equilibrado. Los líderes del G-20 se comprometieron en la cumbre de 2014 de Brisbane (Australia) a aumentar el crecimiento global un dos por cien en los próximos cuatro años, pero no han acordado un plan de acción multilateral concreto. Cada país adopta las políticas económicas que más le convienen sin tener en cuenta su impacto global, y eso continuará en 2015, lo que podría desencadenar nuevos conflictos tanto en el ámbito monetario como en el comercial, donde los acuerdos comerciales preferenciales (sobre todo entre EE UU y la UE, el TTIP, y entre los países de la cuenca del Pacífico excluyendo China, el TPP) han arrebatado el protagonismo a las negociaciones de la Ronda de Doha de la Organización Mundial del Comercio (OMC); es decir, al sistema multilateral de comercio.

Además, la presidencia del G-20 para 2015, que corresponde a Turquía (un país con poco peso específico dentro del grupo), no permite esperar que se vayan a producir avances importantes en la cooperación económica internacional.

Riesgos específicos

Aunque es imposible anticipar eventos que puedan desestabilizar la economía mundial, se identifican algunos focos de riesgo. Más allá de los problemas que ocasionaría una desaceleración generalizada en los países emergentes, que sería preocupante aunque no desencadenaría una crisis global, un primer riesgo específico que impactaría sobre la economía mundial sería el estallido de una crisis bancaria en China. El segundo sería el colapso de alguna otra economía emergente muy integrada financieramente, causado por la combinación de subidas en los tipos de interés en EE UU (y la apreciación del dólar) y la caída del precio de las materias primas. El tercero, serían las tensiones geopolíticas tanto en Oriente Próximo como en la zona post-soviética (en particular, el peligro de una fuerte crisis económica en Rusia). Y el cuarto riesgo: una nueva crisis en la zona euro. Aunque ninguno tiene una alta probabilidad, habrá que prestar especial atención a la respuesta de la economía mundial a la contracción monetaria que se producirá en EE UU a lo largo de 2015. La historia, y la reciente crisis, enseñan que el papel del dólar y las actuaciones de la Reserva Federal siguen teniendo impactos en todo el mundo.

Profundizando en el campo monetario, durante 2015 la guerra de divisas no cesará y, de hecho, podría agudizarse. Japón, cuya economía sigue estancada, seguirá aumentando los estímulos monetarios, lo que depreciará el yen y hará que sus inmediatos competidores como China (que ya no crece tanto), Corea del Sur y los países del sureste asiático tengan que responder con intervenciones en los mercados de divisas. Asimismo, si el Banco Central Europeo (BCE) finalmente opta por aplicar políticas más expansivas para depreciar fuertemente el euro y la Reserva Federal se ve obligada a intervenir para frenar el aumento del dólar, podríamos encontrarnos ante un recrudecimiento de las devaluaciones competitivas que generen acusaciones mutuas y aumenten los riesgos proteccionistas. Ante este panorama de tensiones e incertidumbres, la volatilidad en los mercados de divisas puede agravarse, como se ha visto en los primeros días del año con el franco suizo, después de que el Banco Central helvético decidiese desanclarlo de un cada día más débil euro.

De hecho, el afán por acaparar cuotas de mercado internacional y generar crecimiento y empleo a través de las exportaciones (algo que por definición no todos los países pueden lograr al mismo tiempo) contribuiría a debilitar la demanda global. Martin Wolf habla de un “síndrome de demanda crónicamente deficiente”, que solo se podría gestionar con políticas monetarias acomodaticias que abren la puerta a riesgos de burbujas y generan gran volatilidad. Asimismo, la caída de consumo en los países exportadores de petróleo (que tendrá que adaptarse a menores ingresos por la caída del precio del crudo), el todavía pequeño tamaño económico que tiene el dinámico continente africano y la creciente posición de superávit por cuenta corriente que exhibe la zona euro, también implicarán una menor demanda, que EE UU ya no será capaz de compensar actuando como consumidor de última instancia, puesto que su economía no tiene el mismo peso que antaño.

La sorpresa positiva: menores precios del petróleo

El elemento que compensaría parcialmente este escenario de insuficiente demanda es la caída del precio del petróleo. Desde el pasado junio, el barril de crudo ha caído más de un 50 por cien, y ya se encuentra por debajo de los 50 dólares. De continuar así, encontraríamos un nuevo ciclo de precios bajos como el que se produjo a finales de los años ochenta del siglo XX, lo que redistribuiría rentas desde los países productores (que tienden a ahorrar más y acumular reservas) a los consumidores (que tienden a consumir más porque una bajada de los combustibles es equivalente a una caída de los impuestos), con el subsiguiente efecto positivo sobre el crecimiento.

No es fácil identificar con claridad las causas de estos precios menores, y tampoco si son permanentes, pero sin duda hay tres factores que desempeñan un papel relevante. El primero es la menor demanda mundial, derivada de la desaceleración de las economías avanzadas (sobre todo Europa) y emergentes en el entorno de creciente incertidumbre descrito arriba. Aquí la ecuación es simple: menor crecimiento implica menor demanda de petróleo y, por tanto, bajos precios.

La segunda causa, sobre la que existe un intenso debate, es el impacto que el espectacular aumento de la producción de hidrocarburos no convencionales en EE UU está teniendo sobre el mercado internacional. Con nueve millones de barriles de petróleo diarios, EE UU ya es el segundo productor del mundo, solo por detrás de Arabia Saudí que produce 10 millones, y ha reducido enormemente sus importaciones, pudiendo convertirse en expor-

tador neto de energía en 2020. Este aumento de la oferta contribuye a reducir los precios. Sin embargo, no está claro si esta situación será permanente o transitoria, y si EE UU optará por exportar energía si tiene capacidad de hacerlo o preferirá almacenarla para dotarse de una ventaja competitiva y geoestratégica en relación a sus rivales, lo que hace casi imposible anticipar cómo evolucionarán los precios en el futuro.

Por último, a estos dos factores hay que añadir el hecho de que, ante la caída de precios, Arabia Saudí, líder de la OPEP, ha optado por no recortar la producción para elevar los precios, ya que es consciente de que si el barril se mantiene barato, los incentivos para desarrollar energías renovables e incluso hidrocarburos no convencionales son menores, lo que perpetúa su posición de dominio en el mercado mundial y aumenta su cuota de mercado, que venía cayendo en los últimos años. El coste de la producción de un barril de crudo en Arabia Saudí está alrededor de seis dólares y el poderoso ministro de petróleo saudí, Ali al Naimi, ha anunciado públicamente que no le preocupa que el precio del barril baje a 40, 30 o incluso 20, lo que indica que la estrategia saudí puede mantenerse todo el año. En todo caso, la caída de precios de los últimos meses es tan fuerte que permite pensar que se ha producido el pinchazo de una burbuja, por lo que es imposible anticipar hasta cuánto bajarán los precios ni si volverán a subir antes de fin de año. En todo caso, el escenario central de la mayoría de los analistas es que, incluso en el caso de que aumentaran, no alcanzarían niveles tan altos como en los últimos años, y podrían mantenerse durante mucho tiempo por debajo de los 100 dólares por barril.

La caída del precio del crudo también tendría algunas consecuencias negativas internacionales más allá de las pérdidas de ingresos para los petro-Estados. La primera es que se produzcan crisis de deuda soberana, salidas de capital y depreciaciones de las divisas de los países que dependen para su estabilidad económica y política de los ingresos por exportaciones de hidrocarburos. De hecho, la crisis rusa que empezó en diciembre de 2014 (y que le traerá una profunda recesión en 2015)

La caída del precio del petróleo tiene también sus riesgos: crisis de deuda soberana, salidas de capital y depreciación de algunas divisas

responde fundamentalmente a este fenómeno. Dada la alta interdependencia financiera de la economía mundial, no cabe descartar que eventos de este tipo generen contagio e inestabilidad en los mercados y tensiones geopolíticas. También es posible que grandes proyectos de inversión vinculados a unos precios del petróleo elevados dejen de resultar rentables, con el consiguiente impacto bursátil para las empresas que hayan invertido en los mismos, que en ocasiones son compañías internacionales occidentales. Por último, menores precios del crudo aumentan el riesgo de deflación en la zona euro, lo que obligaría al BCE a actuar con mayor contundencia para cumplir su mandato de estabilidad de precios.

El enigma europeo

La debilidad de la demanda agregada es evidente en la zona euro. Aunque en noviembre de 2014, el BCE tomó las riendas de la supervisión bancaria después de realizar su análisis de calidad de los activos bancarios (*Asset Quality Review*) y las pruebas de resistencia (*Stress Tests*), esto no se ha convertido en el revulsivo para el crecimiento que muchos esperaban. El proceso se ha desarrollado sin mayores sobresaltos. No ha producido ningún *shock* negativo en los mercados porque solo unos pocos bancos, la mayoría italianos, necesitan leves recapitalizaciones. Pero tampoco se ha producido una ola de optimismo y crédito. Más bien todo lo contrario. La inflación en la zona euro ya ha entrado en terreno negativo y cada vez parece más claro que la causa de la restricción del crédito no es tanto que los bancos tengan aún que sanear sus balances como que no existe suficiente demanda solvente de crédito. Esto dificulta enormemente el crecimiento en una economía muy endeudada, a la que además hay que añadir el parón en el dinamismo de la economía alemana, que nota las sanciones sobre Rusia (y la crisis que han ayudado a provocar) y la desaceleración de los países emergentes.

Estos problemas han sido reconocidos de forma explícita por el gobernador del BCE, Mario Draghi, que ha propuesto para 2015 un plan de acción a tres bandas centrado en las necesarias reformas estructurales, pero también en unas políticas fiscales y monetarias más expansivas. Pese a la oposición de Alemania, el BCE se lanzó finalmente a la aventura de la expansión monetaria cuantitativa (*Quantitative Easing, QE*), comprometiéndose a comprar 60.000 millones de euros mensuales en bonos soberanos de los países miembros hasta septiembre de 2016. Con esta medida, el banco intenta alejar el riesgo de deflación y evitar una “japonización” de la

economía de la zona euro que termine por confirmar la tesis, anteriormente descrita, del estancamiento secular en Europa.

Es difícil predecir las consecuencias del QE en la zona euro. Los efectos pueden ser nimios habida cuenta de que los tipos de interés están ya en mínimos históricos (en el momento de redactar estas líneas el bono a 10 años del Reino de España está por debajo del dos por cien) y de que en la zona euro la provisión de crédito se hace a través del sistema bancario y no el mercado de capitales. Las consecuencias pueden incluso ser negativas si las compras de bonos soberanos recrudecen las tensiones en el seno del consejo de gobierno del BCE entre los países acreedores y los deudores; o si esta política solo lleva a un *rally* bursátil que aumente todavía más la desigualdad.

Aun así, la jugada podría salir bien, ya que puede generar una ola de optimismo entre los inversores, aumentar las expectativas de inflación y provocar una depreciación del euro que estimule las exportaciones y contribuya a frenar la desaceleración de los precios.

Después de estar en 2013 y 2014 casi siempre por encima de 1,30 dólares (un nivel que muchos analistas consideraban demasiado alto), la moneda única ha empezado 2015 por debajo de 1,15, un precio no visto desde 2003. Si esta depreciación se mantuviese o continuase muchos exportadores europeos deberían ser capaces de aumentar su cuota de mercado fuera de la zona euro.

Los efectos positivos de una política monetaria más expansiva se verían reforzados si el plan de inversiones de 315.000 millones de euros propuesto por el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, se materializase de manera rápida y efectiva, y con dinero fresco, y si además los gobiernos de los países de la zona euro aprovecharan este impulso para acometer las reformas estructurales necesarias para incrementar el potencial de crecimiento, sobre todo en países clave como Francia e Italia, pero también en Alemania, que presenta una falta de inversión preocupante. En este sentido, es importante que 2015 siga la dinámica que comenzó en 2014, según la cual la Comisión Europea ofrece mayor flexibilidad en el cumplimiento de

Los efectos positivos de una política monetaria más expansiva se verán reforzados si el ‘plan Juncker’ de inversiones por 315.000 millones de euros se materializa de forma rápida y efectiva

las metas de reducción del déficit público, a cambio de resultados concretos en las reformas estructurales a nivel nacional, todo ello combinado con inversiones en grandes proyectos de infraestructuras paneuropeas en áreas como la energía o la economía digital, que puedan generar empleos sostenibles y aumentar a medio y largo plazo la productividad de las economías europeas.

En cuanto a la gobernanza del euro, el nuevo presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, ha afirmado que va a avanzar en la creación de una verdadera unión económica y monetaria sobre la base de la hoja de ruta establecida por el Informe de los cuatro presidentes coordinado por su predecesor, Herman Van Rompuy, que planteaba avances en los campos bancario, fiscal, económico y político. Sin embargo, lo previsible es que los avances sean muy lentos a lo largo de 2015, ya que la zona euro ha demostrado que solo reacciona cuando está al borde del abismo y no parece que este año vayan a producirse eventos demasiado peligrosos. De hecho, aunque la victoria de Syriza en Grecia en enero ha reabierto transitoriamente el debate sobre *Grexist*, lo que ha aumentado la inestabilidad en los mercados, Grecia y sus socios europeos están condenados a entenderse (casi el 70 por cien de los griegos declara su oposición a volver al dracma y ningún gobierno de la zona euro quiere una salida de la moneda única). El acuerdo alcanzado a finales de febrero entre el gobierno de Alexis Tsipras y la UE para la ampliación de la ayuda financiera hasta junio ha dado algo de oxígeno a Grecia, que se ha comprometido a una auténtica agenda reformista que aumente la recaudación fiscal, modernice la administración y reduzca la corrupción y el clientelismo. Está por ver qué sucede después de junio.

Finalmente, en el otro gran asunto de la agenda económica europea, el Acuerdo de Comercio e Inversiones con Estados Unidos (TTIP), tampoco se esperan grandes avances. Aunque la idea original era concluir las negociaciones en 2015, estas se están revelando más complejas de lo que se anticipaba en un principio (ha habido siete rondas de negociaciones hasta ahora y los avances han sido escasos). Lo más probable es que la firma del acuerdo se retrase o se anuncie un compromiso de mínimos que, en todo caso, no tendrá impacto económico en el corto plazo.

España en recuperación

Las perspectivas en el campo europeo e internacional que se han descrito implican que España va a tener que apoyarse en gran medida en sus propias fortalezas para seguir creciendo y reducir el desempleo. Las empresas espa-

ñolas, sobre todo las pymes, tendrán que redoblar sus esfuerzos para internacionalizarse. Es importante además que apuesten por la innovación y la diferenciación para lograr un mayor valor añadido y para insertarse de forma estratégica en las cadenas de suministro globales.

La demanda interna debería aumentar levemente gracias a la bajada de impuestos, el aumento de la inversión pública y la caída de los precios del petróleo. Es probable también que el sector de la construcción vuelva a mostrar por fin indicadores positivos, aunque muy tenues. Además, la depreciación del euro debería permitir que las exportaciones más allá de la zona euro volvieran a crecer con vigor. Y lo harán todavía más si Alemania y Francia (nuestros principales clientes) logran esquivar la recesión. Todo esto debería llevar a una tasa de inflación algo más alta que facilitaría el necesario desapalancamiento y la estabilización de la ratio de deuda pública sobre el PIB.

Donde no se esperan grandes cambios, por ser año tanto de elecciones municipales y autonómicas como generales, es en las reformas estructurales. Por otra parte, estas mismas elecciones pueden aumentar la percepción de inestabilidad política entre los inversores nacionales e internacionales, si el problema catalán se recrudece y el apoyo a Podemos se consolida. Aún así, lo más probable es que ninguno de estos dos riesgos haga descarrilar ni el moderado crecimiento ni la generación de empleo en España.

En definitiva, 2015 se presenta con luces y sombras para España. Un marco relativamente favorable a nivel interno, y un contexto europeo e internacional difícil de navegar. Las ganancias de competitividad-precio logradas en los últimos años gracias a la devaluación interna y la percepción exterior de que España es un buen destino para la inversión porque el país ha hecho sus deberes (una imagen que las autoridades alemanas se encargan de reforzar en todos los foros internacionales) deberían contribuir a consolidar el relato de que es un país responsable y fiable que está dejando atrás la crisis. Sin embargo, la losa del desempleo y la desigualdad, así como las transformaciones aún pendientes para que España se convierta en un país innovador y con una base industrial más sólida, implican que este entorno macroeconómico más favorable solo se sentirá en la calle de forma muy tenue.

Incertidumbre persistente

Como viene siendo habitual desde el estallido de la crisis financiera global en 2007, la incertidumbre seguirá entre nosotros, lo que hará que los mercados sean altamente volátiles. Sin embargo, la preocupación más

importante no es el riesgo de una nueva crisis de carácter global, sino la debilidad del crecimiento y las dificultades para crear empleo y afrontar los altos niveles de deuda, especialmente en Europa.

La buena noticia, sobre todo para los países importadores de crudo como España, es la espectacular caída del precio del petróleo, a la que se suma la debilidad del euro frente al dólar, que supondrá otro balón de oxígeno para el crecimiento de la zona euro, al aumentar la renta disponible de los consumidores y la competitividad-precio de las exportaciones fuera de la zona euro.

Lo que se sigue echando en falta es una mejora en la coordinación y la cooperación económica internacional para gestionar de forma mínimamente consensuada los conflictos económicos (y geopolíticos) que seguirán a lo largo del año y que tendrán que ver fundamentalmente con los realineamientos de poder a nivel internacional que llevan en marcha ya varios años, originados en el auge de algunas potencias emergentes y en el declive relativo de Occidente. Esto lleva a pensar que, un año más, el papel del G20 no estará a la altura.

Visita la nueva politicaexterior.com

Más información y análisis. El rigor de siempre



ESTUDIOS DE
POLÍTICA EXTERIOR

A usted le interesa qué pasa en el mundo. Nosotros le proporcionamos el cómo y el porqué

[Quiénes somos](#) [Contacto](#)

Buscar...



(1) ▾

Usuario: Carlos Carrasco Cepeda (Cerrar Sesión)

[PORTADA](#) [ACTUALIDAD](#) [POLÍTICA EXTERIOR](#) [ECONOMÍA EXTERIOR](#) [AFKAR / IDEAS](#) [INFORME SEMANAL](#) [LIBROS](#) [SUSCRIPCIONES](#)



Portada



RETOS DE ROUSSEFF: ECONOMÍA,
CORRUPCIÓN Y FRAGMENTACIÓN

NEWSGAMES: EL MUNDO ES UN
JUEGO SERIO

> POTENCIA GLOBAL BUSCA
VOCACIÓN ESTABLE

ALFOMBRA ROJA: QUINO



27 / OCT / 2014

#ISPE: Cambio climático, el precio de la depredación

El secretario de Defensa de Estados Unidos, Chuck Hagel, aprovechó la reciente cumbre de ministros de Defensa de las Américas en...

[Leer más](#)



24 / OCT / 2014

El Vaticano, entre la tradición y el progreso

El 18 de octubre el papa Francisco I proclamó el final del sínodo extraordinario sobre la familia. Este había levantado expectati...

[Leer más](#)



21 / OCT / 2014

#BásicosPolExt: Suníes versus chiíes

Desde hace más de tres décadas, Arabia Saudí e Irán libran una guerra nada fría por la primacía en Oriente Próximo. En este confl...

[Leer más](#)



Suscripción total



Descuento
50%

¿Te interesa qué pasa en el mundo? Te lo contamos con nuevas herramientas. Actualidad, reseñas, multimedia. Para no perder detalle de los asuntos globales.

politicaexterior.com

La salida indecisa de Europa de la crisis

Antoine Quero-Mussot

A pesar de una acumulación de buenas noticias para la economía europea en los últimos seis meses, la opinión dominante, que reflejaba el último informe del Fondo Monetario Internacional (FMI) sobre la economía mundial, es que Europa sigue siendo el enfermo del planeta y la región que arrastra más incertidumbres. Tampoco han calado del todo las buenas noticias en la moral de consumidores y empresarios europeos, que siguen mostrándose prudentes ante una recuperación cuyo afianzamiento no acaban de ver.

El contexto es, sin duda, el más favorable desde que se inició la crisis: el cuadro de política monetaria y fiscal ha evolucionado en la dirección expansiva reclamada desde hace tiempo, el entorno financiero se va normalizando, los tipos de interés están en mínimos históricos, las tensiones sobre la deuda pública se han suavizado y la caída simultánea del euro y del precio del petróleo ofrece un impulso de competitividad inesperado. En un entorno tan favorable las perspectivas deberían ser netamente positivas. Sin embargo, aunque las últimas proyecciones tienden a revisar al alza las expectativas de crecimiento, no se espera de Europa un despegue firme como el que ya ha protagonizado Estados Unidos.

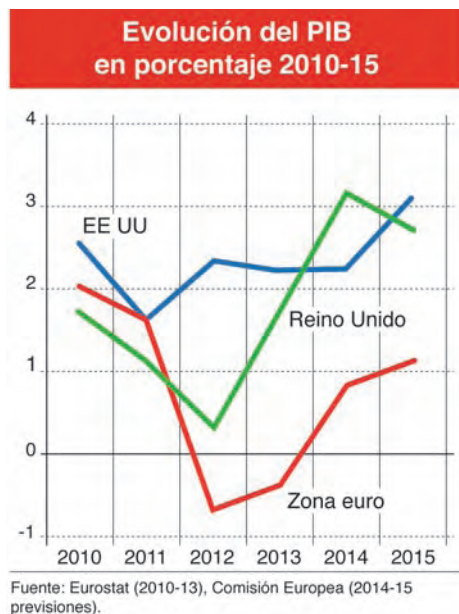
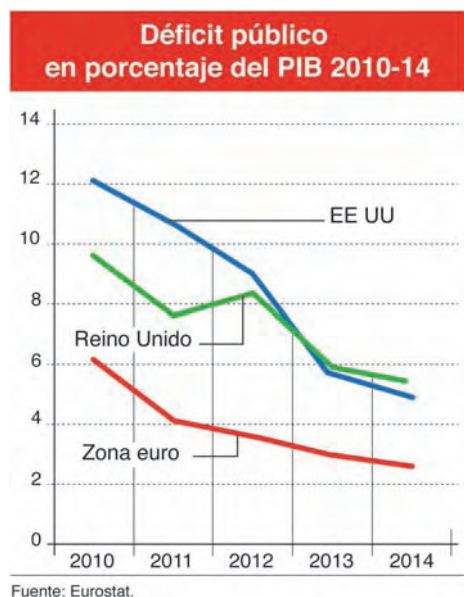
Antoine Quero-Mussot es especialista español de instrumentos financieros en la Comisión Europea, autor de *La reforma progresista del sistema financiero* (Madrid: Catarata, 2014) y coordinador de Factoría Democrática.

La gestión deficiente de la crisis en la zona euro ha tenido un impacto directo muy negativo en la vida de millones de europeos. Dotarse de los medios para actuar con más eficacia en el futuro es un imperativo moral. El objetivo es construir una visión común europea.

El escepticismo sobre el curso de la economía europea, y en particular de la zona euro, es sintomático de los interrogantes que la crisis ha suscitado sobre la viabilidad de una unión monetaria sin los instrumentos adecuados para afrontar choques asimétricos; es decir, tensiones divergentes entre los intereses individuales de sus miembros. Aunque tardía y torpe, la determinación mostrada por Alemania y el Banco Central Europeo (BCE) de salvar el euro le ha permitido a este superar su primera crisis existencial profunda. Pero la batalla ha dejado cicatrices abiertas, como la existencia de dos bloques con intereses antagónicos, el de los países acreedores y el de los deudores, así como una evidencia preocupante: por encima del entramado de reglas que supuestamente gobiernan la zona euro está la voluntad del más fuerte, Alemania. ¿Qué pasará el día en que los intereses alemanes diverjan fuertemente de los del resto de los miembros?

Menos frenos al crecimiento

La austeridad presupuestaria y la rigidez monetaria, impuestas a toda la zona euro por el gobierno alemán y unas instituciones europeas alineadas con él, constituían hasta hace poco uno de los principales frenos al crecimiento en Europa. En 2010, cuando estalló la crisis de la deuda griega, la reacción de la zona euro fue abrazar una austeridad férrea que inspirara



confianza a los mercados sobre la sostenibilidad de las finanzas públicas y la capacidad de devolver las deudas. Una austeridad más severa de lo necesario debido a que el mandato del BCE le impide jugar el papel estabilizador de todo banco central a través de la compra de deuda pública. Por el contrario, EE UU y Reino Unido mantuvieron una senda de corrección del déficit público menos agresiva, acompañada de una política monetaria mucho más acomodaticia.

A medida que los resultados comparados en términos de crecimiento de una política y otra se hacían evidentes, las voces a favor de una relajación de la política de austeridad en la zona euro se fueron alzando. Pero el viraje no ha tenido lugar hasta el último trimestre de 2014, con la inflexión del rigor monetario y presupuestario.

La presión sobre los gobiernos para que reduzcan su déficit público se ha relajado en el caso de Francia e Italia, al hacerse evidente que un mayor esfuerzo de restricción presupuestaria por su parte hubiera sido contraproducente para una zona euro con el pulso débil y que, por tanto, no podía permitirse que su segunda y tercera economía mantuvieran una dinámica contractiva. El llamamiento reiterado a promover inversiones que revitalicen la demanda ha sido parcialmente satisfecho con la puesta en marcha del plan Juncker, un programa conjunto de la Comisión

Europea y el Banco Europeo de Inversiones que pretende movilizar 315.000 millones de euros de inversión pública y privada en los próximos tres años. Por último, el anuncio el 22 de enero por parte del BCE de un programa de compra de bonos soberanos por valor de más de un billón de euros, cuyo objetivo oficial es anclar las expectativas de inflación en terreno positivo, constituye la tan esperada inflexión monetaria para alejar el riesgo de deflación y forzar a los bancos a orientar su liquidez hacia el crédito antes que hacia la deuda pública.

La política fiscal de la zona euro ha pasado pues, en estas últimas semanas, de un sesgo restrictivo a una orientación neutra, mientras la política monetaria ha adoptado un perfil claramente expansivo. La política de oferta sigue prevaleciendo en el discurso oficial, con la exigencia de reformas estructurales, pero se ha visto equilibrada

con un mayor sostén de la demanda. Incluso en Alemania, donde la contención de los costes laborales ha sido una prioridad nacional durante los últimos 10 años, las políticas de demanda se abren paso con la aceptación de revalorizaciones salariales sustanciales, bendecidas por el mismo presidente del Bundesbank, Jens Weidmann, habitualmente hostil a cualquier medida que presente riesgos inflacionistas.

La inflexión de la política monetaria ha facilitado una devaluación del euro más rápida de lo que los analistas preveían, pasando en nueve meses de una cotización de casi 1,40 frente al dólar a estar por debajo de 1,15. Esta depreciación significa un balón de oxígeno considerable para la competitividad exterior de la zona euro, a la vez que la caída del precio del petróleo, tan pronunciada como inesperada, supone una rebaja sustancial de los costes de la industria y una transferencia significativa de renta disponible hacia las familias.

2014 ha sido el año de la normalización del sector financiero y la relajación de la presión sobre la prima de riesgo de los países periféricos. La prima de riesgo española, que en enero de 2014 todavía estaba en 200 puntos básicos, ha llegado a estar por debajo de los 100 en enero de 2015 y se mantiene en el entorno de los 110-120 puntos básicos a pesar de la incertidumbre sobre la deuda griega desde la victoria electoral de Syriza el 25 de

¿Ha salido Europa de una crisis violenta pero temporal para entrar en otra de estancamiento permanente?

enero. Las deudas irlandesa, italiana y portuguesa han seguido la misma evolución que la española.

A su vez, las inquietudes que aún despertaba el sector bancario se vieron disipadas en octubre de 2014 tras la publicación por parte del BCE de los resultados de su examen cualitativo de los activos de 130 bancos de la zona euro que representan, en su conjunto, el 82 por cien de los activos bancarios de la zona. Las conclusiones de dicho examen resultaron suficientemente tranquilizadoras sobre la capitalización de la banca europea y el avance de su proceso de adaptación de sus balances a los requisitos más estrictos aprobados en respuesta a la crisis. Si a ello le añadimos el programa de liquidez condicionada a la concesión de crédito puesto en marcha por el BCE en septiembre de 2014, conocido por sus siglas en inglés, TLTRO, se puede afirmar que, por el lado de la oferta, están reunidas las condiciones para un mayor flujo de crédito hacia la economía.

A la lista de noticias positivas hay que añadir los temores que no se han cumplido, en particular el impacto menor de lo que se temía de la desestabilización sufrida por la economía rusa y el rublo, a causa de las sanciones occidentales por su injerencia en Ucrania y de la caída del precio del crudo, su principal fuente de ingresos.

Perspectivas aún inciertas

El alineamiento favorable de todos estos factores debería haber despejado los nubarrones del horizonte de la economía europea. Sin embargo, según las últimas previsiones de la Comisión Europea, de febrero de 2015, “las perspectivas de crecimiento en Europa siguen estando limitadas por un entorno poco propicio para la inversión y por el elevado nivel de desempleo”. Según las perspectivas económicas publicadas por el FMI en enero de 2015, “EE UU es la única economía importante cuyas proyecciones de crecimiento han mejorado”.

Los análisis y comentarios sobre las perspectivas económicas de la zona euro oscilan entre la cautela mostrada por la Comisión Europea y la evocación de escenarios alarmantes de *estagnación* o de deflación. Atendiendo a las previsiones más pesimistas, pareciera como si Europa hubiera salido de una crisis, violenta pero temporal, para entrar en otra crisis, de estancamiento permanente.

La salida de esta crisis es diferente de todas las anteriores por la debilidad de la inversión del ciclo. Históricamente las salidas de crisis se han caracte-

rizado por una aceleración inicial provocada por el retorno del consumo y la inversión contenidos durante un tiempo. Esta vez no es el caso. Una vez superada la dinámica contractiva, los agentes económicos prefieren ahorrar, ya sea por temor al futuro, como hemos apuntado antes, o para continuar el proceso de desendeudamiento, solo que en este último caso agravan el sufrimiento del paciente, comprometen su futuro y, por tanto, alimentan un círculo vicioso de ahorro y desconfianza.

Las razones de la incertidumbre

La desconfianza en la capacidad de la zona euro de recuperar cotas de crecimiento comparables a las anteriores a la crisis se sustenta tanto sobre las fragilidades estructurales de sus principales economías como sobre la inadecuación de su diseño institucional. Alemania llevó a cabo hace algo más de una década una serie de reformas gracias a las cuales ha logrado contener la evolución de sus costes laborales. Esta moderación salarial, junto con su posicionamiento industrial y tecnológico como principal suministrador de bienes de equipo, le ha permitido aprovechar el empuje de los países emergentes en proceso acelerado de industrialización. Su superávit comercial es el mayor del mundo en términos absolutos. Sin embargo, la solidez de sus cifras comerciales no hace de Alemania la locomotora de la zona euro que se podría esperar. La debilidad de su consumo interno y el bajo nivel de inversión pública sitúan la demanda alemana muy por debajo de su potencial.

La prioridad alemana otorgada al desendeudamiento por encima del consumo y la inversión son, más allá del carácter ahorrador germano, el reflejo del temor profundo al declive demográfico del país. Este horizonte ensombrecido es la principal razón esgrimida por el gobierno alemán, con el apoyo mayoritario de la opinión pública, para elevar a objetivo primario el equilibrio presupuestario. Solo que la austeridad elegida por Alemania, sumada a la austeridad impuesta a los países del Sur de Europa, deprime la demanda agregada europea y retrasa la recuperación.

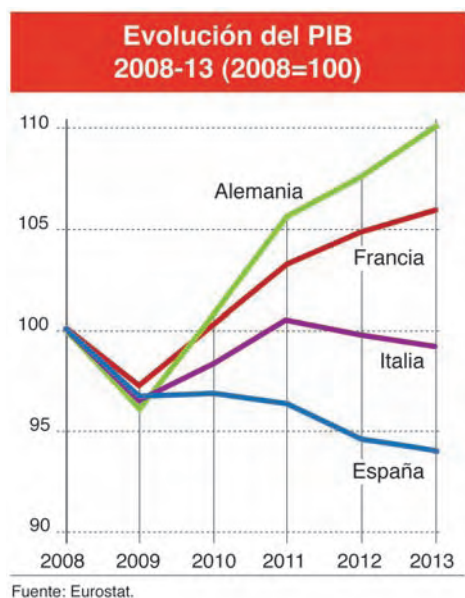
Por el lado de la segunda economía de la zona euro, Francia, las previsiones demográficas a largo plazo son más optimistas, pero a corto y medio plazo la economía gala sigue arrastrando el peso de un gasto público elevado e ineficiente, así como un mercado laboral con barreras a la entrada de jóvenes poco cualificados y trabajadores mayores de 45 años, sin que el sistema educativo y de formación ofrezca soluciones eficaces, lo cual se traduce en un paro superior al 10 por cien. Las cuentas públicas francesas han sido permanentemente

deficitarias desde 1975, situándose la deuda pública por encima del 95 por cien del PIB. En estas condiciones, Francia supone más un motivo de preocupación que de dinamización de la zona euro.

La tercera economía de la zona euro, Italia, estaba ya enferma antes de la crisis de 2008, con un crecimiento anémico debido a la pérdida de competitividad de la industria transalpina y un margen de maniobra público inexistente, a causa de una deuda pública superior al 100 por cien del PIB desde hace dos décadas. Los temores sobre la inviabilidad de la deuda italiana, hoy superior al 130 por cien del PIB, parecen infundados frente a la capacidad productiva, a pesar de todo, del país y al hecho de que en su gran mayoría esté en manos italianas. Aun así, no cabe duda de que representa una losa de la que Italia difícilmente consigue desprenderse y que, en caso de subida significativa de los tipos de interés, podría estrangular al país. Las cuentas públicas italianas están bajo control, con un déficit primario, antes del pago de intereses, cercano al equilibrio, pero una vez abonados los intereses no queda margen para la inversión pública, agravándose el déficit de infraestructuras que sufre el país.

Finalmente, el caso de España, cuarta economía de la zona euro, ofrece algo de dinamismo en el corto plazo gracias a la aceleración de su crecimiento. De las cuatro economías mencionadas, la española es la que mayor pérdida de riqueza ha sufrido desde 2008, por lo que también es la

que más margen tiene para la recuperación. El problema de España es que sale de la crisis con desequilibrios estructurales similares a los que ya sufría antes de la misma, con el agravante de una deuda en el 100 por cien del PIB y un desempleo del 24 por cien. Su modelo productivo sigue dominado por actividades de valor añadido medio, y lo seguirá siendo durante un tiempo debido al retroceso severo de la inversión en innovación durante la crisis y al poco margen que la elevada deuda pública deja para aumentar la inversión en I+D en los próximos años, a no ser que se restablezcan las prioridades.



La dualidad en el mercado laboral se mantiene intacta, arrastrando España desde hace años la mayor tasa de temporalidad de Europa, lo cual constituye un *hándicap* grave para evolucionar hacia un modelo productivo de mayor valor añadido, ya que la alta temporalidad y la ineficacia de las políticas activas de empleo mantienen a los trabajadores en un nivel de baja cualificación. El abandono temprano escolar, igualmente el más elevado de Europa y cuya mejora durante la crisis fue meramente coyuntural debido a la degradación del mercado laboral, no ayuda a la hora de mejorar la cualificación de la fuerza laboral y su capacidad de adaptación al cambio tecnológico. La sorprendente falta de planes de choque para combatir un desempleo juvenil masivo acentúa la degradación del capital humano de la economía española.

Esta breve caracterización de la situación de las cuatro principales economías de la zona euro ilustra las incertidumbres de la misma en un doble sentido. En primer lugar, en lo que respecta a la indecisión de la salida de la crisis, Francia e Italia siguen lastradas por ineficiencias estructurales, España goza de una mayor capacidad de adaptación que las dos anteriores pero mantiene desequilibrios estructurales y Alemania, que dispone de margen presupuestario suficiente para ejercer de locomotora de la demanda en el conjunto de la zona, opta por el desendeudamiento por miedo al futuro. No se vislumbran, por tanto, factores sólidos de crecimiento sobre los que asentar una recuperación franca y duradera con la que superar el legado de deuda y desempleo que ha dejado la crisis.

En segundo lugar, 15 años después de la creación de la moneda única persisten divergencias profundas entre las economías que la comparten. La zona euro sigue expuesta a choques asimétricos, es decir, a una heterogeneidad de situaciones con distintas causas y efectos. Cuando se producen choques violentos de este tipo, como ha sido el caso en los últimos años con la coexistencia de países vulnerables a las tensiones sobre la deuda pública en los mercados y otros a salvo de las mismas, los instrumentos de gobernanza económica de la zona euro se revelan demasiado rígidos e incapaces de aportar respuestas diferenciadas. Sus instituciones han demostrado falta de

**15 años después de la
creación de la moneda
única persisten
divergencias profundas
entre las economías
que la comparten**

reactividad, llegando a poner en peligro la integridad de la zona y perdiendo apoyo ciudadano, ya sea por la ineficacia de su actuación o por la percepción de la misma como imposición exterior insensible a la voluntad popular.

El reto de una zona euro más eficaz

Hasta la fecha, la UE solo ha conseguido imponer eficazmente medidas a través de los rescates. La amenaza de no conceder la asistencia financiera solicitada por los países que no consiguen financiarse en los mercados a un precio asumible ha sido el arma definitiva para obligarles a tomar medidas. Aunque por ello se ha pagado un elevado precio en términos de frustración democrática y resentimiento hacia el dictado de Bruselas o la troika (Comisión Europea, BCE, FMI), percibiéndose la ayuda exterior como una humillación antes que como un gesto de solidaridad que ha evitado al país un trauma peor que si se hubiera encontrado en situación de impago.

Para los países sin necesidad de asistencia financiera, el arsenal europeo resulta poco disuasorio. Raro es el país, fuera de un rescate, que aplica las reformas que se le exigen desde Bruselas, ya sea, por ejemplo, con respecto a la dualidad del mercado laboral español, a la insostenibilidad del sistema de pensiones francés o a la debilidad del consumo interno alemán.

Lo que demuestran los 15 años de vida del euro, los nueve primeros en una coyuntura estable, los dos siguientes haciendo frente a una crisis financiera global sin precedentes y los restantes gestionando una crisis interna aguda, es que en épocas de bonanza la eficacia de la cooperación económica es muy limitada, que el euro es un escudo protector sólido frente a turbulencias externas y que, en épocas complicadas en las que la acción es indispensable, los mecanismos que rigen la cooperación son inadecuados y están excesivamente sometidos a la voluntad del más fuerte, en este caso Alemania.

Alemania es, a la vez, el mayor activo de la zona euro y su mayor riesgo. La solidez y el tamaño de la economía alemana y la confianza que inspira a los inversores son el principal baluarte del euro. La fortaleza de la moneda es reflejo de la potencia germánica. Durante la grave crisis que ha atravesado la zona euro, la moneda ha resistido sin demasiados sobresaltos, reflejando la estabilidad de la economía alemana. El único periodo de debilidad del euro, en 2000-02 en los que cotizó por debajo del dólar, coincidió con una economía alemana renqueante, aún en proceso de digestión de los costes de la reunificación.

Si combinamos la incapacidad de la zona euro para gestionar choques asimétricos, como apuntamos más arriba, con la dominación alemana a la hora de responder a los mismos y con la relación directa entre la salud del euro y la de la economía alemana, nos percatamos de que el escenario más preocupante de todos es aquel en el que los intereses alemanes diverjan fuertemente de los intereses del resto. El conjunto de los demás Estados miembros de la zona euro carecerán de poder e instrumentos para reorientar la política económica alemana, pero sufrirán directamente las consecuencias de la misma, ya sea por la vía de la cotización del euro o de los tipos de interés. Se verán embarcados en una nave cuyo rumbo es muy distinto al que desean y sin capacidad para tomar el timón. Todo ello en un contexto en que el apoyo de la ciudadanía al euro está en mínimos y en el que los partidos políticos que abogan por una salida del euro están en alza en varios países.

El mayor reto para la zona euro es encontrar una gestión más eficaz, con contrapesos y verdadera capacidad de iniciativa europea

El mayor reto para la zona euro es, por tanto, encontrar un modo de gestión más eficaz y equilibrado, en el que indudablemente Alemania disfrutará de una influencia acorde con su peso, pero donde existan contrapesos y una capacidad de iniciativa desde una perspectiva genuinamente europea. Curiosamente, el mayor contrapeso a Alemania hoy día es el BCE. Sorprende, puesto que el BCE está diseñado a imagen y semejanza del Bundesbank alemán y porque hasta ahora la política monetaria seguida por el BCE ha respondido fielmente al mandato rígido de estabilidad de precios que exigió el canciller Helmut Kohl en el Tratado de Maastricht. Sin embargo, bajo la presidencia de Mario Draghi y ante el escenario extremadamente complejo planteado por la crisis, con el sector financiero necesitado agónicamente de liquidez, con el riesgo de implosión del euro por las tensiones sobre la deuda pública de varios países, entre ellos Italia, con una desinflación que en caso de no combatirla podría transformarse en deflación y con una política monetaria clásica a través de los tipos de interés inservible, puesto que estos se encuentran cercanos a cero o en terreno negativo, el BCE ha emprendido paulatinamente un activismo monetario heterodoxo, como ya hicieran con mayor reactividad la Reserva Federal o el Banco de Inglaterra, que está encontrando una

feroz resistencia en Alemania, donde el Bundesbank ha llegado a denunciar en los tribunales las operaciones del BCE.

¿Cómo ha sido capaz el BCE de seguir una política monetaria con la oposición frontal del Bundesbank y de la opinión pública alemana? En parte porque el gobierno alemán ha entendido la necesidad de actuación y tolera, no sin tensiones, el rumbo fijado por Draghi. Pero sobre todo porque el BCE es la única institución federal europea y, como tal, dispone de órganos de gobierno más compactos, sin una representación directa de los Estados miembros ni un voto ponderado de los mismos.

Transformar el Eurogrupo (el consejo de ministros de Finanzas de la zona euro) o la Comisión Europea en instituciones de tipo federal requiere la reforma de los tratados y no es una opción políticamente viable en la actualidad. Sin necesidad de reformas institucionales, la Comisión debería recuperar un perfil más ambicioso de orientación de las políticas económicas, y al Eurogrupo debería exigírsele más visión política europea y rendir cuentas sobre sus decisiones, o ausencia de ellas, posiblemente dotándole de una presidencia a tiempo completo fiscalizada por el Parlamento Europeo.

Aun así, la eficacia de la Comisión y del Eurogrupo no podrá equipararse a la del BCE mientras no dispongan, como este, de instrumentos propios de aplicación de sus decisiones. Desde Bruselas se aprueban recomendaciones cuya ejecución queda en manos de la voluntad discrecional de los Estados miembros. El entramado de reglas contiene ahora la amenaza de multas pero la credibilidad del dispositivo es débil. De llegarse a aplicar algún día sería contra un país relativamente pequeño, cuyos incumplimientos no representan una amenaza para la moneda única.

Instrumentos como un tesoro europeo, un presupuesto de la zona euro con capacidad estabilizadora, títulos de deuda europeos, una representación externa única o una mayor integración fiscal son algunas de las opciones para dotarse de una mayor capacidad de acción de la zona euro como conjunto. De haber dispuesto de ellas con anterioridad, el balance de la zona euro en la gestión de la crisis no sería probablemente el que conocemos, caracterizado por actuar tarde y de manera insuficiente. Su puesta en práctica requiere superar las reticencias considerables de los países como Alemania, que temen que la Unión se transforme en un sistema de transferencias financieras de los países excedentarios hacia los deficitarios. Para ello hay que diseñar los mecanismos adecuados que impidan, por un lado, que los países deficitarios se aprovechen de las ventajas y la seguridad que ofrece el sistema sin esforzarse por resolver sus desequilibrios y, por otro,

que los países excedentarios hagan un uso improductivo o irresponsable de sus excedentes. Esto significa avanzar hacia una unión política, lo cual no significa ceder soberanía, en la práctica esa soberanía ya está cedida, solo que no disponemos de un marco equilibrado y eficaz para ejercerla. Dicho avance debe acompañarse necesariamente de un mayor control democrático por parte del Parlamento Europeo y de los parlamentos nacionales.

Que la construcción europea, una innovación política sin precedentes, cometa errores en su trayectoria es entendible. Lo que sería menos perdonable es no aprender de los mismos. La gestión deficiente de la crisis en la zona euro ha tenido un impacto directo muy negativo en las vidas de decenas de millones de europeos. Dotarse de los medios para actuar con más eficacia en el futuro es un imperativo moral, un objetivo a perseguir por los partidos políticos, los principales responsables de interaccionar con sus opiniones públicas para construir una visión común europea, superando las miopías nacionales.

La economía de EE UU vuelve a asombrar

Fernando Barciela

Estados Unidos vive un ambiente próximo a la euforia debido a los buenos datos económicos que han ido saliendo. La oficina del presupuesto de la Casa Blanca y la Reserva Federal (FED) afirman que la economía del país pasa por su mejor momento en 10 años. Los medios de comunicación también muestran su optimismo. Para CNN Money “La economía de EE UU se está reinventando a sí misma”; para Business Insider los datos son “impresionantes” y Bloomberg asegura que “EE UU vuelve a tener el timón de la economía global después de 15 años con China y los emergentes al mando”.

No es para menos. Mientras el resto del mundo trata aún de salir del estancamiento derivado de la crisis de 2007-08, EE UU comenzó su recuperación ya en 2010 y la está acelerando. Después de un crecimiento del PIB del 2,3 por cien y del 2,2 en 2012 y 2013, el PIB en 2014 creció al 2,5 por cien, la tasa más rápida de los últimos 21 trimestres de recuperación, según *Financial Times*. El crecimiento del PIB de la zona euro no pasó del 0,9. Lo mejor para EE UU es que los efectos sobre el empleo ya están a la vista. Las empresas crearon 246.000 puestos de trabajo al mes en 2014, un total de tres millones de empleos. La tasa de paro, en el 6,7 por cien en 2013, bajaba

Fernando Barciela es periodista económico.

El dinamismo de la economía de Estados Unidos plantea interrogantes sobre qué es lo que falla en Europa. Al margen de las diferentes recetas político-económicas aplicadas en lo peor de la crisis, la industria americana muestra un imbatible potencial tecnológico y creativo.

en 2014 al 5,6. Además, los nuevos empleos añadieron 126.000 millones de dólares a la renta disponible de los estadounidenses.

No extraña que las empresas y los consumidores empiecen a invertir y a gastar. El índice de confianza de la Universidad de Michigan ha alcanzado recientemente su punto más alto desde 2004. El consumo se está viendo propulsado por el hecho de que las familias han reducido su endeudamiento a mínimos históricos. A lo que habría que añadir otros factores como que los tipos de interés hayan bajado (el bono a 10 años está en el 1,6 por cien) y el precio del petróleo haya caído a la mitad, lo que ha llevado el galón de gasolina a mínimos desde 2009: 2,17 dólares. Según la Energy Information Administration (EIA), “esto permitirá que los estadounidenses puedan ahorrar en 2015 unos 750 dólares en gasolina”.

Para la mayoría de los economistas del país no se trata de un repunte coyuntural, sino que obedece a una tendencia sostenida. *The Washington Post* afirma que “el *boom* ha venido para quedarse”. Y, si lo habitual hasta hace poco era que los economistas se quejaran de lo débil de la recuperación, ahora comienzan a valorar su solidez, sobre todo ante el parón económico que sigue acuciando al resto del mundo.

De este modo, han comenzado a relativizarse las inquietudes de algunos economistas, entre ellos el secretario del Tesoro, Jack Lew, de que la economía de EE UU podría verse afectada por la falta de crecimiento en



Europa, Latinoamérica o Asia. La idea de que EE UU, con más de 300 millones de habitantes, tiene los resortes suficientes para seguir generando actividad, gana puntos, algo que se explica en parte porque el componente exterior de la economía del país es relativamente pequeño. El consumo supone, sin embargo, el 70 por cien del PIB. Además, se espera también que los *millennials* (los nacidos en torno al cambio de siglo) que siguen en casa de sus padres, empiecen a emanciparse, comprando casas y coches, en una aceleración del círculo virtuoso.

Las últimas proyecciones vaticinan un alza del PIB del tres por cien para este año, frente al uno por cien

previsto para la zona euro. En materia de empleo, la Casa Blanca prevé que caerá por debajo del cinco por cien en 2016. Otro factor decisivo de la buena marcha de la economía son los salarios. De momento, el sueldo medio en el país (54.417 dólares) sigue por debajo de 2007. Sin embargo, los economistas coinciden en que, en cuanto el desempleo se acerque al cinco por cien y empiece a haber problemas de contratación, los salarios empezarán a subir de nuevo.

Ante esta cascada de buenos indicadores, pocos se muestran preocupados con la mastodóntica cifra de deuda pública del país, de 18 billones de dólares. Se confía en que el fuerte crecimiento de los próximos años, unido a un IPC adecuado, permita ir absorbiendo esa montaña de deuda. Eso, a pesar de que la jubilación de los *baby boomers* elevará el gasto público en los próximos años y podría volver a aumentar el déficit federal desde el actual 2,8 hasta el cuatro por cien en 2025. Aun así, muchos creen que ese mayor gasto se verá compensado por una reducción del presupuesto de Defensa.

Tampoco parece haber excesiva preocupación con el fuerte incremento del déficit comercial del país, provocado por la apreciación del dólar (cerca del 10 por cien en 12 meses), lo que ha disparado las importaciones y está creando problemas a los exportadores. El déficit comercial alcanzó los 734.000 millones de dólares en 2014, un 13 por cien más que en 2013.

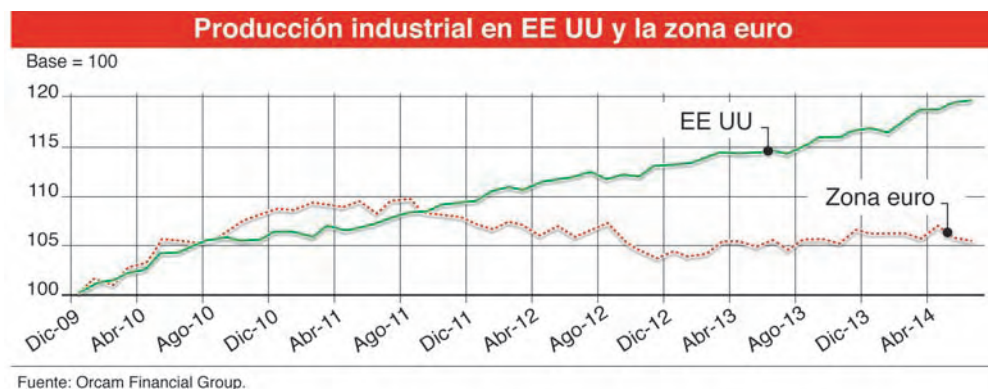
EE UU y la UE: dos lógicas económicas

¿Que explicación hay para que EE UU lleve cinco años creciendo y acelerando su ritmo mientras Europa sigue estancada? En EE UU no tienen dudas sobre la respuesta: se han seguido las normas para tiempos de crisis. ¿Cuáles son esas normas? Las que suministra la teoría convencional en EE UU para los malos tiempos: la keynesiana. Según explica el analista Matt Phillips, “la puesta en marcha de una política fiscal expansiva durante las etapas de recesión” (...) “cuando las empresas y particulares dejan de gastar, el gobierno –el único que puede pedir prestado– tiene que hacerlo”. Al contrario de Europa, EE UU no ve los déficit como un lastre sino como algo que había que permitir, sí o sí. Para Phillips es lógico que los déficit se acercaran al 10 por cien en 2009 “cuando el gobierno tuvo que pedir prestado y gastar para impedir que la recesión se convirtiera en una segunda Gran Depresión”. Lo hizo Barack Obama a su llegada a la presidencia, “pero lo había hecho también George W. Bush a finales de 2008 con el TARF, el programa de rescates de la banca, que costó 700.000 millones de dólares”.

Lo primero es lo primero, y lo primero era poner la economía en marcha, sobre todo cuando se estaban perdiendo 800.000 puestos de trabajo al mes. Parece que lo han logrado. Después, una vez que la economía vuelva a funcionar a buena velocidad, ya se ocuparán del déficit y la deuda. De hecho, así ha sucedido. El crecimiento, la inflación y una cierta contención posterior han hecho que los déficit federales de 2009 a 2012, por encima del billón de dólares, se hayan reducido a menos de 500.000 millones en 2014.

El consenso sobre estas políticas es tan amplio que no ha existido contradicción entre las dos grandes instituciones político-económicas de EE UU: la Casa Blanca y la FED. La primera puso en marcha presupuestos expansivos y la segunda sus QE (*Quantitative Easing*), que aportaron a la economía dos billones de dólares. Todo podría haber ido aún mejor, coinciden los analistas, de no haber sido por el bloqueo de los republicanos en el Congreso, obsesionados con reducir el déficit en plena crisis, y que forzaron el famoso cierre del gobierno en 2013.

En EE UU tampoco parecen tener dudas: si Europa no ha logrado recuperarse, se debe a la insistencia de la zona euro en las políticas de austeridad que, según el *Huffington Post*, “están en el origen de la segunda recesión”, que asoló Europa en 2012 y 2013. Es posible que España empiece a recuperar posiciones y a crecer a buen ritmo, al igual que Irlanda, Portugal o hasta Grecia, pero los últimos tres años han sido una etapa perdida para los



europeos. Mientras el PIB de EE UU crecía en 2012 y 2013 un 4,5 por cien, la zona euro lo reducía el 1,2%. Llama también la atención que Reino Unido, con su propio Banco de Inglaterra y que puso en marcha políticas similares a las de la FED, lograra crecer esos dos años al 2,4 por cien.

Esas políticas, se recuerda en EE UU, han generado una fuerte destrucción del tejido industrial en el sur de Europa, unas cifras de paro apabullantes y, lo peor de todo, no han servido para reducir las cifras de deuda. La de Grecia estaba en el 120 por cien del PIB en 2009; ahora está en el 175. La de España estaba por debajo del 70 y ahora en el 100. El peor efecto de las políticas de ajuste presupuestario (seguidas a trancas y barrancas por Francia o Italia y muchos países del norte) es que han deprimido la demanda pública y privada al punto de que Europa vive ahora bajo la amenaza de una deflación a la japonesa, que podría bloquear la recuperación en los próximos años. La tasa de inflación en la zona euro no ha parado de descender. Estaba en el 0,4 en octubre y en el -0,6 en enero. Una evolución preocupante.

Además, la situación no se ha limitado a los países periféricos. Ocurrió lo que todos advertían: que los males del sur contaminaron toda la zona euro, que acabó –incluido Alemania– en el estancamiento y la deflación.

Las diferencias entre las políticas puestas en marcha a los dos lados del Atlántico evidencian una fuerte divergencia en materia de pensamiento económico. Mientras que en EE UU ha primado el pragmatismo, en la UE se ha tratado de “hacer justicia” y hacer pagar a los culpables por sus excesos; u obligarles a corregir su rumbo, antes de sacar a los bomberos para apagar el fuego. Sin preguntarse por las culpas, la Casa Blanca, con George W. Bush en la presidencia, y la FED inyectaron 700.000 millones de dólares en el sistema bancario para sanearlo y ponerlo de nuevo en marcha. La recupera-

ción de los bancos fue tan rápida que, después de su primer desplome en bolsa, en abril de 2009 empezaban de nuevo a subir. EE UU, cuyo PIB entró en números rojos el mismo 2008, con un -0,3 por cien, y se agravó en 2009, con un -2,8, volvía a crecer en 2010.

Igual de claras están las diferencias entre las actuaciones de los dos bancos centrales, la FED y el Banco Central Europeo. Mientras el primero empezó a bajar tipos hasta cerca del cero al inicio de la crisis, en Europa, el anterior presidente, Jean-Claude Trichet, llegó a subirlos. Y mientras la FED nunca dudó en inundar el país de dinero, en Europa tuvimos que esperar a 2012 para asistir a la primera reacción del nuevo presidente del BCE, Mario Draghi, quien finalmente pronunció su famosa frase: “el BCE hará lo necesario para sostener al euro”, aunque durante años no se tradujo en nada concreto. Solo a principios de este año se decidió a aplicar un QE a la europea, con compras de bonos públicos y privados por valor de 60.000 millones de euros al mes.

La baza energética

Otro factor de la recuperación en EE UU ha sido el energético. La emergencia del *shale gas* y el *tight oil* han disparado las reservas disponibles en el país: las de crudo han pasado, según BP, de 30.000 millones de barriles en 2002 a 35.000 millones en 2012, y las de gas desde 5,3 billones de metros cúbicos (BTU) de 2002 a 8,5 billones en 2012. EE UU, que según *Foreign Affairs* “se enfrentaba hasta 2008 a un futuro declinante en energía propia, se ha consolidado como uno de los grandes productores del mundo. Ya es el primero en gas natural, por delante de Rusia, el segundo en carbón, después de China, el tercero en petróleo y el cuarto en energía hidroeléctrica”. Europa no ocupa ninguna posición entre los 10 primeros productores en ninguna de estas energías.

Aquí está una de las explicaciones de la actual bajada del precio de estas dos energías primarias. *Foreign Affairs* también señala que “en 2012 los precios del gas en EE UU eran de tres dólares por millón de BTU, mientras en Alemania era de 11 dólares y en Japón de 17”. Por otra parte, la industria del *fracking* ha creado dos millones de empleos y ahorra 200.000 millones de dólares al año en importaciones energéticas. EE UU será autosuficiente en unos años y se convertirá en un gran exportador.

La abundancia de energía en EE UU ha provocado un fuerte descenso de los precios de la electricidad. Después de crecer un 22 por cien entre 2005 y

2011, los precios eléctricos para particulares empezaron a bajar en 2012. La tendencia es aún más clara en la industria, donde los precios bajaron ya el cuatro por cien entre 2010 y 2013. Sus precios son ahora una fracción de los europeos. Mientras que en la UE-27 el kilovatio hora para la industria cuesta 9,4 céntimos de euro (11,6 en España), la media en EE UU es de 4,7 céntimos. Y en algunos Estados menos; 4,1 céntimos en Alabama; 3,9 en Kentucky; 3,8 en Oklahoma; 3,1 en el Estado de Washington.

Claro que la caída de los precios del crudo Brent, desde 110 dólares en

Uno de los efectos más impactantes de la bajada de los precios de la energía en EE UU es la rápida reindustrialización

julio de 2014 a 47 en enero de 2015, podría poner en riesgo la revolución del *fracking*, ya que muchos proyectos de exploración dejarían de ser rentables. Según *The Guardian*, esa caída ya sacó de la actividad a centenares de exploraciones en EE UU, desde 1.609 en octubre de 2014 a 1.223 el pasado enero. A

principios de año se estimaba que, con esos precios del petróleo, solo pudieran continuar unas 1.000. Ahora, con el Brent por encima de los 60, algunas más serán viables.

Otro de los efectos más impactantes de la bajada de los precios energéticos en EE UU es que está provocando una rápida reindustrialización del país: un fenómeno que, alentado por las subidas salariales en Asia, se ha convertido en un asunto dominante en la prensa económica. Decenas de firmas europeas y japonesas están construyendo plantas en EE UU para beneficiarse de esos bajos costes energéticos. De todos modos, al margen de que el país se haya desindustrializado en las últimas décadas (la industria suponía el 30 por cien del PIB estadounidense en los ochenta, ahora supone el 12), sigue teniendo la mayor concentración de “industrias avanzadas” del mundo. Un estudio de Brookings muestra que estas industrias emplean en EE UU a 12,3 millones de trabajadores, el nueve por cien de la fuerza laboral, y originan el 60 por cien de las exportaciones y el 17 por cien del PIB.

Se trata de un grupo de 50 sectores industriales (aeroespacial, extracción de crudo y gas, comunicaciones por satélite, *software*, semiconductores, farmacia...), caracterizadas por su enfoque científico, tecnológico y de ingeniería y que invierten mucho en I+D. En algunas zonas, estas industrias son ya hegemónicas, como es el caso del área de San Jose (California), donde el 30

por cien de la población laboral está en estos sectores. Otras regiones similares son Seattle, Kansas, San Francisco, Detroit, Massachusetts o Virginia.

A la cabeza de la ‘disrupción’ económica mundial

De todos modos, las políticas presupuestarias de Obama y los QE de la FED, así como las medidas energéticas e industriales, solo explican parte de lo sucedido. La cuestión es que EE UU sigue siendo la economía grande más competitiva, flexible y creativa del mundo. Una economía que ha producido estos últimos años empresarios “disruptivos” como Steve Jobs, de Apple; Elon Musk, de Tesla; Bill Gates, de Microsoft; Gordon Moore, de Intel; o Jeff Bezos, de Amazon.

Su flexibilidad, criticada desde Europa, permite a las empresas locales adaptar sus estructuras durante las crisis (con gigantescos y rápidos *downsizings*), para luego volver a reclutar velozmente una vez que las perspectivas mejoran. Además, y pese a que el país vive crisis de confianza (con respecto a Japón en los años ochenta y a China hasta hace poco), la realidad es que sigue manteniendo un liderazgo casi total en los sectores punteros. No es solo que conquiste posiciones en esos sectores, sino que estos han nacido tras las “disrupciones” provocadas por empresas estadounidenses.

Basta un vistazo al Nasdaq para ver cómo las empresas de la nueva economía han crecido hasta adquirir un volumen impresionante. Apple vale 754.000 millones de dólares en bolsa; Google, 547.000 millones; Amazon, 180.000 millones. Estas empresas, en sectores en los que Europa apenas está presente, son las que añaden valor. Las de la vieja economía no logran estas valoraciones, ni por asomo: GM, por ejemplo, tiene un valor de 60.000 millones de dólares. Ahora EE UU tiene las empresas más ricas del mundo, algunas con más efectivo que muchos países. Apple tiene reservas de 160.000 millones de dólares, por encima de Turquía, Polonia, Canadá o Suecia. Otras de las más ricas son Microsoft (84.000 millones), Google (59.000 millones) o Pfizer (49.000 millones).

Estas empresas investigan y ensayan constantemente nuevos productos y modelos de negocio. La idea es que Google es un buscador, Amazon una tienda en la Red y Facebook una red social. Pero son mucho más que eso. Google ha entrado en negocios como los móviles, con Android, y está ensayando ahora con los *wearables* (tecnologías incorporadas al individuo y con las que se interactúa personalmente), el coche sin conductor y hasta el *Internet of Things* (IoT, en inglés, los objetos cotidianos conectados

a Internet), donde hizo una adquisición, Nest, por 3.200 millones de dólares. También está probando con la robótica y el Internet de alta velocidad: ha instalado redes de un giga en Kansas o Chattanooga, y ahora se prepara para instalar redes de 10 giga, una velocidad 1.000 veces superior a la habitual en este momento.

Netflix está revolucionando el video por pago, Youtube se está preparando para emitir televisión y Spotify ha revolucionado el negocio de la música con su servicio *streaming*. Son apenas unos cuantos ejemplos de una ola de innovación en la que las empresas estadounidenses marcan la pauta; sea la impresión 3D, la inteligencia artificial, la *sharing economy* o economía colaborativa (con Uber o Airbnb). No extraña que en el *ranking* de las 10 compañías más innovadoras del mundo, nueve sean estadounidenses y una coreana (Samsung). No hay una sola europea.

¿Por qué Europa no ha sido capaz de generar nada parecido a Facebook, Google, Amazon, Microsoft, Tesla o Apple? No es porque no se haga I+D. Los presupuestos de I+D están aquí ya muy cerca de los de EE UU. Otra cosa son las empresas. Pese a que la primera empresa del mundo en gasto en I+D sea Volkswagen, con 13.500 millones de dólares en 2014, hay que tener en cuenta que, de las 20 primeras, solo hay seis europeas frente a 11 estadounidenses. Además, Europa se ha especializado en sectores de tecnologías medias. Las grandes firmas que más invierten en I+D en Europa son del automóvil y los medicamentos. Las de EE UU, sin embargo, están en el *software*, los microprocesadores, Internet, y el *hardware*.

Lo peor es que ahora mismo no hay una sola empresa europea potente en las nuevas tecnologías. El semanario alemán *Der Spiegel* era claro en su conclusión: “La Comisión Europea y los políticos nacionales europeos han llevado a los sectores de Internet, el *software* y las telecomunicaciones a una situación de irrelevancia absoluta”. La revista afirma que empresas como Siemens, Alcatel, Philips, que en su día desempeñaron un papel importante en la industria electrónica, de móviles o *hardware*, se han retirado de la primera fila en estos sectores. Nokia es un caso de fracaso sin paragon. La empresa finlandesa, que fue el principal fabricante de móviles del mundo, se hundió tras la aparición del iPhone de Apple, para acabar adquirida por Microsoft en 2013. *Der Spiegel* recuerda que Internet está dominado por Google, Facebook y Amazon: el *software* por Microsoft, Oracle e IBM y los móviles por Apple y la coreana Samsung.

Desde EE UU afirman que el rezago de Europa en todos estos sectores se debe a una serie de elementos culturales negativos, que penalizan el

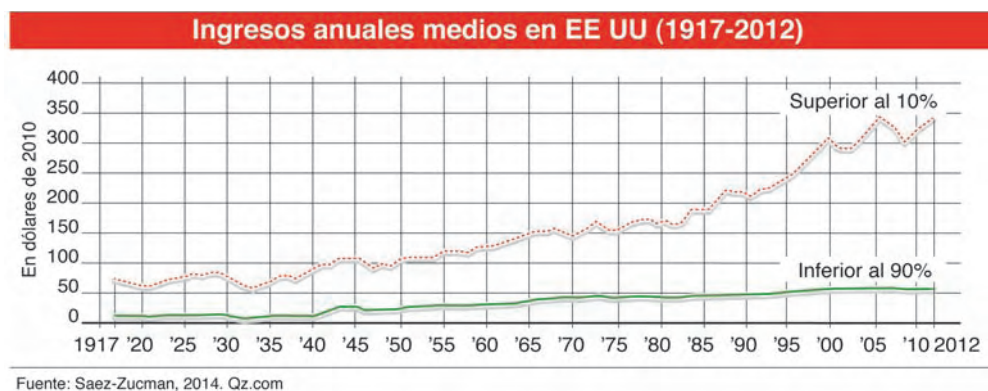
emprendimiento, la aplicación y expansión de la innovación y el crecimiento de las empresas. El británico *The Guardian* hacía su recuento de las desventajas que asuelan Europa. Una de ellas, “el hecho de que sea una superposición de 28 mercados, cada uno con su lengua y costumbres”. Europa padece, además, una tendencia a la dispersión de esfuerzos. Europa no ha sabido tampoco desarrollar un sistema efectivo de ecosistemas de cooperación a la americana, con universidades, centros de I+D, empresas e inversores. Economy Watch afirma que “apenas hay universidades europeas en los primeros puestos mundiales en cuanto a la creación de capital intelectual”. Solo tres de las 10 primeras lo son (y están en Reino Unido): las otras siete son estadounidenses. Quizá por eso la inversión en *startup* es aquí tan pequeña. Según *Fortune*, el capital riesgo invirtió en 2013 cerca de 8.670 millones de dólares en *startup* tecnológicas en EE UU. En Europa la inversión no superó los 1.440 millones.

Además está la mentalidad burocrática, la idea de que todo se puede dirigir desde arriba. Desde hace años, la Comisión Europea presenta ambiciosos programas de reindustrialización, fomento de la I+D o de las nuevas tecnologías, sin mucho impacto. Uno de sus mayores fracasos fue la promoción del GPS europeo, que sigue inédito. Otro ejemplo de esta mentalidad es el plan de rearme digital de Europa, presentado por el presidente de la Comisión, Jean-Claude Juncker. Lo curioso es que, más que potenciar el sector, su motivación sería “equipar a Europa para defenderse de las empresas de EE UU”.

La desigualdad, un problema económico y político

No todo son luces al otro lado del Atlántico. La flexibilidad y libertad del modelo económico a la americana ha generado unas tasas de desigualdad insólitas en el mundo desarrollado, que no dejan de aumentar. EE UU está, en cuanto a igualdad económica, en el puesto 23 de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. Y desde la crisis de 2007-08 la brecha entre los más ricos y el resto de la población no ha dejado de agrandarse, debilitando a la clase media. Mientras que el 90 por cien de los trabajadores estadounidenses tiene ingresos en torno a los 55.000 dólares, que se han mantenido estables desde principios de los años noventa, el 10 mejor pagado casi ha doblado sus ingresos en el mismo periodo: desde 200.000 a los 350.000 dólares.

En el reciente discurso sobre el estado de la Unión, el presidente Obama ha enunciado una serie de medidas para atajar los problemas de la decaída



clase media en EE UU. Algunas de sus propuestas pasan por subir los impuestos a los más ricos (sucesiones, ganancias de capital) y recortarlos a la clase media. La idea es utilizar esos ingresos adicionales para subvencionar guarderías y centros de enseñanza. Obama sigue insistiendo también en subir el salario mínimo hasta 10,1 dólares hora, una propuesta bloqueada ya por los republicanos, que tienen mayoría en las dos cámaras del Congreso, pero puesta en marcha de modo parcial (cantidades menores) por 28 Estados. Huelga decir, sin embargo, que la opinión pública estadounidense no se muestra muy optimista de que el presidente logre llevar a cabo alguna de estas ideas.

No te pierdas ni una.
Suscríbete a los boletines de politicaexterior.com

ESTUDIOS DE
POLITICA EXTERIOR
A través de los intereses que pesan en el mundo. Analizamos la proporcionalidad del crimen y el poder.

Usuario: Carlos Carrasco Cepeda (Cerrar Sesión)

PORTADA ACTUALIDAD POLÍTICA EXTERIOR ECONOMÍA EXTERIOR APKAR / IDEAS INFORME SEMANAL LIBROS SUSCRIPCIONES

Portada

RETOS DE ROUSSEFF: ECONOMÍA, CORRUPCIÓN Y FRAGMENTACIÓN

NEWSGAMES: EL MUNDO ES UN

27 / OCT / 2014
#ISPE: Cambio climático, el precio de la depredación
El secretario de Defensa de Estados Unidos, Chuck Hagel, aprovechó la reciente cumbre de ministros de Defensa de las Américas en Arequipa (Perú) para presentar el documento 'Climato change ada...'
Leer más

24 / OCT / 2014
El Vaticano, entre la tradición y el progreso
El 18 de octubre el papa Francisco proclamó el final del sínodo extraordinario sobre la familia. ¿había levantado esperanzas...?
Leer más

27 / OCT / 2014
#ISPE: Cambio climático, el precio de la depredación
El secretario de Defensa de EE UU, Chuck Hagel, aprovechó la reciente cumbre de ministros de Defensa de las Américas en Arequipa (Perú) para presentar el documento 'Climato change ada...'
Leer más

DESCARGAR PDF
COMPRAR BONO

Portada | Libros | Esto lo cambia todo

10 / OCT / 2014
Esto lo cambia todo
NAOMI KLEIN
Editor:
Editorial: Simon and Schuster
Ciudad: Nueva York
Fecha: 2014
Páginas: 678 págs.

NAOMI KLEIN
THIS CHANGES EVERYTHING: CAPITALISM vs THE CLIMATE

Naomi Klein vuelve a la carga. Siete años después de la publicación de *La Doctrina del Shock*, la periodista y activista antiglobalización publica *Esto cumple todo*, una llamada a las armas para luchar contra el cambio climático y el capitalismo desregulado.

El retorno de Klein es una buena noticia. Muchos nos hemos preguntado dónde estaba la canadiense mientras el mundo se venía abajo: la crisis de 2008, los sucesivos programas de recortes en la Unión Europea, el atractivo creciente de economías de mercado autoritarias como China y Singapur proporcionan material más que de sobra para publicar otro alegato contra el capitalismo de casino. Pero Klein estaba cambiando el enfoque de su investigación. Es una señal de identidad de esta autora, que mantiene la coherencia en su obra al mismo tiempo que evita ahondar machaconamente en los mismos temas. Su influyente *No Logo*, publicado en 2000, se convirtió en piedra angular de la crítica al branding y la sociedad de consumo. *La Doctrina del Shock*, publicado siete años

Boletines periódicos de:

- Nuestras revistas
- Los libros que deberías leer
- Destacados de la web
- Lo mejor del #ISPE

politicaexterior.com

Los BRICS y la nueva gobernanza económica

Alicia González

En 2016, China asumirá la presidencia del Grupo de los 20, la primera vez que el gigante asiático encabezará uno de los principales foros de cooperación económica global. Para entonces también empezará a operar el banco de desarrollo impulsado por las grandes potencias emergentes –Brasil, Rusia, India, la propia China y Suráfrica, los BRICS–, con el objetivo de financiar proyectos de infraestructuras en países en desarrollo y propiciar liquidez si fuera necesario a países con crisis de financiación exterior. Será la constatación del éxito de estos países en las últimas cuatro décadas y del nuevo papel que están dispuestos a desempeñar en la gobernanza de la economía global.

Los BRICS se constituyeron como grupo en 2009, en plena crisis financiera y ocho años después de que el entonces economista jefe de Goldman Sachs, Jim O'Neill, creara el acrónimo para definir a los países emergentes cuyas economías ofrecían mayores perspectivas de crecimiento. Durante ese tiempo, el grupo se ha constituido como un foro de articulación política, con 30 áreas definidas de cooperación y diálogo, pero donde las profundas diferencias entre los países habían permitido escasos avances. De hecho, los BRICS no se han caracterizado por su gran capacidad de coordinación en la

Alicia González es corresponsal de Economía Internacional en *El País*.

La arquitectura financiera internacional sigue dominada por EE UU y Europa. Mientras las instituciones de Bretton Woods muestran su incapacidad para adaptarse a la nueva realidad, los países emergentes buscan alternativas para la gobernanza económica mundial.

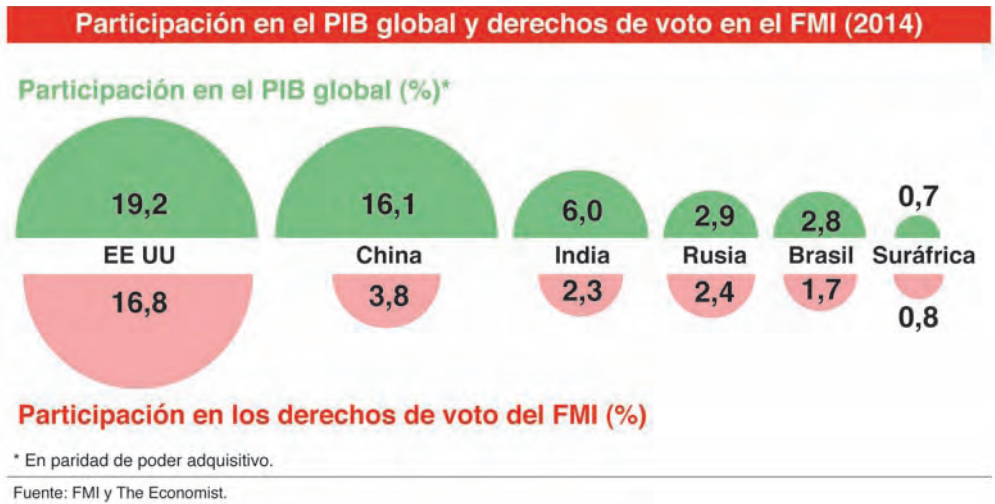
escena internacional y sus posiciones en otros foros, como el mismo G20, la Organización Mundial del Comercio (OMC) y las cumbres del clima defendían en muchas cuestiones intereses contrarios que hacían difícil creer en la posibilidad de establecer un banco de desarrollo conjunto. Las negociaciones para su creación se demoraron durante dos años, hasta su anuncio en julio de 2014, durante la cumbre de Fortaleza, Brasil. “Desde el surgimiento de los BRICS en 2009, el diálogo del grupo ganó en profundidad y extensión pero ahora abrimos un nuevo ciclo con la creación de dos bancos financieros propios”, explicaba entonces el diplomático brasileño José Alfredo Graça Lima. “Su creación es la respuesta a la falta de acuerdos para democratizar el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), pero no es solo eso. Es también una demostración de la capacidad de los BRICS y de que no dependen de los grandes organismos multilaterales”, apuntaba el diplomático.

Una nueva realidad económica

Lo cierto es que la arquitectura financiera internacional continúa dominada por Estados Unidos y Europa, y las instituciones diseñadas en Bretton Woods en 1944 han sido incapaces de acomodarse a la nueva realidad y otorgar a las economías emergentes el protagonismo que merecen. “El PIB

agregado de los BRICS es hoy mayor que el de las economías avanzadas cuando se crearon las instituciones de Bretton Woods”, recuerda el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz. Estos países representan una cuarta parte de la economía mundial, y casi el 94 por cien del crecimiento económico internacional entre 2007 y 2013. Su presencia en las instituciones financieras, sin embargo, es casi inexistente. El FMI ni siquiera ha sido capaz de poner en marcha la mínima revisión de cuotas aprobada en 2010, que ya habría quedado obsoleta por la evolución de las economías, ante el rechazo del Congreso de EE UU a ratificar el acuerdo. Dicho lo cual, los BRICS tampoco fueron capaces de consensuar su apoyo a un candidato para el FMI en 2011 o para presidir el Banco Mundial en 2012. “Los países emergentes son una importante fuerza de la economía mundial. Pedimos una mejora del sistema de gobernanza de la economía global aumentando el voto de los países emergentes en las instituciones”, han exigido los responsables chinos, en muchas ocasiones, sin éxito. De ahí, el especial simbolismo que cobra la creación del nuevo banco de desarrollo.

“La intención es que el banco de los BRICS se convierta, con el tiempo, en una alternativa al Banco Mundial y al FMI y que sea un nuevo actor entre las instituciones financieras globales. Es un objetivo ambicioso que requerirá un grado de coordinación y armonía que no siempre hemos visto en este grupo”, según explica Vivek Dehejia, profesor de Económicas de la Universidad Carleton (Canadá). El organismo nace con una aportación inicial de 50.000 millones de dólares al capital del banco y 100.000 millones de capacidad de préstamo, así como un fondo de reservas por otros 100.000 millones para ayudar a los países del grupo en caso de una posible crisis de liquidez, como las vividas en algunos países europeos durante la crisis financiera. Son unos 200.000 millones de dólares, la divisa que se utilizará en las transacciones de esta organización, para poner en valor el grupo y hacer una demostración de su fortaleza económica. China contribuirá con 41.000 millones de dólares; Rusia, India y Brasil, con 18.000 millones cada uno y Suráfrica con 5.000 millones. “Es importante que las mayores economías emergentes hayan sido capaces de poner en marcha un proyecto así, de lo contrario su credibilidad como grupo se habría visto cuestionada. Es un primer paso evidente, pero ahora necesitan pasar a la acción”, asegura O’Neill, en la actualidad investigador en el *think tank* Bruegel. “La verdadera cuestión es para qué quieren realmente estos países ese nuevo banco y qué quieren apoyar con él. No se sabe si es un mecanismo para explorar cómo asumir una mayor responsabilidad global, algo más fácil que lograr más representación en el FMI o el



Banco Mundial, o si quieren financiar conjuntamente proyectos de infraestructuras en los países del grupo”, apunta O’Neill.

En diversos artículos, Nicholas Stern, presidente del Grantham Research Institute en la London School of Economics y de la Academia Británica, ha defendido junto a Stiglitz [ambos antiguos economistas-jefe del Banco Mundial] la necesidad de un nuevo banco de desarrollo que dé respuesta a las ingentes necesidades de los países emergentes en materia de infraestructuras. Sostiene lord Stern que el gasto en infraestructuras en estos países deberá aumentar desde los 800.000 millones de dólares actuales hasta, al menos, dos billones en la próxima década. “De lo contrario, será imposible lograr una reducción de la pobreza a largo plazo y un crecimiento inclusivo”, defiende en su análisis. Según sus cálculos, la contribución a la financiación en infraestructuras de los bancos multilaterales de desarrollo y de la ayuda externa rondará los 40.000 a 60.000 millones de dólares en los próximos años, apenas el dos-tres por cien de la cuantía requerida.

No se trata solo de garantizar que, después de la crisis financiera internacional y de los recursos procedentes del FMI que han consumido los países europeos, haya fondos suficientes destinados a promover el desarrollo en países emergentes. Se trata también de lograr que el tipo de proyectos que financian recoja las necesidades económicas, sociales y medioambientales de estos países. Por ejemplo, el Banco Mundial apenas financia una decena de proyectos de energía hidráulica en todo el mundo, debido al rechazo que genera en muchos grupos de presión la construcción de presas y pantanos.

Asimismo, las salvaguardias impuestas por el Banco y por el Fondo en su funcionamiento, así como la dura condicionalidad asociada a sus préstamos han restado eficiencia a la financiación procedente de estos organismos, retrasando la puesta en marcha de los proyectos y su desarrollo. Pero, al mismo tiempo, son esas condiciones las que han mantenido prácticamente intacta la capacidad de recuperación de los créditos y, con ello, la capacidad de estos organismos para seguir concediendo préstamos. Ningún país ha dejado nunca de devolver los créditos concedidos por el FMI, debido a su condición como acreedor prioritario, gracias a lo cual, entre otras razones, mantiene la máxima calificación crediticia y su solvencia. Esto es un factor a tener en cuenta en la evolución del banco de desarrollo de los BRICS, que por otro lado puede incorporar instrumentos de financiación más modernos que los empleados por las instituciones de Bretton Woods.

Stiglitz sostiene que las instituciones tradicionales no han sido capaces de aprovechar las oportunidades que ofrecen los cambios en los mercados financieros, incluyendo las importantes sumas que manejan los fondos soberanos y los fondos de pensiones, y que el nuevo banco de desarrollo podría ser capaz de catalizar nuevas alianzas para dotarse de otros instrumentos de financiación, más innovadores y eficientes. “El nuevo banco puede hacer una gran contribución a la salud de la economía global al facilitar la transición hacia nuevos polos de crecimiento y demanda, ayudando a reequilibrar los ahorros y las inversiones globales y canalizando el exceso de liquidez para que tenga un uso productivo. No solo sería un motor de crecimiento sostenible en el mundo emergente, sino que podría impulsar también reformas en las instituciones multilaterales ya existentes”, ha asegurado en diversos artículos. Los BRICS aún trabajan en los modelos de funcionamiento de las recién creadas instituciones.

¿En las manos de Pekín?

La situación económica y política de las grandes economías emergentes tampoco resulta especialmente alentadora de cara a su acción exterior. La actividad en estas economías se ha ralentizado en los últimos meses y ello, sin duda, se dejará sentir en el plan de recapitalización del banco previsto para los próximos años. La caída del precio del petróleo y las sanciones económicas contra Rusia por el enfrentamiento en Ucrania han mermado notablemente la capacidad financiera del gobierno de Moscú, cuya economía entrará este año en recesión después de perder unos 150.000

millones de dólares en capital extranjero en 2014. La economía de Suráfrica apenas creció el 1,4 por cien en 2014, la mitad de lo previsto a principios de año, debido a las numerosas huelgas en el sector de la minería y a la caída del precio de las materias primas. En el caso de Brasil, el nuevo gobierno de Dilma Rousseff se ha embarcado en un programa de ajuste, con el que espera recortar gastos por el equivalente al 1,5 por cien del PIB, mientras el banco central ha subido los tipos de interés al 12,25 por cien, pese al frenazo de la economía para intentar controlar la inflación. Solo la economía de India presenta un perfil vigoroso y, con un aumento del PIB del 7,5 por cien en 2014, ya ha superado a China, que este año crecerá un 6,8, según estimaciones del FMI, después de registrar en 2014 el menor crecimiento de los últimos 24 años, 7,4 por cien. Pese a todo, el PIB de China es mayor que el de las otras cuatro economías BRICS juntas y representa el 55 por cien del total, “lo que significa que todo va a depender básicamente de Pekín”, apunta O’Neill.

China podría haber financiado por sí misma un banco de desarrollo mucho mayor del que ha puesto en marcha con los BRICS

China, sin duda, podía haber financiado por sí misma un banco de desarrollo mucho mayor del que han puesto en marcha este grupo de potencias emergentes. Según datos de diversos responsables estadounidenses, las instituciones públicas chinas han distribuido 670.000 millones de dólares en los dos últimos años y solo el Banco de Desarrollo de China realiza ya más préstamos que el Banco Mundial. No en vano, el gigante asiático acumula la mayor cantidad de reservas en divisas del mundo, con cuatro billones de dólares, el 40 por cien del total, y al tiempo que ha puesto en marcha el banco de desarrollo de los BRICS también ha anunciado la creación del Banco de Inversiones en Infraestructuras Asiáticas y el Fondo de la Ruta de la Seda, respaldado por otro banco de desarrollo. En total, 140.000 millones de dólares comprometidos para la inversión en infraestructuras. “China está decidida a aprovechar el hueco que está dejando el FMI y el Banco Mundial para tejer una estrategia de alianzas a largo plazo y en función de sus propios intereses”, sostiene Miguel Otero-Iglesias, investigador de Economía Política Internacional del Real Instituto Elcano y autor de *The Euro, the Dollar and the Global Financial Crisis*.

Es la diplomacia monetaria china, según la definición de Yang Jiang, profesora de la Copenhagen School of Economics, una estrategia que permite a Pekín granjearse importantes apoyos políticos entre aquellos países que necesitan financiación, como sucede en buena parte de África o países sin acceso a los mercados financieros como Argentina, Venezuela o Ecuador. Pekín ha aprendido las lecciones del pasado. Es la misma estrategia que ya utilizó en 1971 para recabar el apoyo de las naciones africanas y asegurarse la continuidad en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y el reconocimiento de la República Popular. Solo que ahora el papel que ejerce de prestamista de último recurso para muchos países tiene razones más relacionadas con la protección de sus inversiones y la necesidad de asegurarse el acceso a las materias primas y los recursos. Esa política, además, favorece el uso de su divisa, yuan, que ya se ha convertido en la séptima divisa más usada en los pagos globales pero que aún no puede ser considerada una divisa de reserva internacional porque no es totalmente convertible. Hasta la fecha Pekín ha firmado acuerdos cambiarios con una treintena de países, entre ellos Reino Unido y Australia, y su objetivo es lograr la inclusión del yuan en la cesta de divisas que conforman los Derechos Especiales de Giro (DEG), la divisa del FMI. El Fondo revisa este año la composición de esa cesta, que ahora incluye el dólar, el euro, el yen y la libra. Y eso tiene una traducción en el uso de la divisa. Según Yang, los países del Consejo de Seguridad de la ONU que cuentan con mayores reservas en yuanes en sus bancos centrales votan mayoritariamente en el mismo sentido que China en las consultas.

Pese al estatus de superpotencia que le otorga un colchón monetario de cuatro billones en divisas, China se empeña en defender su condición de economía en desarrollo y aparecer como una potencia del Sur, que trata de igual a igual a sus vecinos de Asia, Latinoamérica y África. Cuando el FMI confirmó que, por paridad de poder de compra, China había superado a EE UU como primera economía mundial, Pekín protestó enérgicamente por los métodos seguidos por la institución para la elaboración de esa estadística. China quiere convencer al resto de los países de que su auge económico y político va a ser pacífico y de que su compromiso como defensor de los países emergentes en la gobernanza mundial es firme. “La táctica china nunca pasa por dar jaque mate al rey”, explica Otero-Iglesias. Por ello, resulta tan importante para las autoridades de Pekín la próxima presidencia del G20.

El G20 y el cambio en la gobernanza

Se trata de uno de los escasos foros multilaterales reconocidos por el Congreso Nacional del Partido Comunista Chino en 2012, junto al propio grupo de los BRICS, la ONU y la Organización para la Cooperación de Shanghai. Es ahí donde China reconoce estar dispuesta a “jugar un papel activo en las relaciones internacionales”, frente al “bajo perfil internacional” decretado por Deng Xiaoping. El G20 ha surgido en la reciente crisis financiera internacional como el foro donde acomodar a países desarrollados y países emergentes para hacer frente a las amenazas para la economía global, un gran avance respecto al modelo posterior a la Segunda Guerra mundial, dominado por las grandes potencias industrializadas organizadas en torno al G7. China rechazó pertenecer a este último grupo –que incorporó a Rusia en 2002 como G8 y del que fue expulsada de forma temporal en 2014 a raíz del conflicto en Crimea– por su desconfianza hacia un foro que representaba exclusivamente a los países ricos y su temor a ser tratado como un socio de segunda fila, además de tener que asumir responsabilidades innecesarias dada su autoproclamada posición como potencia en desarrollo.

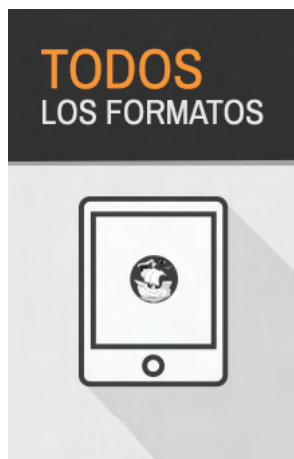
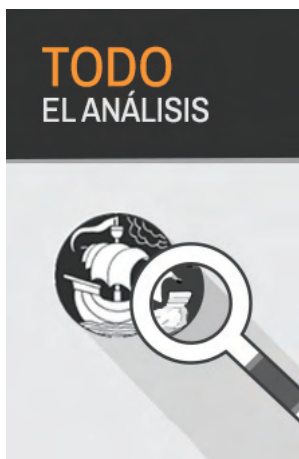
Hugh Jørgensen y Daniela Strube, investigadores del Instituto Lowy de Política Internacional en Sidney (Australia), sostienen que el G20 “proporciona a China una transición ordenada entre el legado de las estructuras de Bretton Woods, de las que se ha beneficiado enormemente su economía, y los nuevos foros como el de los BRICS”. A su juicio, el G20 tiene potencial para ayudar a China a expandir su papel en la gobernanza económica global, mientras se mantienen en lo fundamental las estructuras de la actual arquitectura financiera mundial. “Esa combinación podría ayudar a impulsar la gobernanza económica global”, aseveran en uno de sus análisis. Lo cierto es que desde la cumbre de San Petersburgo de 2013, Pekín ha defendido la necesidad de una mayor cooperación económica internacional y su propia evolución económica ha contribuido a reforzar ese llamamiento. Con el superávit exterior reducido de forma dramática y sin la presión en el G20 sobre los desequilibrios de las balanzas por cuenta corriente, China parece haber empezado a aceptar los compromisos para un cambio en su modelo de crecimiento y la agenda prevista para su presidencia del grupo es fiel reflejo de sus intereses.

Tal como está diseñado el funcionamiento del foro, la presidencia del G20 tiene que coordinar la agenda con el país que le precede en el cargo, en este caso Turquía, y la presidencia posterior, aún por definir. Eso supone que Pekín dará continuidad a los debates sobre cuestiones financieras, la coordi-

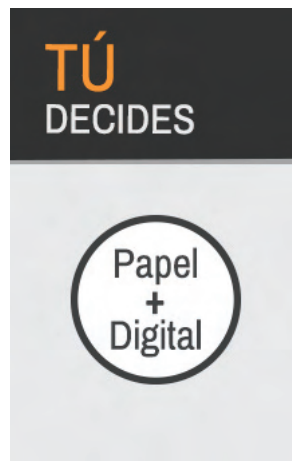
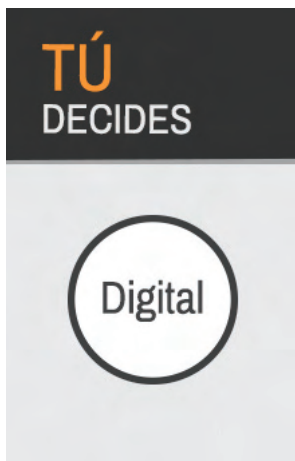
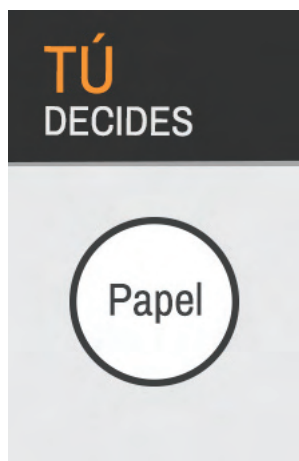
nación económica y la reforma del sistema financiero y monetario internacional. Es ahí donde el presidente, Xi Jinping, insistirá en la necesidad de aprobar la reforma del sistema de cuotas del FMI y en la inclusión del yuan en la cesta de divisas que el Fondo utiliza como referencia para fijar los DEG. Según Alex He, investigador del Centro para la Innovación de la Gobernanza Internacional (CIGI), entre las cuestiones que la presidencia china quiere incluir como novedad en la agenda están el comercio, la energía y la financiación de la inversión en infraestructuras, lo que vuelve a poner el acento en los bancos de desarrollo impulsados por Pekín en los últimos meses y en el grupo de los BRICS.

Ahí los BRICS aún deben superar la prueba del tiempo. La fortaleza y unidad del grupo tendrá que enfrentarse a un entorno en que el ritmo de crecimiento de China estará más próximo al cinco por cien que a los dos dígitos registrados en el pasado, y donde las tensiones entre los distintos miembros del grupo aún están por resolver. De hecho, Rusia está desplegando sus alianzas con distintos países asiáticos para compensar las pérdidas derivadas de su tensión con Occidente y para evitar también una dependencia excesiva de su principal socio comercial, según los datos de 2013.

Del acuerdo firmado con el gigante asiático en mayo de 2014 de suministro de gas por 400.000 millones de dólares para 2018 no hay rastro, ni han comenzado las exploraciones en el oriente de Siberia ni la construcción del gasoducto que haga posible la entrega. Mientras, el presidente ruso, Vladimir Putin, ha ofrecido a India, que mantiene un enfrentamiento histórico con China, suministrarle petróleo, armamento y reactores nucleares, aunque como aseguran diversos expertos, Rusia no tiene una economía que apoye una presencia creciente y sostenida en la región. Del éxito o del fracaso de todos estos proyectos dependerá, en buena medida, la capacidad de influencia de los países emergentes en la reforma de la gobernanza económica mundial.



Política Exterior
Economía Exterior
Afkar / Ideas
Informe Semanal de Política Exterior



*Si te interesa lo que pasa en el mundo, nosotros te contamos cómo y por qué.
En todos los formatos y en español.*

politicaexterior.com

Transporte inteligente y ciudades digitales

Eduardo Bonet

La rápida urbanización y el aumento de la densidad de población ha llevado en las últimas décadas a un crecimiento de las ciudades que se ha multiplicado de manera exponencial y que plantea enormes retos y oportunidades tanto a los gestores públicos como a las empresas. Según las Naciones Unidas, aproximadamente el 70 por cien de la población mundial vivirá en ciudades en 2030. Las ciudades han afrontado este escenario dotándose de las infraestructuras necesarias para ofrecer una cobertura rápida de las necesidades de los ciudadanos. Sin embargo, este despliegue de infraestructuras y servicios, con el urbanismo como eje vertebrador, se ha realizado desde una concepción aislada de cada uno de los elementos de la ciudad, como si de silos se tratara, sin tener en cuenta un diseño integrado y óptimo de las soluciones.

Con la llegada del siglo XXI y la situación socioeconómica actual, el paradigma sobre el cual se ha asentado el desarrollo de las ciudades se ha agotado. Desde esta perspectiva, las grandes áreas metropolitanas se enfrentan a un doble reto sin precedentes: alcanzar una alta eficiencia en términos de uso de los recursos económicos y medioambientales, a la vez que asegurar el crecimiento económico y la inclusión social.

Eduardo Bonet es director general adjunto en Indra.

Mejorar la calidad de vida y la sostenibilidad social y medioambiental son los objetivos de las ‘smart cities’. Río de Janeiro, Medellín o Singapur son ejemplos del uso de las tecnologías de la información y comunicación para la gestión inteligente de los servicios urbanos.

Información para una gestión más eficaz de la ciudad

En este contexto, bajo el paraguas del término “ciudades inteligentes” o *smart cities*, se aglutinan todas aquellas iniciativas orientadas a mejorar la calidad de vida, la sostenibilidad social y medioambiental y los servicios urbanos, innovando en nuevos modelos de gestión y utilizando las tecnologías de información y comunicación (TIC), así como la innovación como eje vertebrador de todas estas iniciativas.

El conocimiento *online* de la realidad de la ciudad mediante la implantación de sensores, así como la integración y análisis de toda la información procedente de diferentes ámbitos permite la gestión dinámica de las actividades en función de la realidad, los recursos disponibles y niveles de calidad objetivos.

Contadores inteligentes que miden el consumo de electricidad, gas y agua, sensores de tráfico que reportan información sobre el estado de las carreteras y las zonas congestionadas o equipamientos GPS que señalan la localización de equipos de emergencia o autobuses urbanos; la información recopilada se envía a través de una variedad de redes de comunicación interconectadas que, mediante tecnologías de *analytics* y *big data*, es presentada y visualizada de forma comprensible para ayudar a la toma de decisiones.

La ciudad de Río de Janeiro recolecta información de 30 departamentos distintos sobre transporte, agua, energía, climatología y otras áreas. Luego comunica esa información a un centro de control unificado que la analiza y presenta de forma comprensible, obteniendo así no solo el conocimiento sobre su situación actual, sino adquiriendo también capacidad predictiva que le permita anticipar otras eventualidades, en muchos casos de importancia crítica como inundaciones, terremotos y otro tipo de catástrofes naturales o situaciones de emergencia.

El flujo y análisis de información permite la optimización de sistemas complejos en distintos ámbitos como suministro de agua, seguridad pública, tratamiento de aguas residuales, transporte o suministro de electricidad entre muchos otros.

La transformación sufrida por Medellín (Colombia) en los últimos años siguiendo el paradigma de las *smart cities* no tiene parangón a nivel mundial. El urbanismo social y la educación, las políticas de transparencia y participación, las iniciativas medioambientales y los grandes avances en seguridad y transporte público han conseguido situar Medellín como referente en gestión, servicios y desarrollo sostenible.

Otras ciudades, como Singapur o Masdar en Emiratos Árabes Unidos están implementando tecnologías inteligentes en el tratamiento de aguas (*smart water*), estableciendo redes unificadas donde la optimización para el control de fugas se realiza de forma remota e interactiva, y donde múltiples fuentes de agua son coordinadas y manipuladas automáticamente.

En Europa se están realizando numerosos esfuerzos en materia de mejora de la competitividad mediante la adopción de tecnologías digitales en el ámbito metropolitano, que se articulan a través de diferentes iniciativas de apoyo a la investigación, el desarrollo y la innovación. Estas iniciativas se estructuran en programas plurianuales, que por periodos de siete años establecen las políticas de la Unión Europea, las prioridades y los mecanismos de financiación. Para el siguiente periodo plurianual 2014-20, el gran instrumento de la Unión será el Programa Horizonte 2020, el cual integrará las actividades de investigación e innovación contenidas en el Programa Marco para la Investigación y el Desarrollo Tecnológico, el Programa Marco de Competitividad e Innovación y en los programas del Instituto Europeo de Innovación y Tecnología.

También en España a través del Centro para el Desarrollo Tecnológico Industrial (CDTI) se están desarrollando programas de innovación como Ciudad2020, proyecto Innpronta que pretende lograr un avance en las áreas

de eficiencia energética, Internet del futuro, Internet de las cosas, comportamiento humano, sostenibilidad medioambiental y movilidad y transporte, con el objetivo de diseñar la ciudad del futuro, sostenible, inteligente y eficiente. Además, se ha creado la Red Española de Ciudades Inteligentes (RECI), integrada actualmente por 60 municipios y que tiene por objeto la generación de una dinámica entre ciudades con el fin de promover la gestión automática y eficiente de las infraestructuras y los servicios urbanos, así como la reducción del gasto público y la mejora de la calidad de los servicios, consiguiendo de este modo atraer la actividad económica y generar progreso.

Barcelona se ha establecido como objetivo el desarrollo de un modelo estandarizado y replicable de *smart city*, mediante el diseño de cada uno de los elementos que la integran: los modelos de servicios, las redes de sensores y de comunicaciones, la plataforma de gestión de los servicios, etcétera.

Además, se están desarrollando políticas de apoyo al vehículo eléctrico, enmarcadas en la plataforma público-privada LIVE (Logística para la Implementación del Vehículo Eléctrico).

Santander se alza como una de las ciudades europeas pioneras en la adopción de tecnologías para el ámbito urbano, y ha desplegado numerosas iniciativas en los últimos años que incluyen monitorización medioambiental estática (cerca de 2.000 dispositivos interconectados que miden y analizan parámetros tales como la temperatura, CO₂, ruido o luz), gestión de aparcamiento en vía pública (400 sensores con el objetivo de detectar aparcamientos libres en tiempo real) o su participación en programas de integración de medios de transporte entre ciudades y regiones.

En A Coruña se está desarrollando un ambicioso proyecto de *smart city* que servirá como base para la gestión e integración de todos los servicios y soluciones inteligentes, que conforman el ecosistema de la ciudad en ámbitos como medio ambiente, energía, movilidad urbana, sanidad, seguridad, ocio y turismo y e-administración. Este gran centro de gestión facilitará que los distintos sistemas intercambien información entre sí para ofrecer una visión completa de la actividad. Además incluirá herramientas de análisis para

**La ciudad inteligente
requiere visión integral,
con una gestión
holística a partir de los
datos obtenidos en
información y servicios**

prever cuáles son los comportamientos de la ciudad (ciudadanos, instalaciones, tráfico, etcétera) con relación al uso de los servicios, de manera que se adapten más adecuadamente y de forma proactiva a las necesidades reales. El proyecto está concebido en dos fases, la primera consiste en el desarrollo y puesta en marcha de una plataforma tecnológica horizontal, y la segunda en el desarrollo de proyectos piloto, que se traducirán en servicios *smart* para los ciudadanos. El enfoque planteado en A Coruña toma como base un aspecto clave en el desarrollo de la ciudad inteligente: la visión integral de la ciudad, manteniendo una gestión holística de la misma a partir de la conversión de los datos obtenidos en información y servicios.

Movilidad inteligente

A nivel mundial los avances han sido significativos en todas las áreas que integran el funcionamiento de la ciudad inteligente, sin embargo, el ámbito en el que la adopción de soluciones inteligentes ha avanzado más es posiblemente el transporte. Las soluciones de movilidad destacan como uno de los pilares básicos de la ciudad inteligente y muchas han desplegado ya diferentes sistemas de transporte inteligente, mientras otras plantean utilizarlos como parte de sus estrategias de gestión de la movilidad.

Según el estudio “Megacity challenges, a stakeholder perspective”, el transporte representa el problema de infraestructura más importante para las ciudades en todas sus fases de desarrollo, ya que su eficacia es esencial tanto para la competitividad económica como para la sostenibilidad medioambiental de la gran ciudad. Además, el impacto de la movilidad en la percepción de la calidad de vida de los ciudadanos y la contaminación de las ciudades sitúa su mejora como prioridad en el nuevo paradigma. La congestión del tráfico destaca como uno de los problemas más generalizados, y conlleva un profundo coste económico, que puede alcanzar en muchos casos entre el uno y el tres por cien del PIB.

En mercados emergentes, los esfuerzos se centran en el desarrollo de sistemas inteligentes de transporte multimodal, además de en la mejora de sistemas de tráfico. Importantes ciudades, incluyendo Pekín y Nueva Delhi, están poniendo en práctica ambiciosos programas a este respecto. Por otro lado, en países desarrollados el enfoque al problema de la congestión se encamina hacia el desarrollo y la adopción de nuevas soluciones tecnológicas que desincentiven el acceso al centro de vehículos privados e impulsen el transporte público metropolitano en sus diferentes modalidades.

La reducción de la congestión y la contaminación de las ciudades pasa por limitar el uso del vehículo privado y convencer al ciudadano de los beneficios del transporte público. Para ello, las ciudades se enfrentan al reto de ofrecer un transporte público que realmente cumpla las expectativas de los usuarios con respecto a rapidez, eficiencia, puntualidad, seguridad y comodidad. Desde el punto de vista del usuario, la implantación de tecnologías *smart card* para el acceso a los servicios de transporte, la unificación de pagos mediante NFC o el acceso a una planificación global y eficiente mediante dispositivos web ayuda a que el uso de transporte público mejore considerablemente.

En Barcelona e impulsada por la Autoridad del Transporte Metropolitano de Barcelona (ATM), la T-Mobilitat es el nuevo sistema de pago inteligente del transporte público que permitirá sustituir las 84 tarjetas multiviaje de transporte público vigentes actualmente por una única tarjeta inteligente con tecnología sin contacto, primero en el área de Barcelona y posteriormente en toda Cataluña. Además de permitir el acceso al metro, los autobuses, el tranvía, el tren y los ferrocarriles de la Generalitat de Catalunya, la nueva tarjeta ofrecerá a los ciudadanos ventajas como el ajuste automático de las tarifas según el uso que hagan del transporte o la posibilidad de pagar todos sus desplazamientos en una única factura a final de mes.

Sin embargo, el mayor reto de las ciudades respecto a los servicios de transporte público reside en conseguir una planificación multimodal que sea capaz de aumentar las ratios de puntualidad, reducir los tiempos de viaje y conseguir que la combinación de diferentes medios de transporte sea prácticamente transparente para el usuario.

Las nuevas tecnologías, tan importantes en el paradigma de las *smart cities*, están permitiendo a las ciudades crear innovadoras políticas de movilidad adaptadas a las necesidades de cada ciudad para promover el transporte público y la movilidad sostenible. En Europa occidental se hace especial hincapié en este último punto, y son numerosos los esfuerzos para incentivar el uso de sistemas de transporte público. Muchas ciudades se plantean seguir el modelo impuesto en Londres o Estocolmo, introduciendo

**Las nuevas tecnologías
permiten innovadoras
políticas de movilidad
sostenibles adaptadas a
las necesidades de las
ciudades y sus habitantes**

las llamadas “tarifas de congestión”, que establecen cargas tributarias sobre el uso de determinadas vías públicas, especialmente durante las horas pico. Es particularmente exitoso el caso de Londres, donde se ha experimentado un incremento del uso de autobuses del 40 por cien desde 1999, que ha contribuido a un cambio modal del cuatro por cien con respecto a los vehículos privados. Esto ha sido posible gracias a la combinación de tarifas de congestión y prioridades a los autobuses con iniciativas específicas que incluyen ampliación de servicios, mejores horarios y conexiones, inversión en nuevos autobuses, una estructura tarifaria y una solución de pago más sencillas, actualización regular de los trayectos y campañas de *marketing*. Para asegurar el éxito, este tipo de políticas deben ir acompañadas siempre de una alternativa eficiente para los ciudadanos.

Además de las mejoras en transporte público, la gestión inteligente y eficiente de la movilidad debe apoyarse en la gestión adaptativa del tráfico y en los sistemas de información a los usuarios, ya que estos desempeñan un papel fundamental dentro de la gestión de la movilidad. La información recibida desde los dispositivos móviles de los usuarios, junto con las nuevas técnicas de análisis basadas en *big data* están dando lugar a nuevos modelos de simulación y predicción que permiten a los gestores de la movilidad informar en tiempo real a los usuarios de la mejor alternativa para su viaje.

Se trata de alcanzar una optimización tecnológica de la movilidad, con menor congestión y mayor seguridad, desarrollando nuevos conceptos de transporte de mercancías y personas y reduciendo el número de accidentes. La formulación de políticas de transporte europeo se apoyará en la creación de una plataforma de investigación socioeconómica que ayudará a definir los patrones y tendencias actuales, identificando las necesidades de los ciudadanos y los retos que plantean.

Las iniciativas en materia de transporte público tratan, además, de ofrecer un servicio que dé cobertura a una mayor demanda de forma más eficiente, más segura y con menores costes para el ciudadano e incorporar políticas de movilidad que favorezcan su uso: sistemas de prioridad al transporte público, multimodalidad con los sistemas de bicicleta públicos, políticas de *park and ride*, gestión de *parking* rotacional o mediante reservas, rutas ecosostenibles, planificación avanzada de la logística de reparto de mercancía en las ciudades, etcétera.

Por su parte, Norteamérica, y sobre todo Estados Unidos, hace un uso intensivo del vehículo privado como medio de transporte principal, generando graves problemas de congestión que acarrearán enormes pérdidas en

concepto de tiempo y combustible. Si bien la atención aquí se centra en las infraestructuras, EE UU se enfrenta a una falta de consenso político a la hora de iniciar la construcción de nuevas infraestructuras, por lo que los esfuerzos se dirigen hacia la optimización de las ya existentes y la mejora de la calidad del servicio.

EE UU es un país pionero en la instalación de sistemas automatizados para el movimiento de personas o Automated People Mover (APM): trenes interurbanos, monorraíles, duorraíles y trenes de levitación magnética, completamente automatizados, normalmente contruidos en distintos niveles de altura de forma que no interrumpen los flujos de otras rutas de tránsito. Este tipo de infraestructura lleva años perfeccionándose en Norteamérica, y desde hace tiempo otros países de todo el mundo están adoptándolo, incorporando las últimas tecnologías del sector. Los modelos más recientes incorporan sistemas de seguridad optimizados, vagones de capacidad ampliada, pudiendo transportar cerca de 50.000 pasajeros por hora, funcionamiento bidireccional y raíles de alta velocidad con cambio automático.

Durante décadas, los fabricantes de automóviles se han centrado en mejorar las mismas métricas de rendimiento, alcanzando enormes avances en eficiencia, seguridad y confort. Sin embargo, la era móvil ha introducido una nueva categoría de innovaciones y avances aplicados a la tecnología del automóvil y que cambiarán nuestra forma de desplazarnos en los próximos años.

La aparición de vehículos conectados va a transformar las modalidades de transporte tanto público como privado, creando oportunidades para el desarrollo de nuevas plataformas basadas en modelos innovadores de provisión de servicios a los ciudadanos. Los nuevos automóviles se encuentran conectados mediante módem propio con conexión 3G/4G, Wi-fi y Bluetooth, de manera que se pueda acceder a todo tipo de servicios basados en Cloud, aplicaciones, información y entretenimiento de nueva generación.

Las nuevas tecnologías mejoran significativamente la seguridad vial, en tanto que incorporan sistemas integrados GPS y sistemas de aviso automáticos en caso de accidente, que permiten a los servicios de emergencia

**El 'stock' global de
vehículos eléctricos ha
aumentado desde
100.000 unidades en
2011 a 405.000 a
principios de 2014**

proporcionar una respuesta más rápida. Además, se han desarrollado sistemas de autodiagnóstico del vehículo, detección de obstáculos en carreteras e intercomunicación entre vehículos. Desde otra perspectiva, tanto los fabricantes de automóviles como las compañías de seguros y los propios usuarios se enfrentan a nuevos retos asociados a la conectividad digital de los medios de transporte.

El mercado del vehículo eléctrico avanza y se extiende con rapidez. El *stock* global de vehículos eléctricos ha aumentado desde 100.000 unidades en 2011, a 405.000 a principios de 2014, mientras que el *stock* de vehículos híbridos superaba los nueve millones en octubre de 2014. Muchos países comienzan a adoptar políticas enfocadas al uso de vehículos eléctricos, con iniciativas públicas como, por ejemplo, la instalación de cargadores de batería públicos en distintos puntos urbanos e incluso la posibilidad de que vehículos eléctricos usen carriles específicos o los compartan con el transporte público. Noruega, Holanda, Islandia, Japón, EE UU o Francia son los países que cuentan con una mayor cuota de este tipo de automóvil.

Pero, si bien los vehículos eléctricos particulares están experimentando una rápida expansión, los beneficios de la tracción eléctrica tienen mayor alcance en los sistemas de transporte masivo urbano, en particular en las líneas de autobús de tránsito por ciudad, donde es más fácil aprovechar todas las prestaciones que proporcionan las nuevas tecnologías.

Los nuevos sistemas de carga en carretera (o carga en movimiento) son uno de los puntos clave para la eficiencia del transporte urbano en autobús: sistemas integrados en la vía que permiten la carga del automóvil que circula sobre ella mediante un sistema de transmisión eléctrica o carga por inducción, proporcionando una carga rápida y segura del vehículo sin tener que parar. En diciembre de 2013 se inauguró en la ciudad de Braunschweig (Alemania) la primera estación de autobuses de carga inductiva y la adopción de varios vehículos públicos eléctricos, transformando toda una línea de autobús de la ciudad a un sistema de e-bus completamente eléctrico. Otros países como Corea del Sur o Japón han seguido el ejemplo y comienzan a implantar este tipo de tecnologías en sus ciudades.

La tecnología de carga por inducción se aplica de forma eficiente también en el sector de los trenes ligeros interurbanos. Las infraestructuras actuales, que cuentan con infinidad de cables unidos mediante sistemas catenarios, serán sustituidas por una red vial donde los sistemas de carga serán exclusivamente subterráneos, lo que permitirá la instalación de infraestructuras ferroviarias ligeras en lugares públicos donde los actuales sistemas de

cableado no lo permiten, como centros de ciudad, parques, jardines o lugares protegidos, a la vez que el impacto visual y medioambiental es mínimo.

Existen además otras iniciativas que aprovechan la utilización de fuentes de energía alternativas, siendo destacables los proyectos de pavimento fotovoltaico: paneles solares integrados en el pavimento cuya energía acumulada puede ser utilizada posteriormente para la iluminación de farolas, semáforos o incluso viviendas adyacentes a la vía.

Ciudades más competitivas y sostenibles

Las ciudades evolucionan hacia sistemas de transporte más integrados, en los que los usuarios disfrutan de servicios más rápidos y eficaces, mejor coordinados y en los que todos los interesados participan activamente, beneficiándose de ciudades más competitivas y sostenibles desde el punto de vista medioambiental. El transporte inteligente es algo más que implantar una tecnología diferenciadora. Las principales ciudades utilizan estas tecnologías para que sus sistemas de transporte sean integrados en vez de monomodales, ofreciendo mejores servicios de transporte y formulando una propuesta más atractiva al usuario.

Ciudades de todo el mundo afrontan retos comunes en relación con el transporte: desde el incremento de los atascos, los problemas relacionados con la seguridad y el envejecimiento de las infraestructuras, hasta la falta de financiación y el impacto sobre el medio ambiente.

No obstante, la transformación hacia espacios urbanos más inteligentes y sostenibles solo es posible a través de la colaboración y la visión compartida de las distintas industrias: las compañías involucradas en los campos de la energía, la comunicación, la sanidad, la seguridad y el transporte necesitan el trabajo conjunto para aprovechar las enormes oportunidades en términos de avances tecnológicos y creación de sinergias. Será la cooperación entre industrias, sistemas y conductas la que ayude a implementar sistemas inteligentes en nuestras ciudades capaces de alcanzar un equilibrio entre el aumento de la calidad de vida y la sostenibilidad.

La inestable estabilidad de Europa

Marcos Suárez Sipmann

Una vez finalizadas las guerras napoleónicas, tuvo lugar el Congreso de Viena, entre septiembre de 1814 y junio de 1815. El emperador Francisco I de Austria había convocado, a instancias de su canciller, Klemens von Metternich, a monarcas y plenipotenciarios europeos. En este foro Austria, Francia, Inglaterra, Rusia y Prusia diseñaron un mapa de Europa que estableció al mismo tiempo el nuevo orden internacional que, con ligeros cambios, pervivió en Europa durante un siglo.

La Europa posnapoleónica de 1815 que dibujó el congreso definió a su vez un equilibrio a cinco, que reposaba en la existencia de cuatro poderes continentales, Francia, Austria, Prusia y Rusia, más uno excéntrico e insular, Gran Bretaña, que compensaba con su dominio marítimo la relativa ausencia en tierra firme europea. La parte continental se caracterizaba por la existencia de dos potencias periféricas, Francia y Rusia, que encerraban a Prusia y Austria, inevitablemente a la greña por el reparto de un espacio donde el cruce nación, Estado, dinastía y realidades económicas hacían muy difícil cualquier subsistema independiente. Ese espacio, que la política del equilibrio europeo llamaba a racionalizar, comenzó a conocerse en el siglo XIX como Mitteleuropa.

Marcos Suárez Sipmann, analista de relaciones internacionales, es politólogo y jurista hispano-alemán. @mssipmann.

El Congreso de Viena trazó en 1815 un mapa de Europa bajo el principio del equilibrio de fuerzas, estableciendo el orden internacional hasta la Primera Guerra mundial. En el centro del diseño estuvo el canciller Metternich, incapaz de percibir los cambios que Europa reclamaba.

El episodio de Los Cien Días, entre marzo y mayo de 1815, hace ahora 200 años, en el que Napoleón Bonaparte logró escaparse de su destierro de la isla de Elba, no pudo dar marcha atrás a los acontecimientos. Para Austria, la victoria sobre Napoleón supuso la recuperación de los territorios de 1792, excepto los Países Bajos y algunas de sus posesiones en Alemania, así como la anexión de algunos nuevos. El imperio austríaco emergió como una unidad sólida que mantuvo su influencia en los asuntos de Alemania, y obtuvo un gran prestigio como Estado-presidente de la nueva Confederación Germánica.

En este congreso extraordinario las cancillerías europeas intentaron volver a una balanza de poderes entre las citadas monarquías de primer rango (incluida la propia Francia, a la que se reconocían las fronteras existentes en 1792). En el acta final aprobada se plasmó el esfuerzo de los vencedores por restablecer las bases políticas anteriores al proceso revolucionario francés.

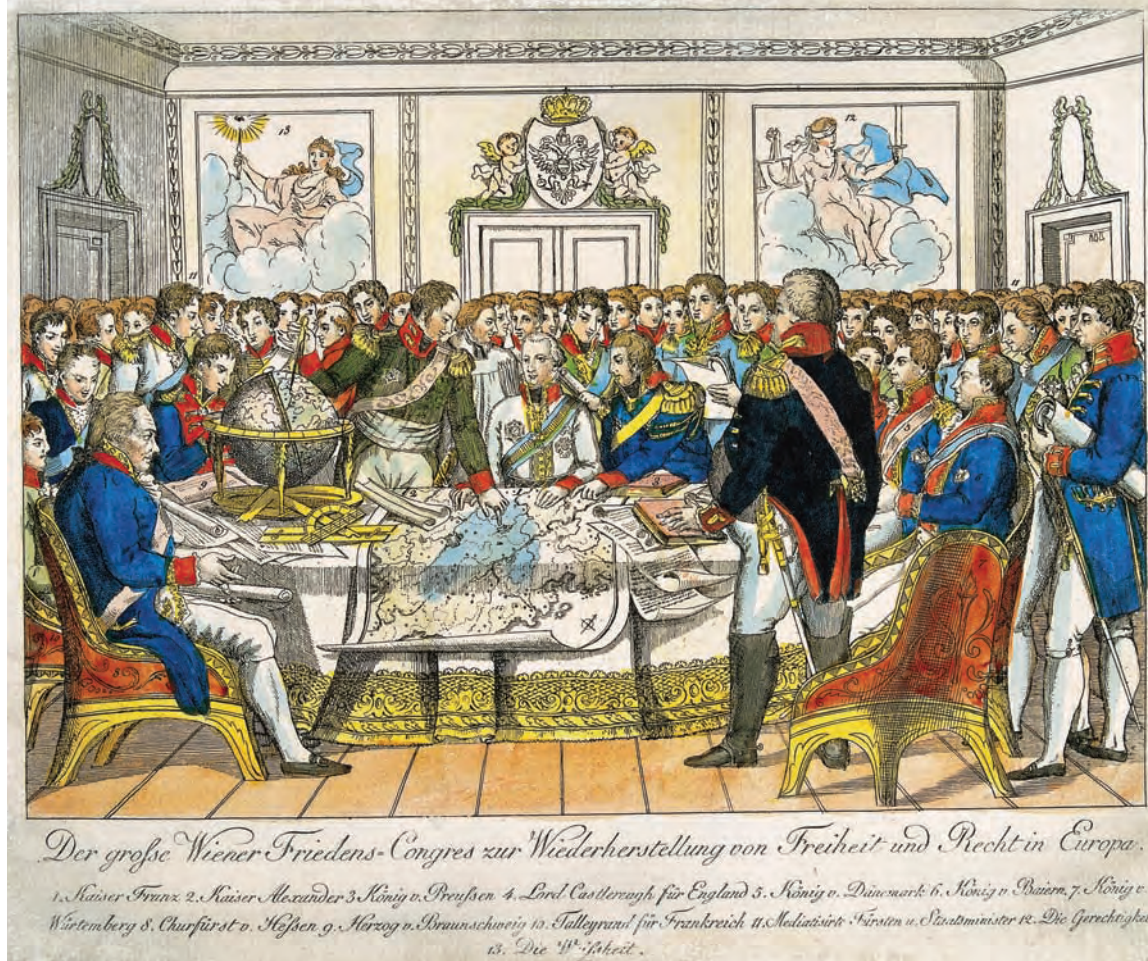
En Viena se anularon los cambios producidos como consecuencia de la política expansionista napoleónica mediante la restauración de los absolutismos del siglo XVIII. La oleada revolucionaria proveniente de Francia, había sacudido entre 1789 y 1814 los fundamentos y pilares básicos de la balanza de poderes. Recuérdese que a lo largo de toda la Edad Moderna existía la creencia –aceptada expresa o tácitamente por todas las monar-

quías— de que debía haber un equilibrio entre las grandes potencias. Ese orden internacional tenía un claro tinte conservador, ya que al mismo tiempo pretendía reprimir cualquier futuro conato de movimiento revolucionario que pudiera alterar el orden restablecido.

Destacan, por tanto, tres ideas. En primer lugar, el reforzamiento del principio de legitimidad monárquica y tradición histórica; es decir, la unión indisoluble de trono y altar. Segundo, la solidaridad de las monarquías ante la amenaza de lo que percibían como enemigo común: la revolución liberal-burguesa y el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Es preciso recordar aquí los levantamientos —políticos, militares y sociales— que tuvieron lugar en distintos países europeos en tres ciclos consecutivos: 1820-23, 1830-33 y 1848. La tercera gran oleada revolucionaria tuvo consecuencias más profundas y duraderas. Si hasta entonces se había luchado contra la persistencia del absolutismo con la introducción de regímenes liberales, a partir de 1848 se sumaron componentes democráticos y socialistas. Se lograron los objetivos fundamentales del liberalismo: garantía de las libertades individuales, formación de gobiernos representativos y respeto por los derechos nacionales. Y en tercer lugar, el mantenimiento del equilibrio político entre las potencias del sistema internacional o pentarquía (las cinco grandes potencias que dirimieron las cuestiones planteadas).

El nuevo equilibrio europeo fue ideado por Metternich. Gracias a él Austria fue la gran vencedora, al recuperar las provincias de Dalmacia y Tirol, además de conseguir nuevos territorios como Lombardía y Venecia. Y fue en el Congreso de Viena donde su estrella brilló con mayor esplendor. En este foro se reorganizaron todos los territorios reconquistados. El mapa europeo se reordenó sobre los principios propugnados por Metternich: legitimidad de los principios dinásticos y equilibrio internacional. Para frenar las ansias imperialistas de Prusia y de Rusia, Austria se apoyó en Gran Bretaña. Para limitar el poder de París, desarrolló una serie de Estados-tapón a lo largo de las fronteras francesas. Italia fue convertida, de hecho, en un protectorado austríaco. Partidario como era a ultranza de restablecer el equilibrio europeo y el statu quo anterior a la Revolución Francesa, Metternich hizo de esta tesis el fundamento de los tratados y de su propia política.

El canciller introdujo una serie de cambios fronterizos sustanciales en el mapa europeo diseñado en Viena, con el fin de preservar su ideario político y evitar nuevas aventuras revolucionarias. Así, no se opuso a la partición de Polonia para frenar la expansión de Rusia hacia el Oeste, abandonó los Países



Grabado sobre el Congreso de Viena y sus protagonistas. GETTY

Bajos meridionales (actual Bélgica) a cambio de Venecia y Lombardía, e impidió que Prusia aplastase a Francia, país que en su opinión estaba llamado a desempeñar un papel importante en la Europa de la Restauración.

El desarrollo de la Confederación Germánica

Aunque el Congreso estuvo dominado por Metternich, quien dictó las condiciones, el primer ministro prusiano, August von Hardenberg, obtuvo importantes ganancias territoriales para Prusia. Quiso implementar su programa de reformas que permitirían una monarquía con libertades y elementos democráticos. Obtuvo para ello la promesa de su rey, Federico Guillermo III, de permitir una Carta Magna. Pero la comisión constitucional fue disuelta. El erudito y hombre de Estado Wilhelm von Humboldt, ministro plenipotenciario del rey prusiano y enviado especial ante el emperador, fue durante las negociaciones en el Congreso la mano derecha de Hardenberg.

Metternich no hizo la menor concesión al espíritu nacionalista y liberal, al que aplastó sin ningún tipo de miramiento. Esto se observó con especial claridad en el caso de la Confederación Germánica (*Deutscher Bund*), sobre la que Austria ejercería un papel preponderante. El Sacro Imperio Romano Germánico fue sustituido por una débil Confederación de 39 Estados alemanes soberanos, tutelada bajo la presidencia de la Casa de Austria. Con la Confederación se pretendía mantener la seguridad de los múltiples pequeños Estados. Su creación, sin embargo, no estaba encaminada a satisfacer

**Con el sistema
elaborado en 1815,
Metternich consiguió
impedir el ascenso de la
revolución burguesa
y los ideales de 1789**

el nacionalismo alemán, más bien al contrario. El recelo de Viena ante el nacionalismo alemán quedó de manifiesto en los Decretos de Karlsbad: un conjunto de restricciones sociales introducidas por Metternich en la Confederación en 1819. Se prohibieron las corporaciones de estudiantes (*Burschenschaften*) y se impu-

sieron inspectores a las universidades y la censura de prensa. Terminaron así en 1820 con todos los movimientos de reforma significativos en Alemania. En Karlsbad se creó igualmente una comisión para perseguir las sociedades secretas. En especial la de los carbonarios italianos en el contexto histórico de los movimientos revolucionarios liberales de la primera mitad del siglo XIX. En la segunda acabaron produciendo la unificación italiana (*Risorgimento*).

La influencia tanto de Hardenberg –el reformador político más importante del siglo XIX– como de Humboldt fue decayendo tras los decretos de Karlsbad. La diplomacia europea pasó a ser dominada por Metternich. Humboldt contribuyó asimismo al contenido del acta de fundación de la Confederación, pero con el desarrollo del congreso hacia la Restauración, se materializó el alejamiento de las ideas liberales de Humboldt. Cualificado, aunque incómodo, se le ofreció la cartera de Asuntos Estamentarios. Humboldt fue miembro de la comisión constitucional disuelta. Sin embargo, sus ideas no fueron tenidas en cuenta. Con la firma de los represivos decretos de Karlsbad, Austria y Prusia acabaron con los movimientos de reforma en Alemania. Cuando Humboldt protestó ante las arbitrarias medidas policiales fue destituido.

Prusia comenzó a sentar las bases en Alemania de su futura hegemonía con la creación del *Deutscher Zollverein* (unión aduanera), en 1828. La asociación contó con la total reprobación de Metternich, temeroso de que Prusia desbancara a Austria en la dirección de la política en territorio alemán. Con la Revolución de marzo de 1848 se produjeron en todos los Estados de la Confederación alzamientos populares. Algunas concesiones de los príncipes llevaron al surgimiento efímero de los primeros parlamentos representativos. La Confederación fue disuelta por la confrontación entre Austria y Prusia, los dos Estados alemanes más poderosos. El conflicto se saldó con el aplastante triunfo prusiano en la guerra de 1866. Fue sustituida al año siguiente por la Confederación Alemana del Norte, dominada por Prusia, preámbulo del imperio alemán.

La Europa de los congresos

Metternich consiguió con su sistema elaborado en 1815 impedir el ascenso de la revolución burguesa y la difusión de los ideales de 1789, a los que juzgaba intrínsecamente dañinos para la sociedad que anhelaba restablecer. Su método se basaba en el hecho de que todos los soberanos estaban amenazados por el espíritu revolucionario y que era necesaria una cooperación entre las monarquías legítimas para hacerle frente.

El pacto político-religioso de la Santa Alianza fue un tratado de carácter personal firmado el 26 de septiembre de 1815 por el zar de Rusia, Alejandro I, el emperador de Austria y el rey de Prusia. Este concierto pretendía unificar, en torno a un ideal cristiano común, a los tres grandes soberanos (un ortodoxo, un católico y un protestante) sobre la base de ayuda mutua y asistencia. Suponía basar las relaciones internacionales en el cristianismo y se declaraba abierta a quien aceptara esos principios, dejando fuera de forma deliberada a las potencias no cristianas como el Imperio Otomano. No desempeñó ningún papel efectivo, salvo ser el lema de una política. Es confundida a menudo con la Cuádruple Alianza, un tratado internacional firmado dos meses más tarde entre los integrantes de la Santa Alianza e Inglaterra. No obstante, ambas iniciativas fueron completamente diferentes por su carácter y alcance. Creada en principio como un pacto de seguridad contra Francia tras las guerras napoleónicas, se amplió en la práctica para evitar una nueva guerra europea. Lo más novedoso de su contenido fue su artículo sexto, que promovía la celebración de conferencias para llegar a acuerdos sobre los asuntos europeos.

De ahí deriva el principio de intervención, piedra angular de la política europea hasta 1830. Los representantes de las grandes potencias europeas, incluyendo la Francia de Luis XVIII que había sido admitida en la ahora Quintuple Alianza en el Congreso de Aquisgrán de 1818 por mediación de Metternich, debían reunirse periódicamente para examinar el panorama político y decidir en cada caso lo que convenía hacer. En torno a la alianza se desarrolló la “política de los congresos” que, al definir el derecho de intervención, permitió al canciller austríaco mantener el equilibrio europeo fijado en 1815.

En efecto, todas estas ideas se llevaron a la práctica en los mencionados congresos de Aquisgrán (1818) y Karlsbad (1819). Siguió el de Troppau (actual Opava, República Checa) en 1820, donde Metternich formuló el principio de intervención con el objeto de reprimir los movimientos revolucionarios. El de Laibach (Liubliana, Eslovenia) aprobó la intervención armada austríaca contra los insurrectos de Nápoles y Piamonte. En el de Verona, de 1822, se decidió la intervención francesa, con los Cien Mil Hijos de San Luis, para ayudar al rey de España Fernando VII a consolidar su poder absolutista poniendo fin al trienio liberal. Fue precisamente esa decisión en el Congreso de Verona el origen de la discordia entre las grandes potencias. El espíritu de la alianza se desintegró definitivamente cuando Gran Bretaña y Francia intervinieron en la secesión de Grecia (1828) y Bélgica (1830), y ante la no intervención en las revoluciones de 1830.

El gran error de Metternich fue no darse cuenta de que algo estaba cambiando en Europa continental. Su empeño por mantener el orden establecido le hizo aparecer como guardián del viejo orden absolutista, incapaz de aceptar los cambios que Europa reclamaba. Usó para sus fines la Santa Alianza, a la que contrapuso a las revoluciones de Nápoles, España y Piamonte.

Metternich siempre despreció las nacionalidades que conformaban el imperio. Esa falta de visión le impidió percibir el ascenso de las nuevas fuerzas, cuya explosión iba a sacudir, precisamente, Austria en 1848: el liberalismo burgués y el nacionalismo. Nunca logró controlar los asuntos internos de Austria, lo que le impidió dotar a su país de una Constitución federal propia de un Estado moderno.

Las posturas franco-británicas aceptando las iniciativas nacionalistas surgidas en Grecia desde 1820, apoyo al que posteriormente se sumaría el zar Nicolás I en 1826, evidenciaron las graves fisuras en el sistema político construido por Metternich en el Congreso de Viena. A todo ello se sumó la

ruptura anunciada de la Santa Alianza formada por Rusia, Prusia y Austria-Hungría, la cual acabó resquebrajándose definitivamente en 1832. El estallido de la Revolución de 1830, por la que Grecia y Bélgica lograron su independencia, coincidió cronológicamente con la destitución de los borbones en Francia.

El protagonista por parte de la Francia derrotada durante todo este periodo fue Charles Maurice de Talleyrand. Su capacidad de supervivencia política le permitió ocupar cargos políticos durante la primera república, el imperio napoleónico, la restauración borbónica y el reinado de Luis Felipe.

Cuando en 1814 los aliados entraron en París, Talleyrand se mostró ferviente defensor de la restauración borbónica, como único medio para garantizar la paz en Europa, y persuadió al Senado para formar un gobierno provisional encabezado por él mismo. A continuación destituyó a Napoleón, para inmediatamente después llamar a Luis XVIII al trono francés. Volvió a hacerse cargo del ministerio de Negocios Extranjeros, esta vez bajo los borbones. Fue ministro plenipotenciario en el congreso, donde con su gran capacidad diplomática intentó dividir a los aliados en beneficio de Francia.

En Viena tuvo conocimiento de la vuelta de Napoleón a Francia, y trabajó eficazmente para que las potencias aliadas invadieran cuanto antes su país. Tras el fracaso de los Cien Días, Talleyrand fue restablecido en su ministerio, si bien la animadversión de los ultrarrealistas, que no le perdonaron su anterior compromiso con la república, lo apartó enseguida de la política ministerial. Formó parte de la oposición liberal contra Carlos X. Apoyó la revolución de 1830 que entronizó a Luis Felipe y colaboró con el nuevo régimen. Tras fracasar en su intento de anexionar parte del nuevo Estado de Bélgica, se retiró definitivamente de la política en 1835.

Lógicamente, también la Quíntuple Alianza se disolvió, constituyéndose dos bloques de potencias: uno liberal, con Francia e Inglaterra, y el otro conservador, con Austria, Rusia y Prusia. Con el agravante de que entre las tres monarquías autoritarias no dejó de crecer el recelo que se intensificó con el surgimiento de varias crisis por cuestiones territoriales imperialistas.

**Uno de los grandes
fallos del Congreso
de Viena fue no
haber integrado
el Imperio Otomano
en el sistema europeo**

La figura de Metternich, luces y sombras

En cuanto a Metternich, al subir al trono imperial Fernando I (1835-48), disminuido tanto mental como físicamente, a quien por fidelidad al principio hereditario quiso conservar, su influencia menguó, ya que el poder interno pasó a manos de la Conferencia de Estado. A ello se sumaron los movimientos independentistas a lo largo del imperio, la mayoría reprimidos violentamente. El estallido revolucionario de 1848 en Italia tambaleó todo el sistema de equilibrios europeos. La revolución de 1848 sacudió simultáneamente París (caída de Luis Felipe de Orleans), Budapest y Viena. La sublevación vienesa provocó la caída de Metternich el 13 de marzo de 1848. Pese a su caída, no hubo cambios democráticos en Austria. El imperio siguió su deriva neoabsolutista y centralista. Los gobiernos de sus sucesores siguieron siendo duros y autoritarios.

Tras residir algún tiempo en Inglaterra y Bélgica, Metternich regresó en 1851, pasando el resto de su vida como un particular más, sin desempeñar cargo político o diplomático alguno. No consiguió que el nuevo emperador, Francisco José I (1848-1916), hiciera caso alguno de los múltiples consejos que el viejo canciller aún le daba desde su retiro. Hasta su muerte, en 1859, llegó a ver cómo la ascensión prusiana y la del segundo imperio en Francia acababan completamente con el sistema de equilibrios en que había centrado todos sus esfuerzos.

Para un hombre tradicionalista como Metternich, los ideales de libertad y los derechos de los pueblos eran algo completamente inaceptable. Suponían un atentado contra los valores del Antiguo Régimen que él siempre había defendido.

La Europa del congreso, y sobre todo el periodo 1815-30, ha sido con frecuencia destacada por la historiografía como una época de inmovilismo y reacción. Pero en ese periodo de tiempo nació el mundo moderno en política y relaciones internacionales. El Congreso de Viena fue la primera conferencia de paz entre las grandes potencias. Conviene recordar que durante el siglo XIX, desde 1815 a 1914, se produjo el cénit europeo. Lo hizo sobre la base del equilibrio, la estabilidad y el sistema fundado por los restauradores del orden frente a las alteraciones revolucionarias francesas.

Es verdad que el sistema se modificó parcialmente en 1830 con la independencia de Bélgica, y más en 1870 con la guerra franco-prusiana. Pero otro gran estadista, el canciller Otto von Bismarck (de cuyo nacimiento también se cumplen 200 años en 2015) centró su atención en el equilibrio europeo

con un sistema de alianzas internacionales, mientras el resto de grandes potencias orientaba su actividad a la formación de un imperio colonial.

Una última consideración relativa a Turquía. Hubo planes de Metternich para integrar el Imperio Otomano en el sistema europeo. Que esto no se hiciera –debido a la resistencia británica– puede considerarse uno de los grandes déficit del Congreso de Viena. Sería el origen del violento nacionalismo en Europa del Este y de todos los futuros conflictos balcánicos. Las palabras de Bismarck, “si alguna vez hay otra guerra en Europa será resultado de alguna maldita estupidez en los Balcanes”, lamentablemente resultaron proféticas. Así pues, en su conjunto, el sistema continuó funcionando, de modo provechoso para los europeos hasta el estallido de la Primera Guerra mundial.

No pocos de los garrafales errores del Tratado de Paz de Versalles se debieron a que se ignoró el modelo del Congreso de Viena –equilibrio de fuerzas europeas– al tiempo que establecía la libre autodeterminación de los pueblos. La posterior Sociedad de Naciones fracasó porque –a diferencia de Viena– nunca eliminó las diferencias entre vencedores y vencidos.

A la vista de conflictos actuales como Rusia y Ucrania –países que aunque integrados por etnias diversas tienen una larga historia común– quizá convenga reflexionar sobre el equilibrio de fuerzas. Uno de los aspectos más positivos del sistema establecido por el Congreso de Viena.

Balzac entre las ruinas de la recesión

Crónica periodística, novela sin ficción y ensayo se mezclan para narrar la historia interna o íntima de la América que deja la Gran Recesión. Un encadenamiento de ideas poderosas sobre un país en alerta.

Marc Bassets

**El desmoronamiento.
Treinta años de declive americano**
George Packer
Barcelona: Debate, 2015. 528 págs.

El miedo al desmoronamiento está inscrito en los genes de Estados Unidos.

Este es el país de la provisionalidad. Las personas cambian de ciudad con más frecuencia que en la mayoría de países desarrollados. En unos años aparecen y desaparecen barrios. Cambia la demografía. En 2000 vivían aquí unos 35 millones de personas de origen latinoamericano: ahora son más de 50, y en 2040 los descendientes de inmigrantes europeos dejarán de ser mayoría. Las relaciones son tenues y las desigualdades, abismales. La cohesión es frágil. Se sostiene con pocos hilos, finos pero sólidos: la bandera, la Constitución, la mitología del sueño americano.

También es provisional su lugar en el mundo.

Cíclicamente, la neurosis por el declive del imperio se apodera de Washington. Nada es perenne; todo puede quebrarse en cualquier momento.

“Una nación puede ser un imperio poderoso, pero no puede ser realmente grande, no puede ser una verdadera nación democrática, si lo característico de su vida es el oro y el esplendor de la Quinta Avenida y la mugre y la hambruna de los barrios pobres”. La frase la pronunció, a principios del siglo XX, el congresista demócrata de Alabama George Huddleston. Era un tiempo no tan distinto del actual. El debate en Washington giraba en torno a la influencia desorbitada del dinero en la economía y las desigualdades de ingresos y riqueza.

Marc Bassets es corresponsal en Washington DC de *El País*.



Lo que parece una tienda rural se encuentra en realidad en lo que fue uno de los barrios más densamente habitados de Detroit (Michigan, 2006). THE WASHINGTON POST

Políticos como el presidente Theodore Roosevelt o, a menor escala, Huddleston, recogían el espíritu del movimiento populista de la última década del siglo XIX para crear un país más justo e igualitario, más fiel al espíritu de los padres fundadores: sin oportunidades no había libertad. Creían que este era el terreno en el que se jugaba el futuro la nación.

George Packer es nieto del congresista Huddleston, reportero del semanario *The New Yorker* y autor de novelas, memorias, ensayos y una obra de teatro. Si su úl-

timo libro, *El desmoronamiento*, tuviera una tesis, se asemejaría a la del abuelo: las desigualdades amenazan la democracia. Pero *El desmoronamiento*, galardonado con el National Book Award en 2013, es mucho más que esto. Es una crónica periodística, una novela sin ficción, un documento insoslayable para entender la Gran Recesión, un fresco puntillista, un mural al estilo de los años treinta, un rompecabezas de relatos y retratos de pequeñas vidas arrastradas por la corriente ciega de la historia. Packer no pontifica. No opina ni usa la primera persona. Este no

es, en apariencia, un libro de ideas. Solo en apariencia.

El desmoronamiento cuenta la historia interna o íntima de la nueva América —como dice el subtítulo en inglés, quizá un guiño a Balzac, que definió el género de la novela como “la historia privada de las naciones”— por medio de tres personajes y dos paisajes. Los personajes son Dean Price, Tammy Thomas y Jeff Connaughton. Price es lo que ahora se conoce como un emprendedor: no para de lanzarse en proyectos que fracasan. “Dean”, escribe el autor, “siempre decía que entre el

emprendedor y el estafador había una delgada línea”. La biografía de Thomas, hija y nieta de drogadictos, es la del declive del corazón industrial de EE UU: el cierre de los altos hornos, las ciudades deshabitadas del viejo cinturón industrial en el Medio Oeste, la desestructuración familiar, los sueños frustrados de la comunidad negra, medio siglo después del *I have a dream* de Martin Luther King. La de Connaughton es otra historia ejemplar: la del idealista que llega a Washington convencido de que la política sirve para mejorar el mundo y acaba atrapado por el poder de los grupos de presión, “la fuerza por defecto en la vida americana: el dinero organizado”, según Packer.

Los dos paisajes son Silicon Valley y Tampa. Silicon Valley, en California, es la capital de la revolución tecnológica. El lugar donde Packer, hijo de profesores en la Universidad de Stanford, creció. “Los que una vez fueron empollones vienen a la reunión de alumnos de mi instituto reencarnados en millonarios de Microsoft”, escribió Packer en *Blood of the Liberals* (Sangre de los liberales), un libro en el que recorría en paralelo la historia de sus antepasados y del progresismo norteamericano.

En *El desmoronamiento*, el espíritu de Silicon Valley se manifiesta en Peter Thiel, empresario y visionario. Irritante a veces, como cuando proclama: “La codicia es muy preferible a la envidia: es menos destructiva (...) y es más honesta”. Lúcidas otras, como cuando saca su iPhone y constata: “No creo que esto sea un gran avance tecnológico (...). Queríamos coches voladores, y en su lugar tenemos 140 caracteres”.

Tampa, en Florida, es el reverso de Silicon Valley, la zona cero de las hipotecas basura, el núcleo de la espiral de endeudamiento que, seguida del pinchazo de la burbuja inmobiliaria, desató la crisis financiera de 2008 y la recesión. El tornado dejó un paisaje de urbanizaciones semirruinosas y familias sin rumbo como los Hartzell. Danny, Ronald y sus hijos, Brent y Danielle, viven una existencia itinerante, entre moteles baratos y caravanas. Sin educación y con una salud precaria, los Hartzell se ven resignados a aceptar trabajos mal pagados. Carecen de familia próxima y amigos a los que recurrir. No tienen una iglesia en la que reconfortarse, ni un sindicato que los proteja. Washington y el Estado federal son una abstracción. Cuando abandonan Florida

para probar suerte en Georgia, “no había apenas nadie de quien despedirse”, escribe Packer.

Las historias de estos y otros personajes se entrelazan siguiendo el esquema de la *Trilogía USA*, de John Dos Passos, publicada en los años de la Gran Depresión y el *new deal*. Packer, como Dos Passos, intercala en la narración perfiles breves de celebridades de nuestra época –los “dioses caseros”, los llama– y ráfagas de titulares de prensa, discursos políticos o letras de canciones. El crítico Malcolm Cowley definió en su momento *USA* como una “novela colectivista”. Jean-Paul Sartre destacó que el estilo era el de “una declaración a la prensa”. Dos Passos decía que “*USA* es el discurso del pueblo”. El novelista E.L. Doctorow escribe en la introducción a la edición de bolsillo de *USA* que Dos Passos “era una persona modesta, que se daba poca importancia, un paseante inveterado al que le gustaba caminar por lugares desconocidos y sentarse a beber con desconocidos y escuchar sus historias”. “Veía la literatura como reportaje”, añade Doctorow.

Los comentarios sobre la trilogía de Dos Passos son válidos para *El desmoronamiento*. Con la diferencia de

que en el libro de Packer no hay invención. Todo es fruto de un trabajo minucioso de periodismo, de la inmersión en la vida privada de los protagonistas. El narrador se esconde: si fuese un documental, sería un documental sin narrador, en el que todo se cuenta por las voces de los protagonistas. Pero jamás cae en lo anecdótico ni en el periodismo trivial de las historias humanas. Y, aunque estrictamente no sea un libro de ideas, en *El desmoronamiento* el relato es el vehículo de ideas poderosas. Packer piensa narrando.

El autor es un liberal en el sentido norteamericano. Es decir, progresista. Toda su obra podría definirse como una indagación, en la intersección entre el reportaje y el ensayo, sobre el liberalismo en EE UU. En *Blood of the Liberals*, publicado en 2000, examinaba esta tradición a partir de su historia familiar, del abuelo sureño y la familia del padre, inmigrantes judíos de Nueva York. Con *The Assassins' Gate* (La puerta de los asesinos), publicado en 2005, Packer volvió la mirada al exterior: a Irak. Escrito en primera persona, era un ejercicio de introspección. ¿Por qué tantos liberales, progresistas estadounidenses como el propio Packer,

acabaron apoyando la invasión de Irak en 2003? ¿Por qué se dejaron seducir por una ideas que naufragaron al primer contacto con la realidad de la ocupación? “Las ideas me asustan. Acaban con gente muerta”, le dijo una vez a Packer un amigo reportero, Dexter Filkins. *El desmoronamiento*, publicado en 2013 en inglés, cierra el círculo. Packer regresa a EE UU y aplica la mirada del enviado especial.

Lo que ve no le gusta. La tesis es que, en las últimas tres o cuatro décadas, este país ha desmantelado lo que él llama “la República rooseveltiana”. Se refiere a las instituciones y costumbres que articularon EE UU desde los años treinta, cuando el presidente Franklin Roosevelt colocó los fundamentos de un Estado del bienestar y de la América próspera de la posguerra mundial. Estos EE UU alcanzaron su “cénit”, según escribe Packer en *Blood of the Liberals*, con el presidente Lyndon B. Johnson, demócrata como Roosevelt. En 1965 la obra legislativa de Johnson —la sanidad pública para pobres y mayores de 65 años, la guerra contra la pobreza, el fin de la segregación racial— estaba rubricada. Después llegarían Vietnam, el *Watergate*, la revolución económica de

Ronald Reagan, los *yuppies*, el *crack* y la violencia en los barrios, la tercera vía de Bill Clinton, Irak, las burbujas tecnológica e inmobiliaria, la distancia cada vez mayor entre ricos y pobres, la erosión de la clase media: el desmoronamiento.

“Nadie sabe cuándo comenzó a desmoronarse todo, cuándo cedió el correa que mantenía a los estadounidenses unidos y a salvo, ciñéndolos con una fuerza a veces sofocante”, escribe Packer. En *El desmoronamiento* apenas hay cifras ni estadísticas, pero estas corroborean el diagnóstico de Packer. *El capitalismo en el siglo XXI*, del economista Thomas Piketty, documenta la acumulación de patrimonio por parte del uno por cien más rico durante el mismo periodo que aborda Packer. La de Piketty es una visión progresista. Pero autores en la otra orilla coinciden en el diagnóstico. El economista Tyler Cowen describe, por ejemplo, en *Average Is Over* (Se acabó la medianía) cómo la educación y las habilidades tecnológicas agrandan la brecha social. En *Coming Apart* (El distanciamiento), el sociólogo Charles Murray retrata la emergencia de dos países distintos en EE UU cada vez con menos contacto entre sí. Murray, que es conservador,

atribuye el distanciamiento al declive de la religión, el matrimonio y la laboriosidad, pero el país que retrata es parecido al de Packer.

Desde el punto de vista “liberal”, que es el de Packer, es cuestionable la visión pesimista. EE UU es un país más progresista que hace ya no 30 sino 10 años. El matrimonio homosexual, que solo contaba con defensores marginales cuando el presidente Barack Obama llegó a la Casa Blanca en 2009, ocupa hoy la centralidad. Más de la mitad de Estados lo han legalizado; no solo el presidente: destacados republicanos asumen que es imparable. El debate sobre las desigualdades era hasta hace poco monopolio de la izquierda pura. Busquen la palabra desigual-

dad en los discursos del demócrata Clinton en los años noventa: es difícil encontrarla. Ahora es el Partido Republicano el que habla de desigualdades y pobreza. El cambio demográfico –el auge de los hispanos como primera minoría: un elemento que Packer obvia en *El desmoronamiento*– transforma lo que representa ser estadounidense, y puede mover el tablero a la izquierda.

Se equivocará quien lea *El desmoronamiento* como una crónica más sobre el declive de EE UU. “Este fenómeno erosivo no es nuevo. Se suele repetir cada dos o tres generaciones”, admite Packer en el prólogo. ¿Declive? China está lejos de sustituir a EE UU como potencia hegemónica, y la

fortaleza de la recuperación económica en el país contrasta con la europea.

El ensayista alemán Josef Joffe ha desmantelado de forma bastante persuasiva los argumentos más agoreros en *The Myth of America's Decline* (El mito del declive de América). Joffe traza una genealogía de los sucesivos declives, desde la conmoción que provocó el lanzamiento del satélite soviético *Sputnik* hasta el temor más reciente al ascenso chino, un eco del miedo a la hegemonía de Japón en los años ochenta. Creerse al borde del abismo es una de las claves de la hegemonía. Este país –siempre alerta, siempre convencido de la precariedad de su posición– no se desmorona.

POLÍTICA EXTERIOR es una fuente original y autorizada de estudios políticos, económicos, históricos y prospectivos que abren un debate, una reflexión a largo plazo. EN DEFENSA DEL EURO es su monográfico dedicado a la moneda común. Con apenas una década de vida a sus espaldas, las imperfecciones del euro son notables, pero no inabordables. Más de 20 autores de Estados Unidos, China, Japón y, desde luego, Europa, se reúnen en estas páginas para reflexionar sobre el futuro de la UE y su moneda común.

POLITICA EXTERIOR

MONOGRÁFICO

NOVIEMBRE 2012



En defensa del euro Europa ante su futuro

Joaquín Almunia / Íñigo Méndez de Vigo / Felipe González / George Soros
Andrew Moravcsik / Jian Shixue / Josep Piqué / Isidro Fainé / Toshiro Tanaka
Luis Alcaide / Luis Martí / Manuel Conthe / José Manuel Sánchez-Páramo
José Carlos Díez y Guido Zack / Alejandra Kindelán y David Martín / Jochen Thies
Eduardo San Miguel / Xavier Vidal-Foch / Thomas Straubhaar y Henning Vöpel

De la unión económica a la **unión política**
La crisis y el nuevo **reparto de poder** europeo
Resituarse a **España** en el corazón de la UE

12 €
www.politicaexterior.com

SUSCRIPCIONES

ESTUDIOS DE POLÍTICA EXTERIOR

Núñez de Balboa, 49, 28001. Madrid

Tel.: 91 431 27 11. Fax: 91 435 40 27

e-mail: revista@politicaexterior.com

www.politicaexterior.com

POLÍTICA EXTERIOR,
**Un indispensable instrumento
de trabajo**

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre

Apellidos

NIF

Dirección Localidad

Provincia C. P. País

Tel.: Fax: mail:

☐ Deseo suscribirme a **POLÍTICA EXTERIOR** desde el número

al precio para España de ☐ 62 € (1 año: 6 números)

Otros países ☐ suplemento 46 € correo aéreo.

☐ Deseo suscribirme a **ECONOMÍA EXTERIOR** desde el número

al precio para España de ☐ 45 € (1 año: 4 números)

Otros países ☐ suplemento 35 € correo aéreo.

☐ Deseo suscribirme a **INFORME SEMANAL** desde el número

ESPAÑA

EUROPA

RESTO DEL MUNDO

☐ 160 €

☐ 190 €

☐ 220 €

☐ Suplemento opcional por correo aéreo: 70 €/año.

☐ Deseo suscribirme a **AFKAR/IDEAS** desde el número

al precio para España de 20 € (1 año: 4 números). Otros países 26 €.

20% DE DESCUENTO SI SE SUSCRIBE A MÁS DE UNA PUBLICACIÓN

(No se aplica descuento sobre el correo aéreo)

FORMA DE PAGO

☐ Talón nominativo a **Estudios de Política Exterior SA**

☐ Contra reembolso del primer número + 7 € de gastos de envío. (Sólo España).

☐ Tarjeta de crédito VISA ☐ MasterCard ☐ AMEX ☐

Nº de tarjeta — — — — / — — — — / — — — — / — — — — /

Fecha caducidad — — — —

☐ Domiciliación bancaria. Sólo para España (hasta nuevo aviso)

Banco

IBAN

Si desea información, visite nuestra web:

www.politicaexterior.com / e-mail: suscripciones@politicaexterior.com

Tel.: 91 431 27 11 Fax: 91 435 40 27





CADA VEZ MÁS RÁPIDO

En tanto que líder mundialmente reconocido del sector aeroespacial – y dotado con los productos más innovadores del mercado, tales como el X3, que alcanza velocidades récord – ocupamos una posición idónea para hacer frente a cualquier reto que aparezca en nuestro horizonte y ofrecer soluciones a escala mundial que contribuyen a impulsar y expandir el negocio de nuestros clientes. Visite www.airbusgroup.com

Airbus Group. We make it fly.

AIRBUS
GROUP

Más de 50 años de
experiencia internacional

Mas de 1.000 plantas
diseñadas y construidas



TECNICAS REUNIDAS

Referencias en
más de 50 países

Más de 5.000
profesionales

Investigamos, Diseñamos y Exportamos
tecnología española y bienes de equipo españoles

Petróleo y gas



Refino y petroquímica



Energía



Infraestructuras e industrias



www.tecnicasreunidas.es

Oficina central:

Arapiles 13 28015 Madrid (España)
Tel. +34 91 592 03 00 Fax +34 91 592 03 97 tr@tecnicasreunidas.es